

CHILE

15 MIL AÑOS

COLECCIÓN MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

Centro Cultural Palacio La Moneda

3 de julio - 18 de octubre de 2012
Santiago de Chile







ÍNDICE

9	Cartas de presentación
12	Prólogo
14	Fuimos nómadas <i>Luis E. Cornejo B.</i>
24	Un artefacto en llamas. Ensayo sobre la prehistoria del fuego y sus innovaciones en Chile continental <i>Francisco Gallardo I.</i>
32	1000-1400 D. C. Diversidad en la prehistoria chilena <i>Carole Sinclair A.</i>
44	Chile, ¿mapa o territorio? Siglos xv-xxi <i>Carolina Odone C.</i>
58	Selección de piezas
162	Bibliografía
176	Créditos



La exposición **Chile 15 mil años** se compone de una colección de incalculable valor de 680 piezas pertenecientes al Museo Chileno de Arte Precolombino, las cuales establecen una línea cronológica con artefactos y utensilios de 150 siglos de antigüedad, hasta piezas artísticas seleccionadas en años recientes. Las piezas de alfarería, textil, ornamentos y vestimentas hablan de las diferentes épocas, como también de la cosmovisión indígena, sus costumbres y los diversos rangos jerárquicos existentes en las distintas sociedades de los pueblos originarios. Adicionalmente, a través de algunas de las piezas pueden observarse fenómenos de transculturización, multiculturalidad e influencia foránea en las tradiciones locales.

La cuatro eras que cubre **Chile 15 mil años** están definidas por sus distintos estados de desarrollo tecnológico durante la era de los Nómadas, la era de la Innovación, la era de la Diversidad y finalmente, la era de la Continuidad y el Cambio. Encontraremos que desde las momias Chinchorro, pasando por los instrumentos de piedra, hueso y las primeras tradiciones alfareras hasta los adelantos en la confección y el diseño textil, existe una narrativa de los diferentes pueblos, sean estos aymara, mapuche o rapa nui, por nombrar algunos. Veremos con fascinación cómo las distintas culturas experimentaron su proceso de desarrollo propio, como también desarrollos paralelos que llegan incluso a la homogeneidad creada por la aparición del estado, fuese con los inkas, los españoles o, finalmente, con los próceres que forjaron la república.

Esta importante muestra es parte del proyecto Chile antes de Chile del Museo Chileno de Arte Precolombino y en colaboración con Minera Escondida. Gracias a este, la colección de **Chile 15 mil años** será exhibida en Antofagasta y más tarde, en el 2013, en el sur del país. El destino final de esta muestra serán las nuevas dependencias del Museo Chileno de Arte Precolombino, en donde se establecerá como exposición permanente. Los invito entonces con esta notable exhibición a viajar en el tiempo hacia las formas, los colores y las texturas de los días que vieron nacer a los orígenes de nuestra nación.

Luciano Cruz-Coke Carvallo
Ministro Presidente
Consejo Nacional de la Cultura y las Artes



En sus seis años de vida, el Centro Cultural Palacio La Moneda ha realizado ya 50 exposiciones, 20 de ellas grandes muestras, combinando en la programación arte y patrimonio nacional y universal. Si los guerreros de terracota o el arte religioso de la India han permitido a nuestro amplio público acceder a valiosas manifestaciones provenientes de lugares tan lejanos como desconocidos, tanto o más emocionante y sorprendente puede ser la experiencia de encontrarse con la riqueza de lo propio en muestras de alto valor patrimonial como han sido *Arica, cultura milenaria; Kuhane Rapa Nui; Chile Mestizo* o la muestra de *Oro y Plata*.

En este espacio, nuestros visitantes también han podido reconocer el talento de grandes chilenos que han proyectado nuestro país en el mundo, como Violeta Parra, cuya obra visual exhibimos de modo permanente, o Roberto Matta, cuyo centenario fue celebrado aquí con la mayor exposición realizada sobre su obra. Todas estas muestras han tenido en común la intención de brindar a los chilenos y chilenas un espacio de participación, respeto y valoración tanto en torno a las costumbres y valores compartidos como a aquellos que nos diferencian, para contribuir a profundizar y ensanchar nuestra visión acerca de lo que somos, enriqueciendo así nuestra convivencia ciudadana.

En la misma línea y con gran satisfacción inauguramos hoy **Chile 15 mil años**, nuestra gran exposición de patrimonio chileno de este 2012, que exhibe un extraordinario conjunto de piezas pertenecientes al Museo Chileno de Arte Precolombino, coorganizador de la muestra, en alianza con Minera Escondida y el apoyo de la Ley de Donaciones Culturales. Esta colección de más de 650 piezas posee un valor destacado a nivel nacional e internacional, que reside tanto en su calidad patrimonial como en el criterio estético que ha determinado su selección, y que proviene del fundador del Museo, el arquitecto Sergio Larraín García-Moreno, pionero del modernismo en Chile y visionario coleccionista de arte contemporáneo y precolombino.

Es justamente esta visión desde el arte, en la cual el origen y la vanguardia se dan la mano, la que prima en esta exposición que aspira a dar cuenta de la importancia de la creatividad de los habitantes de nuestro territorio, desde hace quince mil años hasta hoy. Desde los instrumentos más básicos y funcionales, hasta los más sofisticados y elaborados, todos ellos forman parte de un complejo universo simbólico que envuelve todos los aspectos de nuestra vida.

Recorriendo la exposición nos acercaremos a la comprensión de las formas, colores, materiales y usos de cada uno de estos objetos y cómo ellos representan valores, patrones culturales, creencias y costumbres que se proyectan hasta la actualidad y son determinantes en la conformación de una identidad cuya riqueza radica en la diversidad cultural de Chile. Diversidad que siempre buscamos difundir y poner valor, para que sea apreciada por todos, especialmente por las futuras generaciones, llamadas a hacer de este un país que potencie su multiculturalidad y el respeto por las diferencias sociales e individuales.

Alejandra Serrano Madrid

Directora Ejecutiva
Centro Cultural Palacio La Moneda



MUSEO CHILENO
DE ARTE
PRECOLOMBINO

Para el Museo Chileno de Arte Precolombino es motivo de gran satisfacción presentar la exposición **Chile 15 mil años**. No ha habido en los últimos tres lustros una exposición que abarque toda la prehistoria de nuestro país. Es más, esta es la primera ocasión en que este pasado prehispánico se exhibe mediante un guión museográfico que lo conecta con los pueblos originarios que experimentaron el encuentro con los europeos, varios de los cuales siguen construyendo su historia hasta el día de hoy.

Chile 15 mil años no es otra cosa que la exhibición de una tradición cultural múltiple, tan rica y potente como la que nos legaron los europeos a partir del siglo xvi. Los más de seis centenares de objetos que integran la muestra representan la singularidad de las creaciones artísticas de quienes nos precedieron en la ocupación del territorio y revelan la fascinante diversidad cultural de nuestros pueblos originarios y de sus antepasados prehispánicos. El conjunto celebra la profundidad de una historia indígena, nativa, autóctona, en su mayor parte desconocida por los chilenos.

Exponer esta tradición a través de las obras que estos pueblos idearon desde épocas ancestrales es un acto de recordación, de memoria y, por lo tanto, de identidad. Permite al público asumir su pasado indígena, valorar su presente pluricultural e imaginar el futuro con un nuevo sentido de país, más consciente de la riqueza de su identidad americana.

La exposición y este catálogo que la acompaña, han sido posibles gracias al esfuerzo de un gran número de profesionales, quienes, desde el campo específico de su especialidad, se han esmerado por entregar una visión renovada del desarrollo cultural de este Chile profundo y milenario que invitamos a conocer. Muchos de los objetos es primera vez que se muestran al público. También se exhiben piezas que pertenecían a la Fundación Santa Cruz Yaconi y que han sido recientemente donadas al Museo.

El Museo Chileno de Arte Precolombino agradece al Centro Cultural Palacio La Moneda por la inmejorable oportunidad que le brinda de exponer al público las raíces indígenas de Chile, con una imagen de país que rescata y valora su diversidad cultural.

Esta exhibición es parte de un gran proyecto en que Minera Escondida se ha asociado al Museo para hacer más visible el aporte de las culturas originarias en la formación de la nacionalidad chilena, esfuerzo en el que también colabora el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Carlos Aldunate del Solar

Director
Museo Chileno de Arte Precolombino

PRÓLOGO

El Chile actual es resultado de la confluencia de tradiciones culturales que fueron modelando nuestra historia durante milenios, dando forma a las identidades de la nación chilena. Parte de esta herencia originaria, especialmente aquella que posee expresión tangible o material, puede reconocerse en los objetos arqueológicos y etnográficos que el Museo Chileno de Arte Precolombino despliega en la exposición **Chile 15 mil años**. Mientras algunas de estas tradiciones han terminado por extinguirse a lo largo del tiempo, otras han perdurado hasta el presente, permaneciendo inadvertidas o poco visibles en nuestra vida cotidiana. Todas ellas, sin embargo, son importantes para entender por qué los habitantes de este país somos como somos.

El guión de **Chile 15 mil años** desarrolla esta idea en las dos principales salas de exposición del Centro Cultural Palacio La Moneda. Los objetos que encarnan estas tradiciones se encuentran organizados en una secuencia de cuatro eras. La Sala Oriente alberga a la Era de los Nómadas (13.000 a 0 a. C.), la Era de las Innovaciones (0 a 1000 d. C.) y la Era de la Diversidad (1001 a 1400 d. C.). Básicamente, estos bloques temporales abarcan la época en que las sociedades en Chile se organizaban en bandas, tribus y jefaturas. El recorrido laberíntico de esta primera sala expresa la variedad, los contactos y la autonomía con que cada una de estas sociedades desarrolló sus tradiciones. La Sala Poniente presenta la Era de la Continuidad y los Cambios (1400 al presente), que es la época en que las sociedades nativas caen sucesivamente bajo el dominio de los imperios inkaico y español, y del estado chileno. El ordenamiento perimetral de los objetos en esta segunda sala refleja la inserción de las tradiciones autóctonas en los diversos proyectos hegemónicos llegados de afuera.

Al interior de cada una de las eras los contenidos se exponen conforme a un ordenamiento por temas. Desde las momias Chinchorro hasta los instrumentos de piedra y hueso, desde las primeras tradiciones alfareras hasta los adelantos en la confección textil, desde la chicha para las ceremonias o para agasajar a los invitados hasta los poderosos espíritus de madera de Rapa Nui, desde los últimos vestigios de policromía en las vasijas inkaicas hasta el traje aymara y mapuche.

En lugar de duplicar los contenidos de la exposición, los artículos del presente catálogo tienden, más bien, a comentarlos, aludirlos, complementarlos o contextualizarlos desde la perspectiva de los “saberes”. En el primer artículo Luis Cornejo presenta una síntesis sobre las culturas nómadas de la costa y el interior de Chile, desde el norte árido hasta los archipiélagos australes. Destaca la importancia del *saber ver*, ese que permitió a los grupos móviles observar y aprovechar el territorio y sus recursos. En espacios originalmente vírgenes y a través del acto de caminar o de navegar, los nómadas empiezan a establecer relaciones de apropiación del territorio, mucho antes de conocer los principios de la agricultura y de desarrollar las destrezas necesarias para la elaboración de artesanías complejas como la cerámica, los tejidos a telar o los objetos metálicos. La tesis principal del autor es que esta movilidad primigenia es parte de un estilo de vida cazador recolector que prevaleció en el país durante la mayor parte de su historia humana y que todavía puede reconocerse en los actuales pastores, arrieros y pescadores. Quizás también, por qué no, en los desplazamientos que hacemos a diario entre nuestras casas y otros lugares.

El ensayo de Francisco Gallardo explora los nuevos horizontes abiertos en el seno de las sociedades nativas por la creatividad de quienes manejaban las artes del fuego. La capacidad de innovar, sugiere el autor, reside en *saber transformar*, es decir, aprovechar un conocimiento para entregarle a las cosas una nueva existencia. Mientras el color artificial fijado en la fibra por el hervor del pigmento introdujo un lenguaje de oposiciones y contrastes inédito en la industria textil, la fundición del cobre supuso no solo la utilización de los bosques del desierto como combustible, sino acaso también el florecimiento de toda una artesanía de la madera. Mientras el humo de las pipas de doble boquilla en Chile Central sirvió para estrechar lazos entre individuos al interior de la entonces sencilla organización comunitaria, las improntas de hojas en el exterior de las vasijas ahumadas del sur de Chile parecen aludir al fuego sagrado de los volcanes y a la foresta incendiada para abrir nuevos espacios de residencia y de cultivos. El fuego es una energía valiosa y peligrosa, que, aplicada a manufacturas que inauguran nuevos valores culturales, transforma la vida económica, social y simbólica de sociedades que habían abandonado el otrora exitoso modo de vida cazador recolector.

Carole Sinclair aborda el tema de la diversidad que estalló en Chile durante los primeros cuatrocientos años del milenio pasado. Aquellos fueron siglos de intensas convivencias, en los que los grupos se vieron impelidos a desarrollar “marcadores de identidad” en los gorros, la ropa y otros objetos, para comunicar simbólicamente en sus encuentros la naturaleza de la interacción, el rango de conductas aceptables y las intenciones de los participantes. Como nunca, la sabiduría en esos tiempos, caracterizados por una demografía inusitadamente alta para la época, radicó en *saber distinguir* entre “ellos” y “nosotros”. Aunque la “diversidad” como diferencia –esto es, como identidad– se halla implícita en los rasgos distintivos de las diversas culturas que describe a lo largo del texto, la autora opta por concentrarse en la “diversidad” bajo su acepción de abundancia, en este caso como cantidad y variedad de logros materiales que coexistieron en cada contexto particular. El punto central del artículo es que parte de ese legado diverso persiste en los actuales pueblos originarios. O sea, mirar esos objetos de hace más de seis siglos, es vislumbrar a sus ancestros directos, y, de algún modo también, entrevernos a nosotros mismos.

En el último ensayo, Carolina Odone propone cuatro evocaciones para pensar Chile desde el *saber cartografiar*, esa capacidad que permitió a los invasores registrar lo que existía y hacer real el imperio y el estado, su poder político y económico, como también su control simbólico. Durante el siglo xvi, Chile, como confin, es incorporado al Imperio Inka. En aquel entonces, este territorio era para los cusqueños un mapa de recursos y riesgos posibles, cuyo centro estaba en el valle de Chile/Aconcagua, extendiéndose hacia el sur hasta el río Maule y hacia el norte hasta el valle de Copiapó. Entre los siglos xvi y xviii, el Imperio Español construye un mapa de Chile angosto y alargado, articulado en torno a la cordillera de los Andes, que limita al norte con el Despoblado de Atacama, al sur con los hielos australes y al oeste con la inmensidad del océano. El Chile cartografiado por el Estado Nacional a partir del siglo xix, es un territorio longitudinal, unitario y central, que reordena sus fronteras con una identidad única que refleja el ideal de homogeneidad de las elites gobernantes. El país de hoy, continental, insular y antártico, es un objeto volumétrico, en permanente movimiento, múltiple en vivencias y experiencias culturales, que de ningún modo expresa el paisaje y la percepción del territorio de sus habitantes originarios. El mapa, como representación del territorioChile, ha sido y sigue siendo el instrumento para uniformar el orden de observar.

Este catálogo es una invitación a conocer este Chile originario y a examinarlo a través de las imágenes de una selección de objetos de otros tiempos, pero, sobre todo, es un llamado a usar ese pasado para reflexionar sobre los desasosiegos de nuestra propia sociedad.

José Berenguer Rodríguez
Curador Jefe
Museo Chileno de Arte Precolombino

FUIMOS NÓMADAS

Luis E. Cornejo B.

Curador, Museo Chileno de Arte Precolombino. Arqueólogo, Universidad de Chile.
Doctor © en Historia, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

Durante la mayor parte de la historia de la humanidad los *Homo sapiens* hemos vivido como cazadores y recolectores, agrupados en pequeñas bandas, recorriendo distintos territorios, buscando nuestro sustento diario. Sobre estos cimientos nómadas se edificaron las bases de nuestro actual estilo de vida. Es difícil imaginar cómo fueron aquellos tiempos, en los que una gran cantidad de cosas a las cuales hoy estamos habituados no existían. Nadie producía para nosotros los alimentos, las herramientas, las ropas y, en general, los bienes necesarios para la sobrevivencia. Todo debía obtenerse en el entorno del núcleo familiar o, eventualmente, a través del intercambio con otros. No existía el conocimiento para controlar la producción de alimentos, sino que estábamos obligados a entender los ritmos de la naturaleza para cazar animales, recolectar plantas y semillas o pescar. No existía quién nos defendiera de amenazas externas y la seguridad de nuestras familias estaba directamente en nuestras manos. Las enfermedades eran parte del ciclo mítico de la naturaleza y la única manera de combatirlas era acudiendo a rituales y al conocimiento vernáculo sobre el entorno.

En el caso de la historia humana de Chile, aproximadamente el ochenta por ciento transcurrió con este modo de vida, ya que nuestro país comenzó a poblarse hace unos quince mil años. En las siguientes líneas describiremos cómo vivían esos primeros habitantes, cuál fue su historia y cuál es el legado que nos dejaron.

EL POBLAMIENTO INICIAL

Cuando los europeos llegaron al continente americano, ya habitaban en él millones de personas. Esta ocupación había sido posible gracias a la epopeya de aquellos hombres y mujeres que cruzaron desde Asia y que finalmente incorporaron al dominio humano las últimas tierras vírgenes que quedaban en la costa este del cono sur americano, hoy conocida como Chile.

Esta gesta ocurrió entre las postrimerías de la Era Glacial y el comienzo del cambio ambiental que dio paso al clima presente, un período que se extiende desde hace unos quince a doce mil años atrás y que los arqueólogos llaman Paleolindio. Durante la Era Glacial, el mundo era muy distinto al actual, con un clima más frío y húmedo. Una gran cantidad de agua se encontraba atrapada en los casquetes de hielo continentales, por lo cual el nivel

del mar estaba una centena de metros más abajo y las líneas costeras eran, en consecuencia, muy distintas a las de hoy. La mayor cantidad de precipitaciones permitía la existencia de grandes pastizales y bosques, donde reinaban animales que estaban adaptados a esas condiciones, muy diferentes a los actuales: grandes herbívoros, como mastodontes, caballos americanos, perezosos gigantes, o carnívoros como el smilodón, conocido popularmente como tigre dientes de sable. En el desierto de Atacama, hoy el lugar más árido de mundo, la mayor cantidad de lluvias en la cordillera permitía que en algunas quebradas existieran pastizales y arboledas pobladas de ancestros de los guanacos modernos (Figura 1).



Figura 1. Arqueólogos excavando en el sitio Quebrada Maní, hoy emplazado en el desierto más absoluto. Fotografía gentileza Universidad de Tarapacá, Centro de Investigaciones del Hombre en el Desierto, fondecyt.

Las evidencias arqueológicas de estas primeras poblaciones humanas conforman una idea muy parcial de su vida, centrada especialmente en aspectos de su subsistencia, aunque posibilitan comprender este proceso de colonización inicial. Los hallazgos más antiguos conocidos hasta ahora se encuentran en Monte Verde, cerca de Puerto Montt, y en la quebrada Maní, al interior de Iquique. Con fechas cercanas a los trece mil años antes de Cristo, nos muestran la diversidad de estos primeros colonos, unos adaptados a densos bosques y praderas, otros asentados en torno a una quebrada fértil en medio del desierto. Durante los milenios posteriores estas poblaciones cazaron a los grandes herbívoros hasta su extinción, usando principalmente el entrampamiento y atacándolos con

dardos provistos de puntas de piedra tallada, en algunos casos decorados con finos grabados (Figura 2).

Otros de sus congéneres se asentaron en los aleros rocosos de la Patagonia, al borde de lagunas en los valles de la Zona Central o en la costa de la Región de Coquimbo. Esto demuestra que en la época de transición entre la última Era Glacial y el Holoceno, la mayor parte de territorio chileno estuvo poblado por cazadores recolectores descendientes de los primeros humanos que cruzaron hacia América por el estrecho de Bering.



Figura 2. Puntas de piedra tallada y cabezal tallado en marfil de mastodonte. Tagua Tagua, VI Región. Material de investigación L. Núñez. Fotografía Fernando Maldonado.

Pese a las duras condiciones en que vivían estos grupos, los restos de pigmentos encontrados en varios de sus campamentos —probablemente usados para decorar el cuerpo y los utensilios—, revelan que sus preocupaciones no estaban enfocadas solo en la subsistencia. Se daban el tiempo también para representar artísticamente sus costumbres, ideas y creencias religiosas.

Estos pobladores iniciales constituyen la base sobre la que se proyecta la historia de los cazadores recolectores en nuestro país, durante la cual se establecen los principios de la diversidad humana del Chile precolombino. La infinidad de paisajes que surgen en este extenso territorio una vez que el clima se estabiliza, acoge distintas historias paralelas, algunas veces interrelacionadas, otras veces inconexas. Con el tiempo, en ciertos lugares, este modo de vida cazador recolector evolucionará hacia sociedades sedentarias y productoras de alimentos. En otros, en cambio, los nómadas estarán presentes hasta hace solo unas pocas décadas, tanto que algunos de sus últimos descendientes mantienen todavía recuerdos de esa vida pasada.

En algunas regiones, el conocimiento sobre la forma en que se manifestó este modo de vida es aún muy precario, dada

la escasez de investigaciones arqueológicas sistemáticas. Por eso nos concentraremos aquí en aquellos lugares del país donde se tienen suficientes estudios como para proponer un panorama relativamente claro sobre su historia (Figura 3).



Figura 3. El Chile de los cazadores recolectores.

LA COSTA DESÉRTICA
De la recolección a la pesca y la caza mar adentro

La costa ha sido postulada por los investigadores como una de las principales rutas por las cuales se pobló el continente americano. Así lo atestiguan las evidencias arqueológicas de poblaciones iniciales en torno a la bahía de Conchalí, en Los Vilos, y la presencia de conchas de moluscos del Pacífico en el ya referido sitio de quebrada Maní. Así, el litoral desértico que se desarrolla entre el extremo norte y el centro de Chile, es uno de los territorios donde es posible encontrar la mayor cantidad de evidencias de cazadores recolectores (Figura 4). Estas poblaciones



Figura 4. Costa desértica al norte de Antofagasta. Fotografía L. Cornejo.

se especializaron en la explotación de los recursos del borde del mar, especialmente entre 10.000 y 8500 años antes del presente. Por ejemplo, los grupos Huentelauquén, que se asentaron entre Antofagasta y Los Vilos, y los de Acha, cuyo territorio principal se ubicaba entre Iquique y Arica, concentraron sus esfuerzos en la recolección de moluscos y la pesca de orilla. Generalmente, estos grupos se organizaban en pequeñas bandas que se desplazaban a lo largo del litoral, programando a veces incursiones tierra adentro en busca de guanacos, recursos vegetales y rocas adecuadas para tallar las puntas de arpones usados para cazar lobos marinos.

Pese a focalizarse en la obtención de alimentos, consagraban parte de su tiempo a actividades no directamente relacionadas con la subsistencia. Prueba de esto es la mina de óxido de hierro descubierta hace poco en la quebrada San Ramón, cerca de Taltal. Su fecha inicial de 10.000 años a. C. demuestra la temprana búsqueda de pigmentos rojos, muy probablemente utilizados para

pintura corporal y para colorear los instrumentos de pesca. Seguramente esta misma sustancia se utilizó para pintar los miles de litos geométricos de la cultura Huentelauquén, cuya función aún se desconoce.

En fecha posterior a 6500 a. C., estas poblaciones dan un paso más en la conquista del mar, con la invención del anzuelo de pesca. Este instrumento, hecho al principio de valvas de choro o de hueso, adosados a una pesa de piedra, es posteriormente reemplazado por anzuelos confeccionados con espinas de cactus curvadas a fuego. Con el anzuelo, los habitantes costeros pudieron acceder a peces de mayor profundidad, actividad económica que desató una verdadera explosión poblacional y la consolidación de un estilo de vida más sedentario. En algunos lugares, como la desembocadura del río Loa, aparecen pequeñas aldeas compuestas de varias viviendas semisubterráneas de planta circular (Figura 5). Entre Iquique y Arica, se produce el desarrollo de la cultura Chinchorro, ampliamente conocida por la forma en que sus miembros preservaban los cuerpos de sus muertos. Mediante estas prácticas los difuntos continuaban siendo parte de sus vidas (Figura 6).



Figura 5. Aldea de casas semisubterráneas en la desembocadura del río Loa. Fotografía L. Cornejo.



Figura 6. Balsa de cueros de lobos inflados. Museo Arqueológico de La Serena. Fotografía Fernando Maldonado.

En su etapa final, a partir del año 200 d. C., la conquista del mar se profundizó con el desarrollo de balsas que permitían internarse a varios kilómetros de la costa, accediendo a la pesca de especies que solo rara vez se

acercan a la orilla, tales como el atún y el congrio. Este período, que resultó de una perfecta intersección entre el desarrollo tecnológico y la abundancia de recursos que ofrece el Pacífico, les dio a cazadores, recolectores y pescadores un estatus muy especial. Al igual que los cazadores recolectores de tierra adentro, estos pescadores no eran productores de alimentos, sino que los obtenían directamente de los recursos silvestres, pero se diferenciaban de otras sociedades similares en que no se limitaban a producir para ellos mismos. Eran capaces también de generar excedentes para intercambiar con poblaciones del interior por productos agrícolas, cerámicas o tejidos hechos de lana de camélidos.

Muchas de estas actividades fueron bellamente representadas en las pinturas rupestres de la quebrada El Médano, cerca de Taltal, donde se ven hombres arponeando y arrastrando a grandes cetáceos, tortugas y peces espada. Las protagonistas de muchos de esos dibujos son balsas hechas de dos odres de cuero de lobo inflado, invención local que antecedió conceptualmente a los modernos botes zódiac. Estos pequeños navíos permitieron extender el dominio humano mar adentro y se siguieron utilizando aún a comienzos del siglo xx por los descendientes históricos de esta larga tradición.

La efectividad de este modo de vida hace que aún hoy haya grupos de personas que siguen practicándolo, especialmente en la costa de Chile situada al norte del valle de Copiapó. Instalados en viviendas ligeras, en caletas y playas, estos “changos” modernos son un reflejo de cómo se vivía del mar hace miles de años. En muchos casos utilizan herramientas de pesca y recolección iguales a las prehistóricas, señalando que este modo de vida cazador recolector continuará vigente durante este y probablemente el siglo venidero.

PUNA
De la caza a la domesticación de los camélidos

Una vez concluidos los cambios ambientales de la época posglacial e iniciado un paulatino proceso de desertificación, las poblaciones del Norte Árido se vieron empujadas a abandonar aquellos hábitats previamente ricos en recursos. Fue necesario concentrar los asentamientos en las tierras más altas, particularmente las quebradas de la precordillera y la puna, donde las precipitaciones estivales permitían el crecimiento de las plantas y el desarrollo de la vida animal (Figura 7).

De hecho, esos espacios ya habían sido explorados durante el poblamiento inicial, tal como lo prueba el hallazgo de puntas de proyectil tipo Fell en la Puna de Atacama. Esta



Figura 7. Las quebradas precordilleranas de Atacama vistas desde el oasis de San Pedro de Atacama. Fotografía L. Cornejo.

región junto con la cordillera del río Loa son los territorios donde las investigaciones han permitido a los arqueólogos proponer que tras un largo proceso de experimentación con los camélidos salvajes, los cazadores recolectores domesticaron algunos de estos animales.

Las fechas más antiguas para estos grupos humanos de comienzos del período Arcaico, son de alrededor de nueve mil años antes de nuestra era. Se trata de pequeñas bandas que vivían entre las quebradas bajas, los oasis del desierto y la puna. Habitaban en aleros, refugios naturales ofrecidos por paredones o junto a grandes bloques rocosos. También en los bordes de lagunas, hoy casi todas convertidas en salares. Era una época más seca que la anterior, pero más húmeda que la actual, con abundantes recursos de caza y recolección. Así, estas poblaciones disponían de muchos lugares hacia donde desplazarse, movimientos que probablemente practicaban todos los miembros del grupo.

Esta forma de vida se mantuvo sin grandes variaciones por varios milenios, hasta que hacia el año 5000 a. C., el medio ambiente comenzó a hacerse más árido. Subsistieron, no obstante, lugares cuya disponibilidad de agua local permitía el desarrollo de flora y fauna, convirtiéndose en refugios ecológicos a los cuales la gente acudía dentro de sus circuitos de nomadismo. Ante estas nuevas condiciones, los grupos humanos desarrollaron nuevas estrategias sociales para asegurar su supervivencia.

Hacia el año 3000 a. C., en lugares como la quebrada de Tulán, en el salar de Atacama, estos cazadores recolectores comenzaron a construir viviendas circulares semisubterráneas con bases de grandes piedras traídas desde una lejana cantera, lo que demuestra un importante trabajo colectivo (Figura 8). Aunque estas primeras muestras de arquitectura en el territorio chileno también



Figura 8. Viviendas de cazadores recolectores en la quebrada de Tulán. Fotografía Proyecto fondecyt 1020316, Inv. responsable L. Núñez.

aparecen en la costa desértica en fechas similares, las estudiadas en la quebrada de Tulán demuestran mayor complejidad. Las habitaciones forman conjuntos con vías de circulación interna; en los muros de algunos recintos se han encontrado pequeños nichos, a veces asociados a pozos cavados en el suelo sin una función práctica evidente. No obstante, en sitios más tardíos estos rasgos aparecen junto a restos de actividad ceremonial y a depósitos o bodegas para el almacenamiento de alimentos.

Este es el momento en que, probablemente, surgen los primeros dirigentes y, con ellos, los primeros elementos de diferenciación social al interior de los grupos. El proceso ocurre junto a otro paso fundamental en la evolución social y cultural de las poblaciones de las tierras altas del norte de Chile: la domesticación de camélidos.

La acumulación de conocimiento producida por miles de años de cazar guanacos y vicuñas, estimulada por la convivencia con estas especies en los ya mencionados ecorrefugios, pudo establecer las bases para un paulatino control de estos animales, que se habría iniciado con la captura de animales silvestres juveniles. Mediante el amansamiento y el control de su reproducción, lograron crear dos especies nuevas, completamente domesticadas: la llama y la alpaca. Como nunca se abandonó la caza de las especies silvestres, continuaron obteniendo productos como carne y huesos, que requerían matar el animal.

Los camélidos domesticados producen lana que, al permitir la manufactura de distintos productos, tales como ropa, bolsas o cuerdas, se instala como un recurso de alto valor, alcanzando incluso el estatus de bien de prestigio entre algunas poblaciones; para entonces, ciertos

personajes lucían turbantes hechos con grandes madejas de este material. A la vez, los camélidos domésticos sirven como animales de carga, lo que a la larga daría inicio a una incipiente economía interregional, con caravanas de llamas transportando bienes entre diferentes puntos del desierto, la costa y el altiplano.

En suma, partiendo desde una larga tradición de caza de camélidos, hacia unos mil años antes de Cristo, las poblaciones de las tierras altas de Atacama dieron un paso definitivo hacia una economía basada en la ganadería y, con ello, hacia una complejidad social y política sin precedente en el territorio chileno. Estos grupos serían los ancestros de los actuales aymaras, atacamas y quechuas, que todavía pastorean llamas en la cordillera.

CHILE CENTRAL El modo de vida cordillerano

Hace unos doce mil años, ya estaba establecido el cambio climático, pero en algunas regiones del valle central de Chile, especialmente en torno a lagunas como la que existía en Tagua Tagua, ciertas condiciones ecológicas permitían la supervivencia de los últimos exponentes de la megafauna pleistocénica y de aquellos grupos humanos que en los milenios anteriores habían desarrollado una forma de vida en torno a la cacería de mastodontes, ciervos y perezosos gigantes, ayudando, de hecho, a su completa extinción. En el resto de territorio, por su parte, la economía de los cazadores recolectores ya se había enfocado en los recursos de las nuevas condiciones ecológicas e iniciado el poblamiento de territorios antes imposibles de habitar. Los arqueólogos de Chile Central han investigado dichos grupos humanos de cazadores recolectores especialmente en la cordillera andina, demostrando que las montañas fueron el hogar de este tipo de sociedades por un largo período de tiempo.

La cordillera andina de Chile Central es una de las cadenas montañosas más altas y de topografía más compleja del mundo, pese a lo cual fue un paisaje apropiado muy tempranamente por las sociedades humanas. En algunas cavernas y aleros se encuentran evidencias que remontan este modo de vida cazador recolector cordillerano



Figura 9. Alero El Manzano 1, cordillera del río Maipo. Fotografía L. Cornejo.

más allá de los diez mil años a. C. (Figura 9). Estos primeros montañeses se instalaron en estos parajes dentro de circuitos de nomadismo que seguramente cubrían tanto al valle central como a la costa, generalmente como pequeñas bandas familiares que se desplazaban conjuntamente. El recurso más importante para su subsistencia era la caza y el instrumental ocupado dependía de las características geológicas de esta cordillera, que ofrece varios tipos de rocas adecuadas para confeccionar la amplia gama de herramientas que constituían su equipo tecnológico: puntas de dardos, cuchillos, raspadores, perforadores y raederas.

Paulatinamente, los tiempos de asentamiento en la cordillera se fueron haciendo cada vez más estables y, cerca del 6000 a. C., ya es posible pensar en una población que pasaría una parte importante del año entre distintos campamentos en la parte alta y baja de cordillera. Se evidencia, además, un aumento en la importancia de la recolección de productos vegetales, como lo prueba la aparición cada vez más frecuente de implementos de molienda, muchos de ellos de mayor tamaño que los de la época anterior. En esta época se reemplazan las grandes puntas de dardos usadas previamente por otras de menor tamaño, pero más efectivas a mayor distancia (Figura 10). Esta innovación tecnológica seguramente redujo la necesidad de contar con grandes grupos para cazar una presa.



Figura 10. Grandes puntas de dardos confeccionadas en sílice del sitio El Manzano 1. Fotografía L. Cornejo.

El aumento en la recolección de vegetales y los cambios en la manera de cazar, motivaron que, hacia el 3000 a. C., surgiera una forma completamente nueva y altamente especializada de ocupar la cordillera. Antes era común que la movilidad involucrara a todos los miembros de la banda, pero a partir de este momento se hace mucho más frecuente que desde un campamento base, donde se habitaba por una larga temporada, salieran grupos reducidos de personas a cumplir tareas específicas, ya fuera a obtener materias primas, a cazar o a practicar trueques con otros grupos.

Este tipo de movilidad permitió el acceso a recursos de procedencia lejana, como es el caso de los granos de quínoa cultivada que se han encontrado en dos sitios de la cuenca alta de río Maipo, probablemente provenientes del

noroeste de Argentina, en fechas en torno al 2000 a. C., es decir, mucho antes que ese tipo de granos fuera cultivado en Chile. Alrededor del 300 d. C., estos cazadores recolectores de la cordillera intercambiaban productos con grupos de horticultores sedentarios en los valles más bajos de la cordillera y del propio valle central: daban rocas adecuadas para hacer herramientas, principalmente sílice y obsidiana, cuero de guanaco y sal, y a cambio obtenían productos hortícolas y vasijas. Estas operaciones de intercambio se mantendrían de distintas maneras hasta la llegada de los españoles en el siglo xvi.

Los registros históricos dan cuenta de que los cazadores recolectores cordilleranos mantuvieron estrechas relaciones con las poblaciones puelches del otro lado de la cordillera hasta bien entrado el siglo xix. Una de las últimas menciones de estas poblaciones de la alta cordillera viene de un viaje de exploración que realizó en 1874 el entonces intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna, a la laguna Negra, en la parte alta del río Yeso. Menciona que fue acompañado por el cacique de estas tierras, quien le sirvió de guía y le contó una leyenda sobre esta laguna.

Con posterioridad, seguramente la necesidad de controlar los pastos de altura que eran utilizados para el talaje del ganado durante las veranadas, hizo que los cazadores recolectores de Chile Central desaparecieran definitivamente. No obstante, parte de sus conocimientos y de su cultura se ha mantenido entre los actuales habitantes de la cordillera, especialmente entre los arrieros que usan muchos de los antiguos derroteros y acampan en los mismos aleros, ahora llamados “casas de piedra”, que empezaron a utilizarse hace doce mil años (Figura 11).



Figura 11. Alero prehistórico utilizado por arrieros actuales. Fotografía L. Cornejo.

SUR Bosques y costa

Si bien las evidencias arqueológicas que dan cuenta de la vida de los cazadores recolectores de los bosques del sur de Chile posteriores a Monte Verde son por ahora fragmentarias, permiten definir una tradición de caza y



Figura 12. El exuberante bosque templado del sur de Chile. Fotografía L. Cornejo.



Figura 13. El sitio arqueológico Alero Mariflo. Fotografía L. Adán.

recolección de los bosques templados, una forma de vida fuertemente vinculada con los recursos forestales que tendría una continuidad hasta tiempos históricos en la cultura Mapuche (Figura 12).

Sitios arqueológicos estudiados en los alrededores del lago Calafquén, demuestran que, alrededor de ocho mil años a. C., bandas de cazadores recolectores ocupaban el bosque como fuente principal de sustento, tradición que perduraría al menos hasta el año 300 d. C. (Figura 13). La tecnología de estos grupos, a diferencia de muchos otros cazadores recolectores, no se basaba tan marcadamente en las herramientas de piedra tallada, encontrándose en sus asentamientos solo contados instrumentos de piedra muy sencillos, que seguramente eran utilizados para trabajar la madera y dar forma a múltiples utensilios para cazar y recolectar. Zorros y pudúes, dos habitantes de estos tupidos bosques, probablemente fueron capturados con trampas y redes, al igual que aves acuáticas como patos y caiquenes.

También se recolectaba gran cantidad de frutos ofrecidos por estos bosques, incluyendo el pehuén proporcionado por las araucarias, que actualmente es protagonista de la vida de los pehuenches. Además, desde las costas de los lagos de la región se recolectaban de manera abundante moluscos de agua dulce. Muy probablemente las valvas de sus conchas fueron utilizadas para la confección de cuentas de collar, como ocurrió en tiempos más tardíos.

Estas poblaciones se movían ampliamente, recorriendo toda la cordillera de esta región y también las tierras más bajas del valle central. Su territorio abarcaba también la vertiente oriental de la cordillera, donde han sido reconocidas en varios sitios de similares características. Considerando esta extensión territorial y la fuerte vinculación con el bosque, muy probablemente fueron estos mismos cazadores recolectores los que en fechas cercanas al 300 d. C. incorporaron innovaciones tecnológicas como la alfarería y algunos pequeños cultivos, dando paso a poblaciones más sedentarias conocidas como Pitrén.

La costa de este territorio, por su parte, tiene una historia paralela de cazadores recolectores. Como en el resto de Chile, desde muy temprano hubo aquí poblaciones adaptadas a la explotación de recursos marítimos, las que con una fecha cercana al año 5000 a. C., serían parte del poblamiento inicial de Chile a lo largo del borde costero. Probablemente existieron ocupaciones anteriores a esta época, pero las fuertes variaciones en el nivel del mar sumergieron las playas más antiguas donde eventualmente estuvieron asentados los grupos más tempranos. La riqueza del medio les habría permitido un modo de vida menos nómada que sus congéneres del interior, encontrándose lugares, como el golfo de Arauco, donde campamentos semipermanentes dejaron enormes concentraciones de conchas de moluscos, uno de sus principales recursos. Con dardos armados con puntas de piedra aserrada o lanceolada cazaban lobos de mar, pudúes y pingüinos, mientras que con redes con pesas atrapaban distintos tipos de peces (Figura 14). El uso de anzuelos no está claramente documentado, aunque se han encontrado algunos restos de artefactos tallados sobre conchas que podrían ser similares a los anzuelos de concha conocidos para la costa desértica. Como las poblaciones del interior, también deben haber aprovechado



Figura 14. Puntas aserradas de dardos, VIII Región, mchap. Fotografía L. Cornejo.

los recursos de los cercanos bosques, aunque dada la humedad de este medio no han subsistido evidencias hasta el presente.

Hacia el año 1500 a. C. una innovación importante ocurrió en la vida de estos grupos humanos: las embarcaciones para internarse mar adentro. Al igual que en la costa desértica, esta tecnología les permitió obtener nuevos recursos del mar y comenzar el poblamiento de la isla Mocha, ubicada a unos cuarenta kilómetros de la costa. Estos cambios seguramente ocurrieron como producto de contactos con grupos canoeros del extremo sur, lo que se ve ratificado por la presencia de otras tecnologías australes, tales como los arpones de hueso o los punzones de huesos de ave. Estas embarcaciones serán también las que posteriormente llevarán guanacos y zorros vivos a la isla Mocha, lo que ha hecho especular sobre la posibilidad de algún grado de domesticación o amansamiento de estos animales.

Estas dos formas de vida que caracterizaron a los cazadores recolectores del sur de Chile son la base de los grupos humanos que posteriormente habitaron este territorio, los que pese a la incorporación de la alfarería y los cultivos, sintetizaron un modo de vida donde los bosques y el mar siguen siendo importantes para las poblaciones mapuches actuales.

AUSTRAL Poblando el confín del mundo

El territorio austral de Chile es tal vez uno de los territorios más hostiles del mundo, caracterizado tanto por la aridez de la pampa del oriente, las grandes extensiones cubiertas de glaciares, como por la impenetrable selva fría del oeste. Su extremo, isla Grande de Tierra del Fuego, y los canales circundantes son la última tierra antes de entrar al mar Antártico. Los primeros intentos europeos por colonizar este territorio en el siglo xvi fracasaron rotundamente y solo a partir del siglo xix fue posible establecerse en forma definitiva. Aun así, varios grupos humanos, equipados de la tecnología más sencilla de la historia, habían logrado desarrollar aquí una cultura de miles de años de antigüedad, solo sesgada por la dominación argentina y chilena.

Se desarrollaron en esta zona dos variaciones del modo de vida cazador recolector, la marítima y la terrestre. Ambas parecen tener una historia relativamente independiente, ya que aunque los contactos entre ambas poblaciones fueron frecuentes, sus orígenes y desarrollo son distintos. Los grupos terrestres son directamente descendientes de las antiguas poblaciones iniciales que llegaron aquí alrededor del 11.000 a. C. Un evento importante para entender la historia de estas sociedades es la formación del estrecho de Magallanes, alrededor del año 8000 a. C.,

evento que tuvo lugar por el deshielo del agua congelada atrapada en tierra firme durante la Era Glacial. La creación del estrecho generó dos grupos de cazadores terrestres: los continentales y los de isla Grande de Tierra del Fuego. Pese a tener un ancestro común, no volverían a contactarse, aunque en el punto más angosto del estrecho de Magallanes había no más de tres kilómetros de distancia entre sus respectivos territorios.

En Tierra del Fuego esta larga tradición de cazadores recolectores se mantuvo prácticamente ajena a otros contactos hasta la llegada de los europeos, mientras que en el continente y merced a sus largos circuitos de intercambio, los cazadores fueron incorporando algunas innovaciones. Con posterioridad al 500 d. C., aparecen en los valles de Aysén algunas vasijas de cerámica traídas desde el norte. Más tarde, el caballo traído por los europeos pasaría a redefinir el modo de vida nómada de los aónikenk, los que amplían sus circuitos de movilidad a miles de kilómetros. Pese a esto, algunos elementos de la cultura de estas dos poblaciones guardan mucha semejanza. Tanto los selk'nam y haush, como los aónikenk de la pampa, definieron su vida en torno a los animales que cazaban, ya fueran guanacos, ñandúes o roedores (Figura 15). Estas presas proporcionaban la base de su sustento alimentario, aportando las calorías necesarias para



Figura 15. Selk'nam acampando en lago Fagnano en 1915. Fotografía A. De Agostini.

enfrentar el rudo clima, tan solo cubiertos con una capa de cuero y armados de herramientas simples pero eficientes, especialmente sus variados tipos de arcos y flechas.

Esta precaria vida material contrastaba, sin embargo, con la extraordinaria riqueza de su mundo ritual y mitológico. Uno de los aspectos más conocidos de la dedicación de estos cazadores recolectores australes a esta dimensión de la vida social, es la ceremonia de iniciación de los jóvenes.

Esta consistía en complejos rituales en que los participantes debían pintar sus cuerpos con diseños geométricos que aludían a las divinidades que propiciaban la mantención de la comunidad y la compleja red de relaciones familiares y sociales. En definitiva, eran estas relaciones las que aseguraban la vida en el confín del mundo.

Al oeste y al sur de las llanuras patagónicas y fueguinas, se despliega un mundo muy distinto, que impone grandes dificultades a la vida humana. Las islas, canales y fiordos que definen la compleja geografía de los archipiélagos australes, están cubiertas de una de las selvas más frías e impenetrables del mundo. El desafío exigió adaptarse a vivir en el mar, siguiendo un sistema de movilidad que los definiría como cazadores recolectores canoeros, en la medida en que pasaban una parte importante de su vida a bordo de sus embarcaciones. Sin este medio de transporte, habría sido imposible poblar esta parte del territorio chileno.

Las actuales investigaciones plantean dos posibilidades para la forma en que este territorio fue poblado, un debate que aún se encuentra abierto. Por un lado, en la parte más septentrional, especialmente en torno a la isla de Chiloé, se han encontrado sitios arqueológicos que señalan que hace unos 4500 a. C. ya existían canoeros en este territorio. Estos habrían sido parte de la oleada de poblamiento inicial que habría ocupado las costas del Pacífico desde Alaska. Por otro lado, en el extremo



Figura 16. Familia kawashkar secuestrada en 1881 y llevada a exposición de París. Fotografía Pierre Petit, tomada de Báez y Mason 2006.

austral de esta región, especialmente en torno al estrecho de Magallanes y el canal Beagle, también se ha constatado la presencia de canoeros con fechas cercanas al 5000 a. C., los que en algunos casos ocuparon lugares donde antes habitaban cazadores recolectores terrestres. Esto hace pensar que la vida canoera evolucionó desde cazadores

recolectores terrestres asentados en la costa que aprendieron a vivir del mar.

Sin embargo, ambas teorías podrían ser correctas. Podría haber habido un polo de poblamiento de canoeros en la parte más septentrional y una evolución hacia este modo de vida en los canales meridionales. De hecho, quizás esta situación produjo la diversidad de canoeros que existía hace unos cien años en este extenso territorio: los kawashkar en los canales al sur del golfo de Penas y los yámanas al sur del estrecho de Magallanes (Figura 16). Al norte del golfo de Penas habitó otro grupo de navegantes, los chonos, pero de ellos sabemos mucho menos y, al momento del contacto europeo, su modo de vida ya había cambiado por el impacto del poblamiento mapuche de Chiloé.

Para los canoeros, el centro de la vida era la embarcación. Esta no solo fue un medio de transporte, sino que la vivienda misma, donde habitaban y transcurría la vida de la familia. Desde ella, siempre abrigada por una pequeña fogata, cazaban lobos marinos, focas o nutrias, y se lanzaban a bucear en busca de mariscos. Por lo general, cada familia se desplazaba de manera independiente, recalando en playas en el momento más crudo del invierno. Aprovechando estas circunstancias, obtenían algunos recursos que el mar no les entregaba, especialmente fibras vegetales con las que confeccionaban una gran cantidad de cestos utilizados para todo tipo de tareas domésticas. En algunas ocasiones, especialmente cuando ocurría una varazón de ballenas, se reunían varias familias por



Figura 17. Mujer y niña yámana en la Isla Navarino (ca. 1910-1920). Fotografía A. De Agostini.

un tiempo más largo, concretándose ahí ciertas actividades sociales, especialmente acuerdos matrimoniales entre distintas familias. En ciertas ocasiones, aprovechando estos momentos de gran abundancia de comida, llagaban también grupos de cazadores recolectores terrestres, especialmente los selk'nam en Tierra del Fuego.

Desde el siglo xix, los grupos canoeros, así como los selk'nam o aónikenk de tierra firme, sufrieron la expansión de los estados chileno y argentino. Los canales fueron tomados por loberos, barcos mercantes y la implantación de una lógica de beligerancia entre Chile y Argentina que, en gran medida, militarizó el espacio. Hoy solo sobreviven algunos descendientes de los yámanas en distintas ciudades australes (Figura 17). Menos de un centenar de kawashkar, muy mestizados, viven en Puerto Edén. En tierra continental, la apropiación del territorio por estancias ganaderas arrebató los cotos de caza a los aónikenk y selk'nam. Estos últimos fueron víctimas de un genocidio organizado por los estancieros y avalado por las autoridades de la época.

De algún modo, los cazadores recolectores australes fueron víctimas de su nomadismo y de la falta de una noción de propiedad sobre la tierra y sus recursos. Ambas resultaron incompatibles con el establecimiento de la propiedad privada y de la frontera que divide ambos estados.

ESE PASADO EN EL PRESENTE

En cierto sentido, los nómadas siguen vivos en nuestro país, ya sea entre aquellos cuyos abuelos o padres aún viajaban en canoas por los canales australes hace un siglo o entre aquellos que, sin ser necesariamente descendientes biológicos de los changos, siguen practicando su modo de vida en las costas de Chile. Del mismo modo, en muchos lugares de la cordillera, arrieros y cabreros han heredado los saberes de los antiguos nómadas, siguiendo sus rutas, pernoctando en sus “casas de piedra” alrededor de una fogata o utilizando sus mismos recursos naturales. Pareciera que el modo de vida más antiguo de la humanidad todavía es posible.

La historia de estas poblaciones se constituye en un conocimiento importante para el permanente trabajo de pensar la condición humana. Al tratarse del modo de vida más diferente posible de la actual cultura industrial-urbana, los cazadores recolectores pueden ser el mejor espejo en el cual contrastarnos. Ciertamente, vivir sin las actuales condiciones sociales, políticas y económicas puede ser evaluado como negativo, sin embargo, entender el grado de dependencia que estas condiciones nos generan en momentos de crisis nos ofrece un punto de vista para pensar cómo queremos que sea nuestro futuro.

UN ARTEFACTO EN LLAMAS. ENSAYO SOBRE LA PREHISTORIA DEL FUEGO Y SUS INNOVACIONES EN CHILE CONTINENTAL

Francisco Gallardo Ibáñez

Curador del Área Audiovisual del Museo Chileno de Arte Precolombino.
Arqueólogo, Universidad de Chile.

El fuego como artefacto es casi tan antiguo como la especie humana y para los primeros americanos que colonizaron el continente este conocimiento era un patrimonio ancestral. Ciertamente el fuego existe en la naturaleza, pero la energía de la que hablamos es una manufactura enteramente artificial. Producido por simple fricción entre maderos o la percusión entre dos piedras, permitió a la antigua familia humana combatir el frío, pero este no fue el uso más importante. Sus propiedades habilitaron al ser humano de un poderoso medio de transformación de materiales arrancados a la naturaleza, para entregarles un nuevo modo de existencia, cuyos valores culturales afectaron simultáneamente el mundo económico, social y simbólico.

Entre estos logros e innovaciones, el fuego permitió la apertura y la ampliación de una cocina de productos vedados para el consumo directo, la producción de sólidos contenedores cerámicos y un sinnúmero de objetos de metal. Esto ocurrió en distintos momentos de la historia cultural de Chile continental, pero siempre durante un período de transición, cuando las comunidades abandonaban el antiguo estilo de vida cazador y recolector. El manejo artesanal de esta sofisticada y potente energía abrió nuevos horizontes, intervenciones materiales cuya plasticidad estuvo al servicio de los imperativos de la imaginación, los requerimientos prácticos y la diversidad cultural.

EBULLICIÓN

Tintorería y tejidos

Valles semitropicales del norte de Tarapacá

De acuerdo al *Vocabulario de la lengua Aymara*, elaborado por el padre Ludovico Bertonio a finales del siglo xvi, las poblaciones alojadas al poniente del lago Titicaca clasificaban la cocción de alimentos con las palabras *huaycutatha* y *ccatitha*, las mismas usadas para designar el proceso de teñido de la lana de camélidos, técnica de hervido que permitía fijar el color de manera permanente.¹ Esta era una estrategia cultural diseñada para distinguir lo crudo de lo cocido, para indicar con precisión aquello que proviene directamente de la naturaleza de aquello que por su artificialidad entra en el campo de lo material y simbólico. Una cualidad del color que en los mitos fundacionales andinos era parte de un conjunto de atributos utilizados por los dioses para crear las diferentes naciones que habitaban los Andes.²

Esta práctica de manejo artificial del color y, por lo tanto, de la luz, irrumpió temprano entre las poblaciones que habitaban la costa y los valles del extremo norte de la región de Tarapacá, innovación que puede ser asociada a la alfarería, otra nueva tecnología que aparece en la región andina durante esta misma época hacia el segundo milenio antes de Cristo. Mucho antes de la aparición de los nuevos modos de vida vinculados corrientemente con la agricultura y el pastoreo, los hilados y tejidos fueron realizados con fibras de plantas que crecen junto a los ríos. Cuerdas, esteras, cobertores y una enorme variedad de cestería permitían satisfacer necesidades de la vida ordinaria como el atuendo, el almacenaje, la alimentación, la habitación y las tareas de caza y pesca. Entre estas fibras, el algodón que se cultivaba en la costa peruana hace unos cinco mil años, sirvió para la confección de sedales y amarras de gran firmeza. Hoy sabemos que este modo de vida de cazadores, pescadores y recolectores marítimos tuvo una economía excedentaria que solventó la edificación de fastuosos centros habitacionales y ceremoniales en los valles al norte de Lima.³

Los hilados y tejidos en lana de camélido fueron una adquisición igualmente antigua. La domesticación de animales produjo llamas y alpacas, un patrimonio económico que floreció en la tierras altas y benefició de manera directa a sus pobladores. Hacia el segundo y primer milenio antes de Cristo, en los cementerios de sencillos



Figura 1. Turbante de la Región de Tarapacá (1000-500 a. C.), Colección Santa Cruz-Yaoni (Archivo Fotográfico mchap)

pescadores y cazadores marinos del extremo norte de Chile, se han registrado unos pocos tejidos e hilados de lana natural y teñida.⁴ Entre estos hallazgos sorprenden gruesos madejones atados a las cabezas de los difuntos, tocados que semejan verdaderos turbantes (Figura 1). El color de sus hilos suele conservar su aspecto original, pero no faltan aquellos de tintes rojos, amarillos e intensos azules piedra. Estos turbantes eran prendas de enorme valor social, pues solo unos pocos personajes los portaban y entre sus madejas se incrustaban espinas de cactus endurecidas, hilos de algodón, pesas de piedra, collares de semillas amazónicas, plumas de aves tropicales, cuentas de turquesa y concha, agujas y espátulas de hueso, entre otros finos objetos.⁵ Existe cierto consenso entre los investigadores en que tanto los artefactos en lana de camélidos como otros productos de origen lejano fueron obtenidos mediante intercambios con gentes del altiplano de Perú y Bolivia, quienes poseían llamas de carga que eran utilizadas en el comercio a larga distancia.⁶

Esta integración regional entre la costa de Arica y la puna adyacente, se desarrolló con plenitud en el último milenio antes de Cristo, período de pastores y agricultores que desplazó al anterior modo de producción cazador y recolector a un papel de subordinación económica y social. En esta época la costa era ocupada de manera tradicional y sus valles irrigables eran objeto de las primeras actividades agrícolas. Maíz, ají, algodón y otros productos de clima semitropical debieron atraer a comerciantes y vecinos del altiplano, quienes facilitaron la circulación de bienes producidos en las cabeceras políticas establecidas a orillas del lago Titicaca.⁷ Junto a nuevos y más variados tipos de turbantes de color natural y artificial, se multiplican los tejidos a telar con grandes paneles en tapicería, donde los artesanos altiplánicos promovieron una iconografía de prestigio político y religioso que rivalizaba en contenido cultural con las simples oposiciones entre colores naturales y teñidos de las madejas usadas como turbantes (Figura 2).



Figura 2. A. Textil estilo Alto Ramírez, Arica. B. Textil estilo Alto Ramírez, Calama. C. Pintura estilo Cueva Blanca, desierto de Atacama (Lámina fondecyt 1070083).

La riqueza simbólica de esta lana cuidadosamente hilada dio paso a la proliferación de mantas, tocados y túnicas cuyo mayor valor residía en su carácter de objetos tejidos.⁸ La tintorería prehistórica alcanzó en estas prendas nuevos logros visuales, pues sus imágenes albergaron un espacio propio para un lenguaje de oposiciones y contrastes de color nunca antes visto en la historia del soporte textil. El poder transformador del fuego en los calderos de los talleres artesanales dio sus frutos para un nuevo y más persuasivo uso cultural del color, el establecimiento de un imaginario donde la luz artificialmente manipulada promovía un orden definitivamente fuera de su naturaleza originaria. Energía modelada para la consolidación de un orden de lo visible, contrapuntos de color y forma cuyos efectos en el reino de la ideas se sentirían desde los valles de Arica hasta los oasis del río Loa.⁹

Si aceptamos las comparaciones de esta temprana expresión visual con los informes históricos y etnográficos, es sorprendente la semejanza que esto tiene con las categorías del lenguaje registradas entre los aymaras del siglo xvi, donde una categoría cultural alude al contraste como un valor estético y social.¹⁰ Esta es una cualidad de la luz que es significada con el léxico *allka*, que simultáneamente se refiere también al tránsito desde la necedad a la prudencia o de la ignorancia a la sabiduría, un proceso de transformación de un estado inferior a otro superior. Alusión lingüística que por semejanza fue asociada a las aves y sus cambios de color.

Pájaro no pequeño fino de buen tamaño; Hamacchi; los ordinarios son estos: Allcamari: Entreverado de negro y blanco, y este mismo se llama Suamari cuando es pollito, y por metáfora al que es aprendiz llaman Suamari, y al que ya sabe Alcamari.¹¹

FUNDICIÓN Metalurgia y manejo forestal Oasis del desierto de Atacama

En 1899 en una pequeña pertenencia minera llamada “Restauradora”, lugar que hoy ocupa la mina de Chuquicamata, se encontraron los restos de piques y socavones de épocas prehistóricas. En el interior de uno



Figura 3. Minero atacameño, Chuquicamata (Foto cortesía del American Museum of Natural History).

de ellos yacía sepultado el cuerpo de un antiguo minero acompañado de sus palas y martillos de piedras con mangos de madera, grandes cestos contenedores y bolsas de cuero (Figura 3).¹² El accidente ocurrió durante el siglo sexto después de Cristo, una prueba de que la moderna minería del cobre en el desierto de Atacama tiene una larga historia social. Aunque unos mil años antes de Cristo el mineral de cobre era utilizado preferencialmente para la confección de cuentas y adornos, ahora aparecen las primeras evidencias de metales fundidos.¹³

La especial importancia de la metalurgia atacameña fue reconocida a principios de la década de 1930 por Ricardo Latcham, quien revisó una numerosa colección procedente de sitios tardíos tanto de la costa como de los oasis del interior, adscribiendo su origen a las civilizaciones del altiplano boliviano. En la actualidad, esta creencia difusionista o de dependencia cultural se ha vuelto impopular, pero aun así no existe consenso respecto a la invención, los procesos de experimentación y los flujos de información tecnológica en esta región andina. Más acuerdo hay entre los especialistas acerca de la función o los usos de estos productos metálicos, que en general suscriben la idea de que su valor estaría principalmente relacionado con lo político y simbólico.¹⁴ Dado el saqueo de los sitios de esta época y las limitadas investigaciones, los registros distan de ser numerosos, pero es claro que los artefactos de metal tuvieron gran importancia en las prácticas funerarias, asociadas a las cuales también se han encontrado óxidos de cobre usados como pintura corporal y cuentas de este mismo mineral. Pese a las limitaciones, es razonable sugerir que esta adquisición fue igualmente importante con relación a requerimientos económicos más básicos de estas sociedades prehistóricas.

Unos pocos artefactos de cobre con diseños funcionales, como cucharas de mango corto, han sido encontrados en cementerios de la desembocadura del río Loa y el sur del salar de Atacama.¹⁵ Pero la mayoría de los objetos conocidos fueron hechos con formas simples. Se trata básicamente de pequeñas placas subrectangulares y cuentas tubulares confeccionadas a partir de láminas. Objetos de este tipo han sido hallados en sitios arqueológicos de Calama, San Pedro de Atacama, la boca del río Loa y el oasis de



Figura 4. Cilindros de metal de cobre, desembocadura del río Loa (Foto cortesía Gloria Cabello Baettig).

Quillagua.¹⁶ Hasta ahora, es esta última localidad la que presenta el mayor número de estos hallazgos y dado que ningún sector del área atacameña ha proporcionado evidencias del proceso minero metalúrgico, es posible que el centro de producción se encuentre emplazado al sur de Tarapacá (Figura 4). El único sitio de fundición conocido y datado en esta época se halla en la quebrada de Guatacondo, zona donde los reconocimientos han brindado trozos de escoria asociados a varios conjuntos residenciales.¹⁷ Desde esta localidad existe un importante sendero prehistórico que recorre el desierto en dirección a Quillagua, donde se une con una red vial que articula las más importantes poblaciones del río Loa.

Durante esta época, se multiplicaron por toda la región los núcleos residenciales permanentes, pequeñas aldeas formadas por recintos circulares aglutinados que ocupan tanto las quebradas altas como los oasis. Las poblaciones de quebrada intensificaron el modo pastoril y el cazador y aquellas de oasis adoptaron una agricultura de pequeña escala, pero, como en épocas anteriores, la recolección del algarrobo, la caza de guanacos y la crianza de camélidos domesticados dominaron ampliamente la economía.¹⁸ Esto indica que la adopción de la metalurgia del cobre fue simultánea con la colonización del bosque atacameño de algarrobos, chañares y tamarugos, y por esto es posible pensar que el uso de esta nueva tecnología pudo hacer de la madera un recurso forestal que permitió el florecimiento de un nuevo artesanado. De hecho, los hallazgos de placas metálicas con modificaciones de uso en sus bordes han sido interpretados como cinceles que pudieron ser usados como formones, cepillos o azuelas, instrumentos de carpintería cuya función ha sido descrita para épocas posteriores.¹⁹ Esto amerita otorgarle otro uso a las placas interpretadas como simples adornos o colgantes, pues no puede descartarse a priori su probable uso como herramientas. Como sea, la explotación forestal no era desconocida por las gentes de este período, pues es evidente que las habitaciones requirieron de pilares, vigas y costaneras para dar estructura a los techos; también en otros



Figura 5. Cucharas de madera del sitio Topater, Calama (Fotografía fondecyt 1110702).

tas para alucinógenos, pilones, cucharas, instrumentos musicales y también arcos, astiles, recipientes, tablillas, estacas, tapones y otros accesorios (Figura 5).²⁰

Dadas las limitaciones del actual conocimiento prehistórico no es posible dimensionar con certeza el impacto económico y social de este nuevo proceso productivo, tarea de pesquisa por lo demás difícil debido al uso, reuso y reciclaje asociado a estos materiales. En el final de su vida útil la madera trabajada pudo ser usada como combustible y los artefactos de metal fundidos otra vez para la confección de nuevas herramientas o adornos. Quizá lo más importante en el acceso al recurso forestal es que su distribución en el desierto es tan discontinua y limitada, que debió proporcionar un valor incalculable a sus productos y un poder singular a quienes lo manejaban.

COMBUSTIÓN Fumar en pipas Valles fértiles de la Zona Central

A mediados del siglo xix, el comerciante francés Auguste Guinnard se internó en la Patagonia argentina, donde fue capturado durante las correrías de una partida de nativos a caballo. En los tres años de convivencia forzada fue testigo de las costumbres de esta tribu de habla mapuche y entre sus memorias escribió:

Después de su comida prepara un poco de tabaco con fiemo de caballo o vaca, llena una pequeña pipa de piedra, fabricada por él mismo, se acuesta boca abajo, fuma siete u ocho bocanadas, una tras otra, que solo arroja por las narices, cuando ya no le es posible conservar el humo más tiempo. Entonces su aspecto es horrible. No se ve más que el blanco de sus ojos que se dilatan hasta el extremo de que se pudiera creer se le van a salir de las órbitas; la pipa se cae de sus labios... las fuerzas le abandonan, queda sumido en una borrachera parecida al éxtasis, y agitado por movimientos convulsivos... arroja de su boca entreabierta abundante saliva.²¹

Esta modalidad de consumo de sustancias tóxicas era compartida por numerosos grupos de nativos del cono sur americano, en especial los mapuches del sur de Chile cuya cultura en esta época habían alcanzado un enorme prestigio social. Era una costumbre profundamente arraigada y su origen se remonta a varios siglos antes de Cristo. El mayor número de pipas de piedra y cerámica ha sido encontrado en sitios funerarios y de vivienda al sur del río Copiapó, pero muy pocos cuentan con tantos registros como aquel de La Granja, en las vecindades del río Cachapoal.²² Este lugar habría sido usado en fiestas y ceremonias de integración social por comunidades de agricultores y ceramistas conocidas como Llolleo, hacia finales del período Alfarero Temprano.²³



Figura 6. Alfarrería Bato, Chile Central (Archivo Fotográfico mchap).

Un par de siglos antes de Cristo, la poblaciones de los valles centrales adoptaron una tecnología alfarera que permitió la proliferación de finas vasijas de superficies alisadas y pulidas, en ocasiones decoradas con pigmentos rojos y un polvo metálico brillante (Figura 6).²⁴ Esta nueva tecnología se orientó también a la manufactura de adornos de piedra cilíndricos con aletas de sujeción (*tembetá*) que se insertaban en una perforación bajo el labio inferior, como, asimismo, a varios tipos de pipas. Había pipas de un solo tubo y de dos, en forma de “T” invertida, a veces con ambos extremos perforados y, en ocasiones, con dos pequeños abultamientos en la base de los hornillos e incisiones sobre las boquillas como decoración (Figura 7).



Figura 7. Pipa de cerámica de Chile Central, Colección Santa Cruz-Yaconi (Archivo Fotográfico mchap).

Restos arqueológicos de estas comunidades alfareras iniciales de Chile Central han sido descubiertos tanto en la costa como en la depresión intermedia, evidencias que sugieren economías de subsistencia altamente especializadas en la caza y la recolección de recursos de los ambientes ocupados.²⁵ Sofisticados análisis de isótopos en huesos y dientes de los cuerpos exhumados en los cementerios de esa época, revelan una dieta con énfasis en el consumo de vegetales silvestres y bajos aportes de proteína animal, posiblemente suplementada con una rudimentaria horticultura de granos de quínoa.²⁶ Con posterioridad al año 200 d. C., este modo de vida se prolonga en grupos conocidos como Bato —que simultáneamente divergen en un segundo grupo social denominado Llolleo—, quienes producen una multiplicidad de nuevas formas cerámicas, que incluyen modelados de animales, de frutos y de seres humanos cuyos rostros en ocasiones muestran adornos bajo el labio.²⁷ Si para los

grupos Bato la caza y la recolección eran una estrategia productiva dominante, para los Llolleo la agricultura del maíz contribuyó a la organización de una forma social que sentaría las bases de la comunidad agraria descrita por los españoles en el siglo xvi:

En este tiempo parecían mui poco indios por los caminos [del valle de Mapocho], porque se iban todos acogiendo a cierto lugar [...] traza en lo que se debía hacer con los españoles concurriendo para esto de diversas aldejuelas y caseríos, que tales eran hasta entonces, sin haber pueblo formado ni otro orden de república, mas de vivir cada uno en el sitio que mejor le parecía para tener su cementera y ganado. Y así no tenían más comunicación unos con otros, ultra de la de cierto día señalado, en que se juntaban como ferias, en un lugar diputado para ello, donde reconocían por gobernador a un indio principal elejido para tal oficio en cada comarca o valle de la tierra. Por lo cual como se ocurriese un negocio tan grave como era la entrada de los españoles, acordaron de congregarse todos en un lugar donde se eligiese cabeza para todos juntos; en el cual hicieron la prevención, que a ellos suelen en todos sus negocios, que es una sola, conviene a saber, el estarse por algunos días banqueteando, y brindando solemnes borracheras.²⁸

Durante todo este primer período Alfarero, al sur del río Aconcagua, el uso de pipas y el consumo de intoxicantes fue una práctica común a todos los grupos familiares asentados en la precordillera, los valles y la costa. Sabemos poco de las funciones sociales de esta costumbre, pero entre los mapuches históricos fue de gran importancia en ritos adivinatorios, medicinales y de invocación religiosa para convocar buenos augurios.²⁹ De acuerdo a esto, es admisible pensar que los estados alterados de conciencia activados por las emanaciones de plantas en combustión tuvieron como propósito ceremonias de vinculación entre individuos, actividades que con seguridad contribuían a la cohesión social. De hecho, las pipas tempranas del centro de Chile se hallan principalmente asociadas a sitios de habitación familiar, espacios que por definición están gobernados por lazos de integración comunitaria. No parece extraño entonces que entre estos objetos para fumar aparezcan algunos con doble boquilla, artefactos que necesariamente descartan un uso individual.

Si como la evidencia arqueológica e histórica indica, las gentes de esta región tendían a vivir en núcleos residenciales familiares dispersos, diferentes a los modos aldeanos de otras culturas, parece razonable pensar que sitios como La Granja, que servían para reuniones de gran envergadura, hayan posibilitado resolver problemas económicos y sociales que requerían del concurso de unidades mayores a una familia.³⁰ Sin embargo, resulta curioso constatar que estas formas de integración social a pequeña escala —en las cuales el uso de pipas resulta ostentoso en su abundancia relativa— coincidan con grupos Llolleo tar-



Figura 8. Cuenco cerámico estilo Aconcagua, Chile Central (Archivo Fotográfico mchap).

díos, poco antes de su reemplazo por un nuevo y radical estilo de vida cuyas pautas culturales adquirirían un tipo de consenso a escala regional. Cementerios en túmulos y una alfarería de superficie anaranjada aparecen entonces, uniformando la vida material de las gentes de Chile Central (Figura 8).³¹ Esta historia social todavía permanece en el misterio, pero la consecuente desaparición de la costumbre de fumar puede ser un síntoma de una reinención de sociabilidad que evitó eficientemente los peligros de una forma de convivencia humana temprana demasiado frágil y cercana la desintegración social.

AHUMADO Improntas de hojas Bosques del centro sur

En *mapudungun* —la lengua de los mapuches— la palabra *mamull* sirve para designar de manera simultánea al árbol y a la madera, precisión lingüística que permite vislumbrar la enorme importancia que los antiguos habitantes del centro sur de Chile asignaban al mundo vegetal. Para decirlo de manera simple, su valor de uso era consustancial a su existencia natural, era la fuente de toda riqueza. Las plantas contenían la potencia de lo sagrado y lo profano, eran la esencia de la vida económica y simbólica que alimentaba el mundo ordinario. Por este motivo era un recurso minuciosamente clasificado, tanto por sus propiedades como por sus usos, y también un referente singular en el orden cosmológico, pues las estaciones del año eran nombradas según fases lunares y ciclos vegetales.³² La historia republicana modeló a la nación chilena, pero desplazó al mapuche a la urbe y lo redujo a la miseria agraria. Muchos antes del cultivo intensivo del trigo y la reciente industria forestal, ellos no eran simples “gente de la tierra” sino seres pertenecientes a la foresta.

Este modo de vida “selvático” comenzó a adquirir su forma hacia los primeros siglos de nuestra era, momento en que se adopta la alfarería. Estas poblaciones, denominadas Pitren, ocuparon toda la región al sur del Biobío, desde la cordillera andina hasta el litoral del Pacífico.³³ En las tierras altas cazaban guanacos y recolectaban intensivamente los frutos de los bosques de araucaria, al igual que los moluscos de agua dulce.³⁴ Las áreas lacustres y fluviales de la depresión intermedia permitieron la caza de pudúes, zorros y aves, y también la explotación forestal, el manejo

de cereales silvestres y el cultivo limitado de quínoa, productos que en la primera mitad del siglo xx servían para hacer el pan.³⁵ Mención especial merece el uso de las maderas, que hasta época recientes eran de primera necesidad en la construcción de la vivienda tradicional, artefactos de valor doméstico y grandes canoas que les permitían surcar por los ríos y el océano (Figura 9).



Figura 9. Cementerio mapuche de principio del siglo xx (Archivo Fotográfico mchap).

Finalmente, la franja litoral favoreció una economía especializada de caza, pesca y recolección de algas, pero dada la capacidad de transporte marino pudieron ampliar su economía integrando el territorio insular.³⁶

La alfarería Pitren es la más antigua en la Araucanía. Exhibe una fineza y una calidad artística extraordinarias. El conocimiento tecnológico y estilístico fluyó con rapidez, transformándose en un patrimonio cultural de todas las comunidades de la región, tradición persistente que se mantendría vigente hasta el 1300 d. C.³⁷ Estos saberes se conservaron en gran medida hasta nuestro siglo, manufacturas que fueron recordadas por el cacique Pascual Coña en los años veinte del siglo pasado.

1. Las mujeres indígenas se ocupan en la casa, preparan comida, lavan la ropa y crían y vigilan a sus hijos. Algunas de las mujeres antiguas tenían mucha habilidad en el arte de alfarería; fabricaban diversos cántaros, jarros, ollas, platos, tazas: toda clase de vasos de barro. Al ejercer su arte usaba la alfarera greda y cierta piedra, llamada ücu. La greda se secaba al sol la piedra se trituraba repetidas veces hasta que quedara bien pulverizada: luego se la pasaba por un cedazo. Hecho esto, se mojaba la greda con agua y se la amasaba esmeradamente. En cuanto la masa estaba blanda y plástica, se la mezclaba con el polvo cernido de ücu, procurando que los dos materiales se mezclaran perfectamente.

2. [sic] Cuando el material estaba bien amasado, se sacaba de él puñado por puñado para trabajarlo. Primero se formaba con ese barro de greda y ũcu el asiento redondo del vaso por hacer, dejándolo extendido sobre un plato. Luego se tomaba otro puñado de la masa preparada y se la transformaba entre las palmas de ambas manos en tira o “piulo”. Cuando ese piulo había alcanzado el largo suficiente se lo depositaba sobre el asiento redondo siguiendo la circunferencia de éste; allí se apretaba con los dedos el piulo sobrepuesto.

3. En seguida se sacaba un segundo puñado del material disponible, se lo estiraba en piulo y se lo colocaba encima de la tira anteriormente puesta; contra ésa se lo estrechaba y se allanaba afuera y adentro (la ranura de unión de los dos piulos). Exactamente así seguía adelante el trabajo. Según lo que querían confeccionar, dejaban la anchura, la altura y la forma del vaso en hechura. Como eran muy baquianas en su arte, se hacían muchas formas diferentes.

4. Al terminar ponían las orejas o asas. Si el artefacto era un jarro, le ajustaban las orejas características de jarro; si era olla, la proveían con el asa especial a cada lado; si era el cántaro llamado quintahuen, le dejaban además dos cuellos unidos por un asa; al cántaro huishuis le formaban dos barrigas; al cántaro quetro le daban forma de pato quetro y le ponían tetitas en el pecho.

El jarro meshen no tenía asas; le armaban un enredado de voqui; para poder manejarlo amarraban en este armazón una correa o un trenzado, con que lo colgaban cuando querían buscar agua. El vaso hecho lo templaban en el fuego; lo rodeaban de llamas hasta que se pusiese candente. Cuando notaban que estaba bien templado, lo sacaban del fuego y quedaba terminada su obra de cerámica.³⁸

En tiempos Pitrén (400-1300 d. C.) la cerámica fue igualmente sustantiva, pero el inventario de formas y decoraciones era de mucho mayor variedad.³⁹ Jarros, botellas, ollas, platos, cuencos y tazas de finas paredes y superficies pulidas entraron como artefactos de cocina y mesa, bienes supervalorados que fueron también dispuestos cuidadosamente entre las ofrendas de los difuntos. Sus patrones decorativos más populares eran el modelado de figuras animales y humanas, el grabado simple y las formas dejadas como improntas o negativos (Figura 10). Esta últi-



Figura 10. Jarro cerámico con pintura negativa de la época Pitrén, sur de Chile (Archivo Fotográfico mchap).

ma se lograba a través

del ahumado de las

piezas, cuyas super-

ficies eran cubiertas

con materiales que se

retiraban después de

la cocción. Entre es-

tas improntas quizás

las más asombrosas

sean aquellas dejadas

por la aplicación de

hojas de árboles o ar-

bustos, imágenes en

negativo cuyas hue-

llas suelen cubrir parcial o totalmente el exterior de las vasijas (Figura 11).⁴⁰

Muchas fueron las decisiones de los artesanos en la producción de estos recipientes, por lo que no resulta antojadizo consi-

derarlos como un acertijo cultural. La doble alusión

al fuego en la cocción y el ahumado en la deco-

ración no parece casual, más aun cuando entre

los mapuches esta po-

tencia tiene acepciones

sagradas, seres peligrosos que habitan los temibles vol-

canes de la región.⁴¹ Este significado adquiere una direc-

ción inesperada en la presencia fugitiva de las hojas y la

foresta. Nueva indicación acerca del fuego que permitía la

domesticación de la selva, abriendo claros donde levantar

residencias y cobijar cultivos. Las huellas de estas hojas no

son simples imágenes que registran el bosque consumido

por el fuego, sino también una referencia poética a la be-

lleza inmediata de la vida ordinaria.

EPÍLOGO

Guamán Poma de Ayala, un cronista indígena de habla quechua, escribió hacia 1615 una larga misiva dirigida al rey de España dando a conocer la historia del imperio de los inkas y los tratos vejatorios que los europeos daban a las poblaciones andinas en el régimen colonial. Entre los centenares de ilustraciones que acompañan su documento, incluye una que registra a Francisco Pizarro prendiendo fuego a dirigentes de la corte inkaica, fórmula de violencia política diseñada para aterrorizar al nativo que se resistía a entregar sus posesiones de oro y plata.⁴² Si en la historia de América indígena y Chile continental el fuego sirvió como poderoso instrumento en la creación de nuevas soluciones tecnológicas y sociales, esta referencia colonial nos advierte acerca del reverso destructivo de su potencial. Fuente de energía cuyos usos y efectos estuvieron al servicio tanto de la benevolencia como de la maldad cultural.

Respecto al fuego no existe lugar para la ingenuidad, pues como manufactura y artefacto confiere un poder que está suspendido a horcajadas entre la vida y la muerte. Esta es una energía cuya liberación transformadora permitió las más extraordinarias y nefastas “innovaciones”, como la alfarería y la metalurgia, la deforestación y la guerra. Poca duda cabe que sus novedades fueron asombrosas,



Figura 11. Jarro cerámico con improntas de hojas de la época Pitrén, sur de Chile (Archivo Fotográfico mchap).

sin embargo, sabemos que estos adelantos deben ser admirados con cautela. En especial si recordamos las indicaciones de la sabiduría griega, donde en el mito Prometeo fue encadenado a la eternidad por haber robado el fuego de los dioses para entregarlo como obsequio a la humanidad.⁴³ Regalo demasiado peligroso para una especie innovadora como la humana, cuya historia la ha mostrado porfiadamente soberbia, impredecible y arrolladora.

NOTAS

¹ Bertonio 1984 [1612].

² Molina 1913 [1575]: 118.

³ Shady 2005.

⁴ Dauelsberg 1974; Muñoz, Rocha y Chacón 1991; Ulloa 1974.

⁵ Agüero 1995.

⁶ Núñez y Dillehay 1995.

⁷ Dauelsberg 1985; Focacci y Erices 1972-1973; Mujica 1985; Muñoz, Rocha y Chacón 1991; Rivera et al. 1974; Santoro 1981.

⁸ Agüero 1994; Gallardo 1993.

⁹ Gallardo 2009.

¹⁰ Cereceda 1988; 2000.

¹¹ Bertonio 1984 [1612: 353].

¹² Bird 1978.

¹³ Núñez et al. 2006; Soto 2010.

¹⁴ Lechtman 1978.

¹⁵ Núñez et al. 2006; Spahni 1967; Lám. V, Fig. 40.

¹⁶ Agüero et al. 2006; Llagostera et al. 1984; Núñez 1971; Spahni 1967; Westfall y González 2006.

¹⁷ De Bruyne 1963; Graffam et al. 1994; Mostny 1970.

¹⁸ Agüero 2005; Núñez 2005; Sinclair 2004.

¹⁹ Graffam et al. 1994; Llagostera et al. 1984; Mayer 1986.

²⁰ Llagostera et al.1984; Moragas 1982; Núñez 1971; Pollard 1970; Spahni 1967; Thomas et al. 1995; Thomas et al. 2002.

²¹ Guinnard 1945. Versión sumaria de Guinnard, A. 1871. *Three Years' Slavery among the Patagonians. An Account of his Captivity*. Richard Bentley and Son, London.

²² Westfall 1992-1994.

²³ Falabella, Planella y Tagle 2001; Falabella y Sanhueza 2005-2006.

²⁴ Sanhueza y Falabella 1999-2000.

²⁵ Sanhueza y Falabella 2003.

²⁶ Falabella et al. 2007.

²⁷ Sanhueza y Falabella 2009, Falabella, Planella y Tykot 2008.

²⁸ Mariño de Lobera 1865 [1595]: 45.

²⁹ Guevara 1911.

³⁰ Falabella y Sanhueza 2005-2006; Planella y Tagle 1998.

³¹ Sánchez y Massone 1995.

³² Aldunate y Villagrán 1991; Villagrán 1998.

³³ Aldunate 1989; Dillehay 1990.

³⁴ Hajduk 1986; Adán, García y Mera 2010.

³⁵ Hilger 1960; Munita, Adán y Mera 2010.

³⁶ Sánchez, Quiroz y Massone 2004.

³⁷ Adán y Mera 1997.

³⁸ Pascual Coña, en Moesbach 1930: 216-217.

³⁹ Adán y Alvarado 1999.

⁴⁰ Castro y Varela 1990; Pérez y Reyes 2009.

⁴¹ Augusta 1916.

⁴² Guamán Poma de Ayala 1980 [1615].

⁴³ Esquilo 2001.

1000-1400 D. C. DIVERSIDAD EN LA PREHISTORIA CHILENA

Carole Sinclair A.

Curadora, Museo Chileno de Arte Precolombino. Arqueóloga, Universidad de Chile.
Diplomada en Arte Precolombino y estudios de Máster Oficial en Arqueología y Prehistoria, Universidad Autónoma de Barcelona.

La primera mitad del milenio pasado fue, en muchos sentidos, la era de máxima diversidad cultural en el Chile originario. Fue también la de mayor cantidad de habitantes hasta ese entonces. Sobre la base de los principales logros materiales alcanzados por las sociedades que habitaron el territorio hace entre mil y seiscientos años, exploramos esa diversidad, incluyendo el singular esplendor de Rapa Nui. Los changos de la costa y los ancestros inmediatos de los grupos del extremo austral de Chile son tratados en otro artículo de este volumen.

EN EL NORTE ÁRIDO

A la caída del gran estado de Tiwanaku, surgen en Perú y Bolivia numerosos reinos independientes en permanente lucha unos con otros por el control de territorios, recursos y agua, reducida esta por las grandes sequías que se sucedían. Los pueblos del norte de Chile, como los Arica, Tarapacá y los San Pedro o atacameños, que antes estuvieron bajo la influencia de Tiwanaku, se reorganizaron económica y políticamente adquiriendo identidades propias. Los reinos altiplánicos comenzaron a ejercer presión sobre los espacios productivos del Norte Árido, en especial sobre las zonas ganaderas y agrícolas de altura, ocupando las cabeceras de quebradas y controlando el suministro de agua para regar valles y oasis. De ahí que las relaciones entre los pueblos del altiplano y el Norte Árido se hicieran cada vez más hostiles. Prueba de ello son los *pukaras* y las aldeas fortificadas construidas en las fronteras de estos territorios y el incremento en el número de muertes violentas y en la cantidad de armas encontradas en los cementerios.

Los ariqueños de entonces

En el extremo norte de Chile emerge la cultura Arica, una sociedad que ocupaba desde la sierra hasta la costa, con una economía de base agrícola, pero con acceso directo a recursos marinos y ganaderos de la costa y la puna, respectivamente. Sus manifestaciones culturales se distribuyen desde Mollendo, en el sur de Perú, hasta Caldera, aunque su núcleo estuvo en los cursos medios y bajos de los templados valles de Tacna, Lluta, Azapa y Camarones. Allí concentraron sus actividades agrícolas y la mayoría de sus asentamientos.

La sociedad Arica era una agrupación de pequeñas jefaturas o señoríos, con jerarquías sociales y políticas.

Había diferencias entre la gente común y los individuos con mayor rango. El rango variaba según el control en la distribución de los productos económicos al interior de su comunidad o en el nivel de acceso a otros bienes que obtenían por intercambio con los grupos étnicos vecinos. Las autoridades o *curacas* tenían a su cargo las ceremonias y la organización de las actividades productivas en los valles y la costa. Existían también especialistas para cada labor, como ceramistas, tejedores, agricultores, pastores y pescadores, así como responsables del traslado de productos y su intercambio, por medio de caravanas de llamas. Probablemente, el señorío de Arica tenía un sistema de organización sociopolítica dual y complementario, semejante al de los grandes reinos altiplánicos vecinos. Cada valle tenía dos *curacas*: uno que dirigía a las comunidades de la parte de arriba, donde se encontraban los terrenos ganaderos y agrícolas, y otro responsable del curso inferior del valle, que incluía los territorios de la costa.

Los distintos ambientes que ocupó la sociedad Arica le permitieron desarrollar una economía de complementación de recursos de diferentes zonas productivas. Esta estrategia promovió la integración de las distintas comunidades que la conformaban, a través de mecanismos de reciprocidad y distribución de sus productos, sin descartar que cada unidad doméstica accediera de manera directa a los recursos. Tanto en los valles como en la sierra, ampliaron los terrenos agrarios, construyendo andenerías y obras hidráulicas. En las partes bajas cultivaron especies como maíz, ají, porotos, yuca, camote y algodón, además de recolectar semillas, frutos y maderas de los extensos bosques de Algarrobos y tamarugos. En la sierra, produjeron papa y quínoa. Una gran cantidad de herramientas para trabajar la tierra, como palas con hoja de piedra y mango de madera, dan cuenta de la importancia de las labores agrícolas. En las cabeceras de los valles y en el altiplano, la agricultura se complementaba con la actividad pecuaria derivada de la crianza de llamas y cuyes, y también de la caza de guanacos y otras especies silvestres. En la costa, parcialidades de la cultura Arica, compuestas por pescadores, se dedicaban exclusivamente a la pesca, la caza y la recolección de variados recursos marinos que ofrecía su rico litoral, con tecnologías muy especializadas y de larga tradición. Surtían a las poblaciones del valle de pescado fresco y seco, cueros de animales y aves marinas, mariscos, sal y guano que recolectaban de los roqueríos costeros para ser usado como fertilizante agrícola. Las embarcaciones de madera, como

la “balsa de tres palos”, les permitieron acceder a peces de profundidad, como el congrio, el tollo y el pez espada, así como trasladarse de caleta en caleta a lo largo del litoral. Miniaturas de estas balsas, decoradas con pintura roja, son muy comunes entre las ofrendas funerarias de los cementerios costeros. A inicios del período hispano, ante la probable escasez de maderas por sobreexplotación, estos pescadores debieron incorporar a su tecnología marítima la “balsa de cuero de lobos”, una creación realizada casi un milenio antes por los antecesores de los antiguos changos de la costa de Antofagasta.

Las aldeas albergaban más de un millar de recintos, destinados a habitación, cocina, bodegas y corrales para el ganado. Sus viviendas, de planta rectangular o circular con un patio exterior, eran construidas en la costa con piedra y caña, y en el valle y sierra, con piedra, madera y paja. En la sierra, aldeas amuralladas o *pukaras*, emplazadas en sectores altos y estratégicos, permitían supervisar las labores agrícolas en los andenes de cultivo y las rutas de tráfico de caravanas. Y controlar las amenazas del exterior que venían de los reinos aymaras, como Pacajes y Carangas, que presionaban por dominar las cabeceras de los valles que proporcionaban recursos hídricos para la población de Arica (Figura 1).



Figura 1. Chullipa o torre funeraria de un dirigente altiplánico en Zapahuira, sierra de Arica. Foto J. Berenguer.

Los Arica poseían un sistema religioso de carácter chamánico, lo que se refleja en la presencia de instrumentos para inhalar sustancias psicoactivas. En la iconografía de la cerámica y de los textiles era común la representación de personajes en trance, como seres con dos cabezas o provistos de alas, y animales, como los batracios, que poseen sustancias alcaloides. Los extensos cementerios dan cuenta de que los muertos eran enterrados en sepulturas subterráneas. El difunto, depositado con las piernas flectadas, era vestido con sus atuendos, envuelto en un fardo y acompañado de ajuares que diferían según el estatus social y si provenía de parcialidades agrícolas del valle o de la costa. Por lo

general, las ofrendas consistían en vasijas de un mismo estilo cerámico, tejidos como bolsas-chuspas o bolsas-fajas, *inkuñas* y tocados, además de una variedad de utensilios de uso doméstico, como cucharas de madera, instrumentos para tejer o para pescar, espátulas de hueso, vasos-*kero* de madera o miniaturas de balsas, entre otros.

La arqueología ha dividido el desarrollo de la cultura Arica en dos fases temporales, las que se definen principalmente a partir del cambio en los estilos cerámicos (Figura 2). Una es la San Miguel, que se desarrolla entre los años 1000 y 1300 d. C. y caracteriza a la población de los valles. Su cerámica se compone de grandes cántaros globulares, jarros cilíndricos, vasos-*keros* y cántaros menores con forma humana o de ave, decorados con pintura roja y negra sobre fondo blanco, con motivos de bandas con líneas escalonadas, onduladas y triángulos con volutas, organizados en campos horizontales o verticales, y trazados en rojo y negro sobre superficies pintadas de blanco. La



Figura 2. Personajes de las fases San Miguel y Gentilar, valle de Azapa. Dibujo J. Pérez de Arce.

otra es la Gentilar, que se desarrolla entre los años 1300 y 1470 d. C., principalmente en los asentamientos de la costa, alcanzando a contactar con los inkas. Su alfarería está representada por más de cuarenta formas distintas, destacando los jarros globulares pulidos y decorados con motivos aserrados, cruces, círculos y medallones que contienen figuras humanas y de animales, como monos y felinos, pintados en rojo, negro y blanco sobre el fondo natural. Otras formas son los pequeños cuencos llamados “coquitos”, grandes cántaros, tazones y ollas, la mayoría de uso doméstico; carecen de decoración y su factura es menos cuidada que la alfarería San Miguel.

La textilería es una de las artesanías más destacadas, conservándose gracias a la gran sequedad del ambiente costero. Su actividad textil fue notable tanto por su número como por sus cualidades técnicas e iconográficas. Las formas y estilos decorativos presentan una marcada estandarización, reflejo, quizás, de una sólida identidad que permitía a los miembros de esta cultura diferenciarse de los pueblos vecinos. Se incorporan diseños geométricos y figurativos más complejos que los de la textilería del período anterior, una acabada tintorería y se hace extensivo el uso de la técnica de faz de urdimbre en los tejidos a telar, además del trenzado y anillado para la confección de bolsas, fajas y tocados. El vestuario, similar en hombres y mujeres, incluye taparrabos y grandes *unkus* o camisas trapezoidales listadas, ajustadas a la cintura con fajas trenzadas multicolores. Los tocados, sin embargo, son diferentes entre las poblaciones agrícolas del valle y las parcialidades pescadoras del litoral. Los primeros usan gorros hemisféricos y otros de cuatro puntas trapezoidales o cuadrados, azules o café y cubierta roja. Son similares al anterior modelo introducido por Tiwanaku, pero sin su policromía. El tocado de los pescadores, en cambio, es una diadema de plumas de pelícano o con bigotes de lobo marino, ceñida a la frente con cordones. Otras piezas tejidas que se vuelven populares en esta época de tanta diversidad, son las bolsas-chuspas, las bolsas-fajas que se portan en la cintura y unos paños cuadrados llamados *inkuñas*, con estandarizados diseños abstractos o figurativos, organizados en listas simétricas. Todos ellos tienen también un uso ritual, formando parte de los ajuares funerarios con hojas de coca o semillas de cultivo en su interior. Además se confeccionaron talegas para guardar los productos agrícolas y grandes costales que eran parte del equipo de carga de los caravaneros. Los pescadores perfeccionaron los tejidos de algodón de redes y bolsas de malla. Con fibras de totora y juncos fabricaron



Figura 3. Costal o talega para el almacenamiento y transporte de productos agrícolas.

una variedad de cestos para contener los recursos marinos obtenidos y para transportar productos, incluyendo capachos confeccionados con fibra vegetal y lana de camélido (Figura 3).

En el arte de la madera destacan los vasos-*kero*, un objeto que deriva de la influencia de Tiwanaku y al que se le incorporan nuevos diseños: apéndices en los bordes tallados con formas humanas, de aves o felinos. Las cucharas, que presentan una decoración más sencilla que las del período previo, cambian a formas más funcionales. También trabajaron los metales;



Figura 4. Geoglifo de Cerro Sagrado, valle de Azapa. Fotografía C. Sinclair.

el cobre para hacer alfileres, anzuelos y otros instrumentos, y el oro y la plata para confeccionar adornos. Otro desarrollo artístico sobresaliente son los geoglifos, grandes dibujos hechos en las laderas de los cerros. Son manifestaciones de arte rupestre que los caravaneros realizaban para obtener buen augurio en sus viajes por las rutas del norte de Chile (Figura 4).

Tarapaqueños de fin de época

Se conoce como Pica-Tarapacá a las comunidades agrícolas que, entre los años 1000 y 1400 d. C., habitaron los valles y las quebradas en torno a la Pampa del Tamarugal. Su territorio se extendió desde la costa desértica hacia la sierra y quebradas bajas e intermedias de la actual región de Tarapacá, llegando hasta el río Loa por el sur. Su núcleo se encuentra entre Camiña y Pica.

Las comunidades piqueñas combinaron la agricultura con la ganadería de camélidos en los lugares más altos, junto con la caza de animales, la recolección de la algarroba, el aprovisionamiento de forraje y madera existente en los extensos bosques de tamarugo de la pampa. En las quebradas construyeron sistemas de regadío y andenerías para cultivar maíz y quínoa, aprovechando las aguas que bajan de la cordillera. También explotaron los recursos marinos, instalando pequeños enclaves en el litoral. En ocasiones, obtuvieron estos recursos mediante

intercambios con los changos. Esta organización económica implicaba la existencia de una jerarquía de cierta complejidad, con autoridades que organizaban la fuerza de trabajo dentro de cada territorio. La gente que integraba las unidades productivas estaba ligada por lazos de parentesco, y sus líderes se hacían cargo de la redistribución de los bienes y productos, y de los intercambios con otros grupos étnicos, como los Arica, los aymaras del altiplano boliviano, o los de Atacama, al sur del río Loa. Al interior de cada unidad social existían diferencias de estatus y de especialidades laborales, muchas de las cuales se reflejan en la calidad y cantidad de ajuares y ofrendas que se depositaban en las tumbas.

Una de las manifestaciones artísticas más notables de los Pica-Tarapacá son los geoglifos, dibujos de gran tamaño realizados sobre la superficie terrestre, mediante la extracción o la adición de piedras. Por lo general, se les encuentran junto a rutas de tráfico caravanero o en las cercanías de las postas de descanso, lo que ha llevado a interpretarlos como señalizaciones de camino, pero también como indicadores simbólicos y rituales asociados al buen augurio del viaje. Se representan desde simples motivos



Figura 5. Geoglifo de cerro Unitas, pampa del Tamarugal. Fotografía I. Cáceres.

La cerámica más característica de estas poblaciones corresponde a cántaros y vasos altos sin asas, monocromos y de superficies alisadas o estriadas, y en ocasiones cubiertas con un baño rojo desleído, o con modelados de figuras humanas y animales. En momentos más tardíos, los piqueños integraron a su repertorio alfarero un tipo de cerámica pulida o pintada de rojo o con diseños geométricos negros, distintiva del altiplano meridional, y que seguramente incorporaron producto de las relaciones de intercambio que mantenían con esas poblaciones.

Destacan los tejidos policromos hechos a telar, como bolsas, fajas y costales, además de gruesas mantas y camisas-*unkus* para la vestimenta. Estas son, por lo general, monocromas, de forma rectangular y borde inferior redondeado. Existen dos formas de tocados que expresan la identidad de la gente Pica: un tocado de forma discoidal fabricado con fibra vegetal y coronado con plumas de

flamenco, muy apto para protegerse del sol del desierto, y un gorro similar a una capucha, tejido con lana de camélido y con flecos que le dan un aspecto de peluca (Figura 6). Otro tipo de tocado que se distribuye ampliamente es un casco de estructura vegetal fijada con lazadas de lana multicolor, que fueron, junto a los petos de cuero, parte del atuendo distintivo de los guerreros del norte de Chile.



Figura 6. Personajes con capucha, casco y gorro discoidal, pampa del Tamarugal. Dibujo J. Pérez de Arce.

Los atacameños justo antes de los inkas

Los arqueólogos han denominado al período que sigue a las influencias de Tiwanaku en San Pedro de Atacama como Yaye y Sólór, nombres de los *ayllus* de ese oasis donde mejor están representadas las fases de ese desarrollo cultural. Es el tiempo en que los atacameños expanden su territorio e influencias por una vasta región, proliferando los grandes asentamientos y cementerios. Las aldeas están compuestas por múltiples recintos rectangulares construidos con pirca de piedra o muros de barro, y presentan subdivisiones internas para la habitación, cocina y almacenaje. En uno de los recintos de la aldea de Solor se hallaron entierros humanos en urnas de greda y enormes tinajas para contener agua o chicha de maíz.

Al comienzo de este período, los atacameños sufrieron un empobrecimiento cultural que se refleja en sus ajuares funerarios, provistos de menos bienes de prestigio que los de la época anterior. Esta relativa pauperización se debió a la disminución de sus relaciones interregionales, dado los conflictos fronterizos que se iniciaron con los pueblos del altiplano, luego del declive del estado Tiwanaku. Sin embargo, esta menor riqueza material contrasta con la gran envergadura de sus asentamientos y cementerios. La edificación de fortalezas defensivas en Quitor y Peine en el salar de Atacama, Topaín y Lasana en el río Loa Superior, así como la construcción de extensas terrazas de cultivo y canales de regadío, requirieron de una gran fuerza de trabajo y, por lo tanto, de mayor población.

Frente a la expansión de los reinos altiplánicos que estaba en operación durante esta época en gran parte del Norte Árido, los atacameños establecieron alianzas políticas y económicas entre sí y con los pueblos vecinos del noroeste argentino. Paradójicamente, esto produjo una mayor autonomía cultural en comparación con períodos anteriores. Fieles a su tradición, los alfareros continuaron confeccionando vasijas monocromas, revestidas de un grueso engobe rojo, el llamado estilo San Pedro Rojo Pintado, con formas más complejas, entre las cuales destacan grandes cántaros para contener líquido, cuencos y jarros. Completan la vajilla unos platos hondos o escudillas de superficie interior negra pulida o café claro, que los arqueólogos denominan Dupont y Aiquina, respectivamente. La identidad atacameña se reconoce principalmente a través de estos estilos cerámicos que se distribuyen, incluso, más allá de su territorio nuclear.

Los atacameños, durante su etapa más tardía, ejercieron el control de ciertos territorios, disputando a los grupos de Pica y Tarapacá el acceso a los algarrobales y tierras de cultivo del oasis de Quillagua, espacio fronterizo entre esos grupos. Pese a las hostilidades, los atacameños mantuvieron contactos e intercambios con poblaciones de Tarapacá, Lipez (en el sur boliviano), del noroeste de Argentina y Copiapó. La presencia conjunta de cerámica altiplánica y alfarería atacameña en los asentamientos y caminos que unían los oasis del desierto, la puna y el litoral costero por el río Loa, señalan la permanencia e intensificación del tráfico caravanero y sus rituales de viaje.

Los *pukaras* más importantes fueron los de Quítor, Vilama y Peine, en la cuenca del salar de Atacama, y los de Chiu Chiu, Lasana, Topaín y Turi, en el río Loa (Figura 7). Estos constituían verdaderas ciudadelas en cuyos bordes se disponían murallas defensivas, algunas con troneras o aberturas para vigilancia y lanzamiento de flechas. Se emplazaban preferentemente sobre cerros o colinas, y al



Figura 7. *Pukara* o ciudadela fortificada de Lasana, río Loa. Fotografía J. Berenguer.

controlar vastas extensiones, se podían prever posibles ataques, vigilar los desplazamientos de gente y ganado, y observar el traslado de cosechas a bodegas. El *pukara* de Quítor, máxima expresión de esta arquitectura defensiva, se encuentra junto al río San Pedro sobre una ladera con aterrazamientos artificiales unidos por escaleras de piedra. Allí se edificaron más de un centenar de recintos de piedra techados con troncos, barro y paja que contaban

con amplias bodegas de almacenaje, sectores de cocina y molienda. En el fondo del valle estaban las áreas de cultivo y forraje, de donde se proveía toda la comunidad mediante un régimen de trabajo organizado y con labores especializadas. El poblado amurallado de Turi, situado en la zona del río Loa, es una de las mayores concentraciones poblacionales de vida agrícola y pastoril, gracias a las extensas vegas y recursos de agua que lo circundaban y por ubicarse en uno de los ejes de tránsito caravanero más importante de la región, entre el altiplano y la costa. En este sitio se encuentran cerámicas atacameñas junto a otras de origen altiplánico. En otras aldeas del río Loa y del salar de Atacama la influencia altiplánica se manifiesta también en la construcción de *chullpas* o torreones de piedra, monumentos típicos de la arquitectura funeraria de los antiguos aymaras, que en tierras atacameñas funcionaron como adoratorios.

Cien años antes de la conquista inka, el modo de vida atacameño se articulaba en torno a la actividad agropecuaria especializada, con un régimen ganadero trashumante sostenido con recursos forrajeros de la puna y complementado con la producción agraria de los oasis. Asimismo, las redes de intercambio caravanero se mantenían pese a la hostilidad reinante, conservándose vínculos sociales y económicos preexistentes entre atacameños, poblaciones de la costa y la puna trasandina, mediante alianzas interétnicas entre sus jefaturas.

En este período, los artefactos para inhalar alucinógenos, tan abundantes y elaborados en la época anterior, disminuyen en cantidad y calidad. Esto indicaría que las prácticas de consumo decaen, hasta desaparecer por completo a la llegada de los inkas. El consumo de chicha de maíz se incrementa, especialmente con ocasión de sellar alianzas entre autoridades étnicas y como retribución por labores productivas realizadas.

Las artesanías ya no presentan la variedad ni el virtuosismo de antaño. Sin embargo, la producción de cerámica aumenta en forma notable, en especial de piezas de uso doméstico. Destacan grandes cántaros para almacenar líquidos y granos, y la vajilla para el servicio, como jarros, platos y escudillas. La actividad textil, sostenida con la lana generada por una creciente ganadería de camélidos, también se incrementa para satisfacer la demanda de vestuario de una población cada vez mayor (Figura 8). Las técnicas textiles y las formas de los atuendos son particulares de los atacameños, manifestándose allí su identidad cultural, además de las diferencias de estatus y roles al interior de su comunidad. Los señores principales visten gruesas camisas de lana oscura con aspecto de pelo rizado y llevan gorros circulares de piel de camélido, a

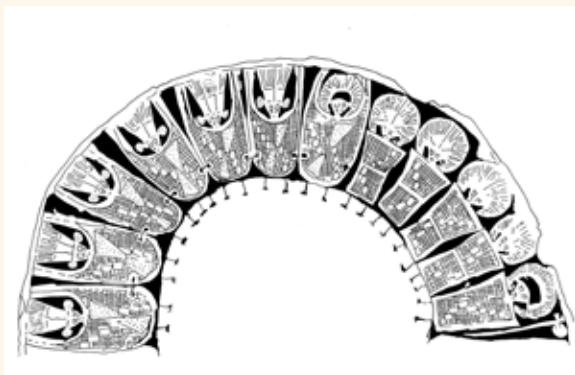


Figura 8. Guerreros en calabaza pirograbada, río Loa. Dibujo P. Jélvez, Proyecto Fondecyt 1920011, Inv. responsable J. Berenguer.

veces coronados con un penacho de plumas de flamenco. Las élites gobernantes, a través del vestuario, reflejan el poder y la riqueza de una de las sociedades ganaderas más prestigiosas de toda el área.

EN EL NORTE SEMIÁRIDO

Durante este período de la prehistoria regional, la unidad cultural que mantenían los anteriores grupos Ánimas en el Norte Semiárido es reemplazada por dos entidades sociales diferentes, las culturas Copiapó y Diaguita, establecidas entre los valles de Copiapó y Choapa.

Los copiapós, primeros después del desierto

Los copiapós mantuvieron una vida independiente desde el 1000 d. C., hasta el contacto con poblaciones diaguitas-inka, cerca del 1400 d. C. Establecidos principalmente en la cuenca media y superior del río Copiapó, su territorio de influencia abarca desde la costa de Taltal por el norte, hasta el valle de Huasco, por el sur. Desarrollaron la agricultura en los fondos y las laderas de las quebradas, a una escala amplia y compleja, incorporando andenerías y canales de regadío artificial. Cultivaron maíz, porotos, calabazas, quínoa y algodón. También fueron pastores de camélidos, movilizándose estacionalmente entre los pisos bajos y las vegas altoandinas, tras el forraje para sus rebaños de llamas. Además, para complementar su economía, mantuvieron sus antiguas prácticas de caza y recolección en los diferentes ambientes que habitaban.

Una de sus características más sobresalientes es la movilidad a larga distancia para conseguir productos y bienes de prestigio a través de redes de intercambio interregional. De los pescadores del litoral costero obtenían pescado fresco y salado, además de otros recursos marinos. De los oasis y la puna atacameña,

textiles, madera y sustancias alucinógenas. Incluso, se relacionaban con gente de los valles y las selvas del noroeste de Argentina, quienes les proveían de alimentos exóticos como el maní y objetos suntuarios altamente valorados, como plumas de aves tropicales, ornamentos de hueso y piezas de metal, entre ellas, cabezales de hachas en forma de “T”, manoplas y pectorales de bronce decorados.

En su alfarería, además de jarros y piezas de uso doméstico, hermosas son sus escudillas hondas de base plana pintadas de rojo, y decoradas en negro con figuras geométricas, rostros humanos y camélidos estilizados. Otras formas cerámicas son los grandes cántaros de superficie anaranjada con diseños de rostros humanos modelados en el cuello y motivos geométricos pintados en rojo o negro.

Los copiapós fueron expertos metalurgistas del cobre, seguramente influenciados por el gran desarrollo que alcanzó esta actividad al otro lado de la cordillera (Figura 9). Usaban técnicas de fundición y martillado en la fabricación de herramientas y utensilios, como cinceles, azadones, agujas y anzuelos para la pesca. También trabajaron el oro y la plata para crear ornamentos corporales, confeccionando además cuentas de collar de mineral de cobre, turquesa y concha. Fabricaron tubos y tabletas de madera talladas con figuras animales y humanas, que se utilizaban para inhalar alucinógenos. En su actividad textil emplearon lana de camélido y algodón, y en la cestería desarrollaron técnicas de pirograbado para decorar calabazas y artefactos de hueso. Las similitudes en los estilos y las tecnologías de muchas de sus artesanías expresan estrechos vínculos culturales con las sociedades de más al norte y de la vertiente oriental de los Andes.

La mayoría de sus asentamientos corresponde a caseríos o pequeñas aldeas dispersas a lo largo de las terrazas fluviales de los valles. Las viviendas de forma circular o rectangular, construidas con muros pircados, están situadas

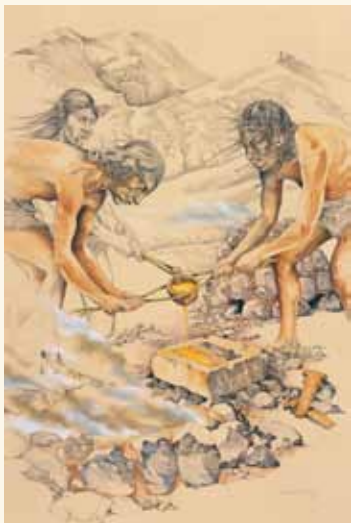


Figura 9. Confección de un hacha de bronce en el valle de Copiapó. Dibujo E. Osorio.

cerca de corrales y terrenos de cultivo. En los sectores altos de los valles, en las cimas de los cerros, edificaron poblados aglutinados con muros defensivos perimetrales, semejantes a los *pukaras* de los pueblos del Norte Árido. Buscaban resguardar zonas agrícolas estratégicas o el nacimiento de las aguas. Fuera de las aldeas, sus cementerios contaban con sepulturas de forma ampollar de gran profundidad, donde depositaban uno o más difuntos junto a ofrendas que variaban en cantidad y calidad según el estatus del individuo. Acabadas piezas cerámicas, objetos de metal, textiles o artefactos para inhalación de alucinógenos acompañaban el viaje de los muertos.

La población de la cultura Copiapó tuvo una organización social mucho más integrada y compleja que la de sus predecesores en la región, con jefaturas y jerarquías basadas en el parentesco, que conducían las actividades económicas y religiosas, el intercambio y las relaciones con otras regiones.

Los fluidos intercambios de productos e ideas que establecieron los copiapós con las poblaciones contemporáneas de la puna atacameña y los valles del noroeste argentino, favorecieron el surgimiento de una identidad cultural propia y particular. Cuando los inkas arribaron a esta región, se encontraron con una fuerte resistencia, pero el valle finalmente fue conquistado por las tropas cusqueñas gracias a la colaboración que le prestaron sus aliados diaguitas.

Diaguitas, señores del Norte Verde

Los diaguitas poblaron el espacio comprendido entre los ríos Copiapó y Choapa, territorio de ambiente semidesértico, montañoso y cruzado por fértiles valles transversales que unen la cordillera con el mar. La identidad de la cultura Diaguita surge a fines del primer milenio de la era, con raíces en Las Ánimas, cultura que la precedió en la región. Durante cuatro siglos se desarrolló con caracteres propios, hasta que su población y territorio fueron incorporados al imperio Inka, alrededor del 1400 d. C.

Vivieron de la agricultura de riego, con cultivos de alto rendimiento como maíz, porotos, quínoa y zapallo, y también algodón para confeccionar sus tejidos. No está claro aún si contaban con llamas, que con la llegada de los inkas se integraron definitivamente a la economía local. Paralelamente, continuaron recolectando frutos silvestres y cazando especies salvajes, que les aportaban un importante complemento a su dieta alimentaria. Como en épocas anteriores la costa semidesértica de la región fue explotada, instalando grupos dedicados exclusivamente a la pesca, la recolección y la caza de mamíferos marinos.

Accedían a las especies de mar adentro, usando balsas con dos flotadores hechos de cuero de lobo marino inflado, similares a las de los changos de la costa del Norte Árido. La identidad se expresa fuertemente en su cerámica, conservándose gran parte de ella en las ofrendas de los difuntos. Cuencos y escudillas, jarros-patos y urnas para el entierro de párvulos muestran delicadas decoraciones pintadas de varios colores sobre fondo rojo o blanco. La mayoría son diseños geométricos de gran precisión y regularidad, en ocasiones combinados con motivos de felinos o personajes humanos con atributos de ese animal. Casi no existen dos piezas con los mismos motivos, residiendo allí su valor, ya que se trataría de piezas únicas, como si su función de uso y destino fuese patrimonio exclusivo de un individuo o de una unidad familiar. Los cambios y las influencias culturales que afectaron a la sociedad diaguita a través de su historia se reflejan en la cerámica, en especial en las formas de la vajilla de servicio y en los diseños que la decoran. Desde cuencos con decoraciones de ondas y zigzag simples, que se encuentran en los orígenes de la alfarería diaguita, pasando por las escudillas de paredes rectas con los más complejos diseños de cadenas y doble zigzag que representan la etapa clásica y consolidación de la identidad cultural diaguita, hasta la introducción de nuevas formas cerámicas y estilos decorativos cuando caen bajo el dominio inkaico.

Poco se sabe de sus asentamientos, pero hay registros de pequeñas aldeas con recintos pircados de piedra ubicadas en las laderas de los valles y cercanas a terrenos de cultivo, habitadas por unidades familiares lideradas por jefes. Pese a que los diaguitas formaban parte de una misma entidad cultural, se piensa que la población de cada valle tenía una relativa autonomía. Sobre sus sepulturas se sabe más. Su forma era rectangular, construida con lajas de piedra y con una tapa del mismo material. Allí se depositaba el difunto junto a un ajuar mortuorio que podía consistir en objetos de uso cotidiano y los que señalaban el prestigio que tuvo en vida. Escasas son las evidencias de su vestimenta y tejidos,



Figura 10. Recreación del atuendo Diaguita basada en representaciones de personajes en cerámica de esta cultura. Dibujo J. Pérez de Arce.

ya que fueron hechos con materiales que no se han conservado, aunque tenían gran cantidad de instrumentos para hilar y tejer a telar (Figura 10). En base a los atuendos que llevan ciertos personajes representados en las vasijas antropomorfas, se supone que hombres y mujeres vestían grandes camisas o túnicas de algodón o fibra de camélido. De un rectángulo con diseños geométricos bajo la abertura del cuello de la prenda, pendían cordones como decoración.

En el curso del siglo xv, toda la región fue conquistada por los inkas. Luego de arreglos políticos entre las autoridades locales y los funcionarios cusqueños, los diaguitas pasaron a ser importantes aliados en su expansión hacia Copiapó y Chile Central. A la llegada de los españoles las influencias de la sociedad diaguita se extendían mucho más allá de su territorio de origen, alcanzando incluso la puna de Atacama y regiones trasandinas.

EN CHILE CENTRAL Aconcaguas, gente del Valle de Chile

A fines del primer milenio, cuando todavía subsistían algunas comunidades Llolleo dispersas por Chile Central, surgió en este territorio un nuevo complejo cultural que los arqueólogos denominan Aconcagua, pues en ese valle se hicieron los primeros hallazgos (Figura 11). La cultura Aconcagua marca el inicio del Agroalfarero Tardío en esta región, que concluye con el arribo de los inkas.



Figura 11. Vista del valle de Aconcagua desde el cerro La Cruz. Fotografía A. Troncoso.

La cultura Aconcagua marca el inicio del Agroalfarero Tardío en esta región, que concluye con el arribo de los inkas.

Habitaron valles e interfluvios de las cuencas de los ríos Aconcagua y Maipo, instalando sus asentamientos y cementerios casi en los mismos lugares que sus predecesores, los Llolleos. Sin embargo, ocuparon esta área en forma más amplia y diversa, explotando recursos de la precordillera, depresión intermedia y franja costera de Chile Central. Al sur del Maipo, los restos de esta cultura se diluyen y aparecen junto a rastros de poblaciones Llolleo. Hacia el norte, no sobrepasan el valle de Aconcagua, aunque en zonas como el valle del Choapa hay hallazgos aislados de elementos culturales confeccionados en piedra, tales como “clavas” o insignias de autoridad, pipas y flautas, comunes en Chile Central. A lo largo de todo su desarrollo, la cultura Aconcagua recibió influencias culturales del Norte Semiárido y de

áreas trasandinas adyacentes a Chile Central. La sociedad Aconcagua representa un quiebre con gran parte de las tradiciones culturales precedentes. Rasgos culturales que le imprimen una fuerte identidad, como la alfarería y costumbres funerarias, son un contrapunto a los de sus antecesoras Bato y Llolleo. Estas diferencias se habrían originado por la llegada de poblaciones del centro oeste argentino o del altiplano andino, aunque vinculadas con desarrollos culturales del Norte Árido. Otra explicación reconoce que la cultura Aconcagua se desarrolló a partir de un profundo cambio en la sociedad agroalfarera temprana ocasionado por la llegada de nuevas ideas e innovaciones tecnológicas propias de una esfera de tradición andina, común a varios pueblos de más al norte, a uno y otro lado de la cordillera. Según esta tesis, los aconcaguas habrían integrado y desarrollado estos aportes generando una nueva identidad, opuesta o, al menos, diferente a la de las sociedades del período inmediatamente anterior.

Grupos de esta cultura explotaron el litoral del Pacífico dejando extensos conchales que reflejan la complementación de recursos alimentarios con los valles del interior. Practicaban una movilidad estacional en torno a la recolección y la molienda de vegetales, la preparación de alimentos de origen marino, la explotación de salinas y el desarrollo de una pequeña horticultura. Habrían vivido con relativa estabilidad en pequeñas unidades familiares especializadas en diferentes tareas productivas. En el sector precordillerano ocupaban, temporalmente, abrigos rocosos u otros refugios mientras cazaban guanacos y animales menores, aprovechando de abastecerse de materias primas para fabricar sus herramientas y explotar algunos yacimientos de cobre y oro. Este sector era habitado por grupos de la antigua tradición de cazadores recolectores especializados de tradición arcaica; probablemente establecieron con los aconcagua algún tipo de trueque, quizás intercambiando productos de caza a cambio de productos agrícolas, cerámica y metales. En el valle central, donde se encuentra el núcleo territorial de los aconcaguas, estos se comportaron como una sociedad esencialmente agrícola. Sus asentamientos se ubicaban en las cabeceras y los tramos medios de los ríos, y en torno a los lagos y las lagunas más importantes. Los investigadores han localizado sitios abiertos sin estructuras habitacionales, algunos con viviendas aisladas construidas con “quincha” (barro y ramas), y otros más grandes, con características de poblados o aldeas.

Sus cementerios de “túmulos” están generalmente localizados en el valle central y rara vez en la costa (Figura 12). Son grandes concentraciones de montículos artificiales de tierra de entre treinta centímetros y un metro de altura, que alcanzan hasta más de trescientas



Figura 12. Montículos funerarios de Santa Rosa. Fotografía L. Sanhueza.

unidades por sitio. Contienen entierros individuales o colectivos, con un ajuar funerario compuesto de vasijas de cerámica, adornos de cobre, collares de concha y malaquita, flautas de piedra e implementos de molienda. Emplazados lejos de los poblados, estos cementerios se apartan de la antigua tradición funeraria de los Llolleos, quienes sepultaban a sus muertos bajo el piso de las viviendas. Por la distribución de las tumbas, los rasgos físicos de los esqueletos y las ofrendas que acompañan a los cuerpos, se supone la existencia de jerarquías sociales o de rango al interior de las comunidades. Los estudiosos creen que, hacia finales del desarrollo de esta cultura, hubo jefaturas dirigidas por líderes pertenecientes a importante linajes regionales. Su prestigio se basaba seguramente en su capacidad para redistribuir, entre los miembros de las comunidades, productos agrícolas, diversas artesanías y bienes obtenidos por intercambio.

La alfarería es la expresión material distintiva de la cultura Aconcagua. Y al igual que con las costumbres funerarias, representa una ruptura con la tradición alfarera monocroma y pulida de los grupos Llolleo y Bato. A las ollas y los cántaros utilitarios de superficies alisadas, se agregan otras formas, como cuencos y escudillas para la comida, y grandes cántaros para almacenaje manufacturados con tecnologías más depuradas. A menudo, estas piezas cerámicas están decoradas con diseños geométricos pintados en negro y blanco sobre superficies de color anaranjado o rojo. Los arqueólogos han identificado tres estilos cerámicos, cuya distribución diferencial en la región refleja la existencia de dos grandes concentraciones poblacionales: una en el valle de Aconcagua, y otra en la cuenca del Maipo. El estilo más común en esta última, y que perdura hasta el contacto con los inkas, es el denominado Aconcagua Salmón, representado por escudillas y jarros decorados con el motivo más emblemático de su iconografía, el llamado “trinacrio” o tres aspas que, a partir de un círculo central, se disponen hacia la izquierda o a la derecha del observador.

Otros diseños, como los triángulos escalonados, aparecen más tardíamente y se relacionan con la iconografía de la cerámica diaguita. El segundo estilo, el “Aconcagua Rojo Engobado”, propio del valle de Aconcagua, se caracteriza por escudillas con diseños de cruces diametrales en su interior, comunes en tiempos inkaicos. El último, llamado Aconcagua Trícromo Engobado, combina diseños locales con otros de indudable influencia Diaguita-Inka. Suele aparecer en contextos donde el Aconcagua Salmón del Maipo casi no existe. Al sur de este río, en el límite meridional del territorio de los aconcaguas, existe la cerámica Viluco perteneciente a grupos prehispánicos tardíos e históricos del área mendocina, en Argentina. La presencia de esta cerámica y otros elementos culturales muy diferentes al desarrollo Aconcagua, sugiere la existencia de otras entidades sociales que aún no están determinadas, pero que podrían ser poblaciones habitando una zona de frontera cultural entre los aconcaguas y los indígenas del más al sur, denominados *promaucaes* o “purun-aucas” en las crónicas hispánicas tempranas.

EN CHILE CENTRO SUR El Vergel, abuelos de los mapuches

Entre los ríos Biobío y Toltén, especialmente en los valles de Angol, aparecen los restos arqueológicos de El Vergel, una cultura muy diferente a los antiguos Pitrén que poblaron el centro sur de Chile.

Esta cultura toma su nombre de la localidad de El Vergel donde los arqueólogos encontraron sus primeras manifestaciones. Extendiéndose entre los años 1000 y 1400 d. C., estuvo compuesta por comunidades semisedentarias que habitaban preferentemente los valles y la cordillera de la Costa. Su clima templado y lluvioso, y la vegetación boscosa, favorecieron el desarrollo de una economía hortícola basada en el cultivo de papas, quínoa, maíz, porotos y zapallos, y complementada con caza y recolección. Explotaron los recursos del mar y de las lagunas litorales, pescando y cazando lobos marinos, pudúes, nutrias, ranas y aves acuáticas, y recolectando moluscos, semillas y frutos, junto a vegetales como la totora y la madera que obtenían de la foresta. De manera excepcional, amansaban guanacos conocidos como *chiliwekes*, del cual obtenían carne y lana.

La mayoría de sus asentamientos habitacionales se sitúan cerca de los ríos, lo que habría facilitado la construcción de pequeñas obras de regadío para las tierras agrícolas. Junto a ellos están los cementerios que nunca contienen más de dos o tres tumbas. Esto ha hecho pensar que esta sociedad se componía de pequeñas unidades familiares que vivían en caseríos relativamente independientes entre sí.



Figura 13. Recreación de una familia de la cultura El Vergel. Dibujo J. Pérez de Arce.

El patrón funerario es uno de los rasgos culturales más sobresalientes de El Vergel. Los muertos eran enterrados en grandes cántaros o “urnas” de cerámica, a veces pintadas con motivos blancos y rojos, agregándose como ofrenda uno o dos jarros asimétricos (Figura 13). En un caso excepcional, se han conservado otros objetos del ajuar funerario, como una cuchara de madera tallada en su extremo con la forma de un rostro humano, y restos de piezas textiles, como los de una túnica y faja. El uso de urnas cerámicas y la tecnología de los tejidos sugieren que El Vergel tuvo influencias culturales de pueblos de más al norte. Otras modalidades de entierro más comunes hacia el final de El Vergel, y que alcanzaron a coexistir con el patrón de urnas cerámicas, fueron la inhumación en simples fosas rodeadas de piedras, y los entierros en canoas de madera o *wampo* que fueron usadas hasta bien entrado el período histórico. Restos de pipas de cerámica hallados en algunas sepulturas sugieren prácticas religiosas de tipo chamánicas, relacionadas con el consumo de sustancias alucinógenas en contextos sociales y rituales, una costumbre que vendría desde la época de la antigua cultura Pitrén.

La cerámica de El Vergel es variada en cuanto a formas y funciones. Destacan las urnas funerarias, la vajilla de uso doméstico compuesta de ollas, jarros y vasijas monocromas, y una alfarería de mejor factura, como cántaros de tamaño mediano y jarros de superficies engobadas rojas o negras, a veces decoradas con motivos geométricos pintados en rojo sobre blanco. Dentro de este conjunto, hay vasijas con las mismas formas cerámicas de las antiguas comunidades Pitrén, seguramente debido a que coexistieron con ellos en ciertas áreas de La Araucanía. Muchas de las formas cerámicas de El Vergel tienen una larga tradición en la zona, como los jarros asimétricos

que, con algunas variaciones, tienen afinidades con los “jarros-pato” o *ketru metawes* de las alfareras mapuches actuales. Estos jarros globulares, con cuello estrecho y un pequeño protúbulo en el asa, son ofrendas comunes en los entierros en urnas. Sus diseños de bandas en zigzag recuerdan motivos pintados con técnica negativa de la alfarería Pitrén. La misma relación ocurre con las formas asimétricas y los cuellos abultados de estos jarros, ejemplo de la fusión que se produce entre ambas tradiciones cerámicas. El universo alfarero de El Vergel forma parte de una tradición de estilo rojo y blanco que hacia el 1100 d. C. rompe con la monocromía de la alfarería Pitrén y que con algunas variaciones permanece hasta tiempos hispano-coloniales en la llamada cerámica Valdivia, desarrollada por las comunidades mapuches históricas que vivían al sur del río Biobío.

Hay evidencias de que al arribo de los españoles, la sociedad El Vergel y los pueblos Pitrén compartían este vasto territorio: unos en los valles y la costa; los otros en las lagunas y los bosques precordilleranos. De su fusión cultural surgen los mapuches históricos.

EN RAPA NUI Los tiempos del esplendor

Hacia el año 1300 d. C., se sitúa el apogeo del desarrollo cultural del pueblo rapa nui. Organizado en clanes territoriales y regido por una poderosa aristocracia religiosa, logró construir cientos de enormes centros ceremoniales, llamados *ahu*, donde se erigieron las gigantescas esculturas de forma humana, los *moai* destinados a recordar a los ancestros.

Para comprender mejor la prehistoria y la historia de Rapa Nui, los arqueólogos la han dividido en cinco fases cronológicas. La prehistoria comprende tres primeras fases, la de asentamiento o “El origen legendario” (previo al 1000 d. C.), la de expansión Ahu Moai o “El esplendor de megalitismo” (1000-1680 d. C.) y la decadente Huru Moai o “El colapso y readaptación” (1680-1722 d. C.), cuando la Isla fue descubierta por los europeos.

El pueblo rapa nui descendería de una única población de navegantes de la Polinesia Oriental que, a fines del primer milenio, habrían colonizado esta isla. Cuenta la leyenda que el rey Hotu Matu’a desembarcó en la playa de Anakena con un centenar de hombres, mujeres y niños, acompañado de nobles y sabios-sacerdotes, guerreros y artesanos de la piedra y la madera, trayendo consigo enseres domésticos, plantas y animales necesarios para el sustento.

Durante la fase de apogeo cultural, la sociedad rapa nui se organizaba en clanes territoriales formados por linajes relacionados entre sí, los que, a su vez, reunían a varias familias extensas. Los clanes eran regidos por una poderosa aristocracia religiosa. Su jefe o *ariki* descendía directamente de los dioses y estaba dotado de poder sobrenatural o *maná*. En los grandes centros ceremoniales presidía ritos de iniciación, fiestas de la cosecha y la redistribución de los alimentos. Era acompañado por sacerdotes y sabios, los conocedores de la escritura sagrada *kohau rongo rongo*, con la que registraban cantos, plegarias rituales y la historia genealógica de su pueblo.

Los rapa nui desarrollaron un avanzado y sofisticado arte megalítico, sin parangón en toda Polinesia, relacionado con el culto a los ancestros. En quinientos años, alcanzaron a edificar cerca de trescientos *ahu* y tallaron en piedra más de seiscientos *moai*. Estas numerosas y monumentales realizaciones se explicarían por la necesidad de los linajes de competir por el poder, demostrando también un claro deseo de ostentación, construyendo obras cada vez más cuantiosas.

Los altares o *ahu* reflejan un desarrollo arquitectónico gradual y continuo, sin influencias externas. Los más antiguos se caracterizan por grandes muros compuestos de enormes bloques de lava, ajustados con sorprendente precisión. De este período son los primeros *moai*. Más tarde, los altares crecen en tamaño y se agregan más *moai*. Presentan amplias rampas laterales y pavimento frontal, contruidos ahora con bloques de basalto. El *ahu* Tongariki representa el máximo esfuerzo constructivo de este período clásico, con 15 imponentes *moai* con sus respectivos sombreros de escoria roja. En tiempos históricos, comienza la destrucción de los *ahu* y los *moai*, reemplazándose por estructuras semipiramidales utilizadas como crematorios y enterratorios humanos.



Figura 14. Cantera de Ranu Raraku, Isla de Pascua. Fotografía L. Cornejo.

A diferencia de la Polinesia, donde las imágenes de los antepasados eran talladas en gruesos troncos, en Rapa Nui los *moai* fueron esculpidos en enormes bloques volcánicos. Se utilizó el duro basalto, la traquita y la escoria roja y más tarde, las piedras del cráter Rano Raraku (Figura 14). Cuando sobrevino el período de la decadencia, más de setenta *moai* quedaron inconclusos en sus canteras de origen. Las esculturas promedian los cuatro metros de altura, excepto el *moai* “Paro” del *ahu* Te Pito Kura, que con sus diez metros y ochenta y cinco toneladas de peso, es la máxima expresión del megalitismo al servicio del impresionante poder político y religioso que se alcanzó en esta época.

Los *moai*, se esculpían directamente en la cantera, allí se realizaban las terminaciones de la cabeza, ojos, nariz y orejas y se le grababan “tatuajes” en la espalda. Desde la cantera eran trasladados al altar respectivo, arrastrados con cuerdas y armazones de madera. Luego, el *moai* era dispuesto de espalda al mar sobre la plataforma del *ahu*. El *ariki*, vestido con una larga capa de mahute pintada, portando en la cabeza un tocado a modo de corona de plumas blancas, adornado con pectorales (*reimiro*) y pendientes (*tahonga*) de madera, presidía la ceremonia para investir al *moai* del poder que protegía al linaje y al territorio. En ese momento se le engastaban los ojos de coral blanco y obsidiana y se le ceñía el enorme sombrero de escoria roja (*pukao*), a semejanza del turbante o moño teñido de rojo del *ariki*, signo de su condición divina.

Hacia 1600 d. C., la competencia entre los clanes por dominar más territorios y realzar su prestigio con altares cada vez mayores, produjo la sobreexplotación de los escasos recursos isleños, deteriorándose fuertemente el medio ambiente. Surgieron cruentas luchas intertribales, que desplazaron el poder de los antiguos sacerdotes.



Figura 15. Aldea de Orongo, Isla de Pascua. Fotografía L. Cornejo.

En la aldea ceremonial de Orongo, los líderes guerreros inauguran un nuevo culto relacionado a la fertilidad, el dios *Make Make* y los ritos del *Tangata Manu* u hombre-pájaro (Figura 15). El dios otorgaba poder temporal y privilegios al clan que obtuviera el primer huevo del *manutara*, la gaviota que anidaba anualmente en los islotes ubicados frente de la aldea ceremonial de Orongo.

La isla fue descubierta al mundo occidental por el navegante holandés Jacob Roggeveen un día de Pascua de Resurrección de 1722. Rapa Nui, como la llamaban sus habitantes originarios pasó a llamarse Isla de Pascua, incorporándose al territorio nacional chileno desde 1888.

EPÍLOGO

Entre mil y seiscientos años atrás, el territorio de Chile era un denso mosaico cultural. Sus logros y realizaciones fueron propios y singulares, en un momento de la historia cuando todavía no arribaban estados como el inka y el español, que iban a modificar para siempre ese Chile originario. Muchas de estas culturas preinkaicas solo las conocemos a través de los nombres que les han dado los arqueólogos, pero la mayoría posee un vínculo con el presente y afinidades culturales que permiten mirarlas como los ascendientes de los actuales pueblos indígenas.

CHILE, ¿MAPA O TERRITORIO? SIGLOS XV-XXI

Carolina Odone C.
Curadora, Museo Chileno de Arte Precolombino. Historiadora, Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctora © en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.

¿Cómo mirar Chile entre los siglos xv y xxi? La invitación es a leer este territorio como si fuese un mapa, un saber narrado en el tiempo y el espacio. Pero no es allí donde se levantan los lugares de la pertenencia y/o la morada; donde existe y acontece la vida y la muerte. Allí no están los antepasados, las formas de presentar a los ancestros y protegerlos. Las familias, los abuelos, los padres y los parientes. Los linajes, sus ascendencias y descendencias. Tampoco allí se transportan las divinidades. Ni se entierran los cuerpos de los difuntos.

PRIMERA EVOCACIÓN

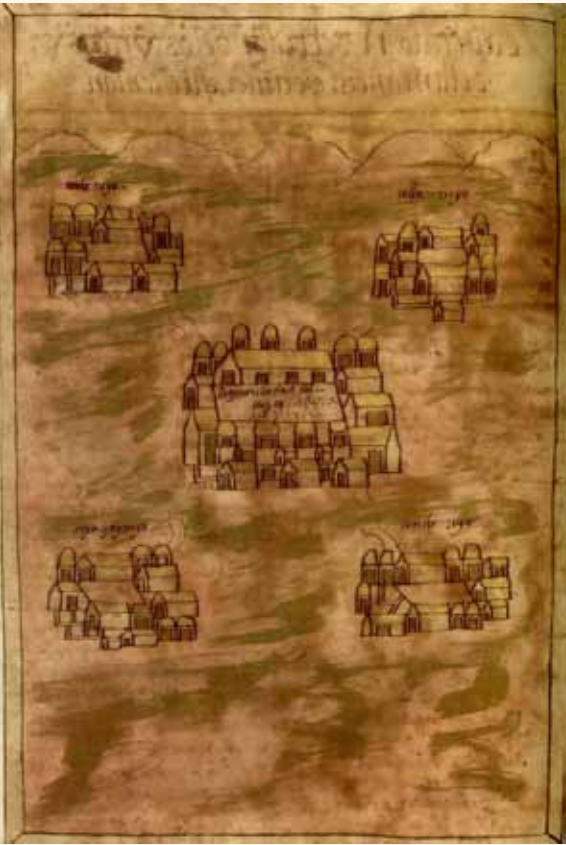


Figura 1. El Imperio de las Cuatro Partes del Mundo, al centro “la gran ciudad del cuzco cabesca [sic] del piru”. Fray Martin de Murúa, 1590. Manuscrito Galvin. Colección particular de Sean Galvin (Irlanda) y con permiso de Juan Ossio (Pontificia Universidad Católica del Perú).

A mediados del siglo xv, los grupos humanos que ocupaban los valles y espacios de lo que hoy llamamos centro y centro-sur de Chile –que por entonces no eran conocidos así– vivieron la incorporación de sus territorios al *Tawantinsuyu*, al “Imperio de las Cuatro Partes del Mundo” (Figura 1). Narran las crónicas hispanas que Topa Inka Yupanqui (1471-1493 d. C.), el décimo Inka, salió de la capital imperial del Cusco con rumbo al sur del lago Titicaca, al reino de los collas, para castigar un alzamiento que allí sucedía. Iba acompañado de un gran número de gente de guerra. No solamente consiguió detener la sublevación, sino que finalizó la conquista que había iniciado su padre Pachakuti Inka (1438-1471 d. C.), el noveno Inka. Los señoríos aymaras eran anexados al *Collasuyu*, el sur del Imperio, que incluye el sur de Perú, el oeste de Bolivia, el noroeste de Argentina y Chile. Arribó a este último territorio después de traspasar cordilleras nevadas, llegando al valle de Chile o del Aconcagua, luego al río Maule, posteriormente al valle de Copiapó o Copayapu, y luego a Atacama. Allí el ejército imperial fue dividido en cuatro destacamentos. Y cada uno tomó un camino para retornar al Cusco¹.

Este relato de la llegada del Inka al territorioChile no es un mapa universal en el que quepan todos los elementos. Tampoco uno en el que se pueda reconocer una cronología y secuencia de hechos, datos, batallas, triunfos y derrotas acontecidos, tal y como sucedieron, en el territorioChile durante todo el largo tiempo, casi cien años, de incorporación al *Tawantinsuyu*. Este relato no levanta una imagen directamente relacionada con los acontecimientos referenciados. Es un mapa tiempo/espacio antiguo. El Inka es el centro del relato; él es el corazón del Imperio, su principio generador y quien se traslada efectuando un viaje cuya dirección tiene un sentido simbólico. Sale por el norte, Cusco; se dirige al oriente, luego al sur, y posteriormente toma dirección este-oeste. Esa travesía es un viaje simbólico, el desplazamiento del Sol, *Inti*, *Punchao*.² El Inka avanza vestido con su *unku* o túnica adornada con *tocapus* y confeccionada con finas lanas y algodones. Calza sandalias ornamentadas. Ciñe a su frente la borla roja escarlata, la *mascaypacha* que cae y pende sobre su frente. En su tocado porta el casco o *Qquillay chuco* ataviado de plumas. Y en una de sus manos trae el escudo o *pullcanca*. Lleva dentro de sí una organización del espacio, un concepto. Un orden sociopolítico y económico, pero sobre todo sagrado. Así, cuando viaja el Inka, viaja el centro del Imperio. Hay ahí un primer mapa, de un *sí mismo*.

¿Y el territorioChile se llamaba Chile? Para algunos el nombre de Chile está vinculado a un valle de Chile Central y asociado a una condición del territorio, el frío. Para otros, se trata de una denominación impuesta externamente. Su nombre refiere a *lo más hondo del suelo* y a *los confines del mundo*. Que desde una mirada quechua o aymara, alude no a una ubicación geográfica, sino a una *posición: lo que está abajo o en la base (lo “hondo” y el horizonte)*. Podría pensarse, entonces, que el territorio al cual arriban los cusqueños es un espacio cuyo nombre local aún está enterrado en algún lugar arqueológico, mítico, histórico, antropológico, estético. Y que el nombre Chile se asienta como parte del *conjunto de un mundo ordenado en el que debe ocuparse un lugar*.³

Ese vasto territorio situado en el *Collasuyu* se incorpora al mundo, al Imperio consagrado al Sol. A una cosmovisión, donde el tiempo y el espacio eran sagrados. A un mundo que había sido creado y ordenado por Wiraqocha, el hacedor celeste con rasgos solares, quien lo dividió en cuatro partes y ordenó que las gentes, las provincias y las naciones saliesen algunas de lagos, otras de fuentes, valles, cuevas, árboles y cerros. Esta deidad también recibe denominaciones locales, Pachacama, Tunupa. Un mundo sagrado de dualidades, Wiraqocha-Pachamama, la dualidad cielo-tierra, que requiere de elementos que ayuden a viajar por los caminos rituales que unían ambos planos del mundo, *Illapa* o el rayo, el arco iris, y *Amaru* o la serpiente. Es por lo tanto un mapa que relata una escenificación, una representación ritual de la conquista. Escenificación que corresponde a cada Inka o *Sapa Inka* que ascendía al poder, ya que cada uno de ellos debía efectuar su propia conquista.⁴

A su vez, el relato hispano levanta un segundo mapa cuya composición se dibuja a partir de lo que el Inka ve. Es un mapa de recursos y riesgos existentes. Parte de un centro –al igual que él– que es desde donde se trazan todos los mapas posibles. El centro es el valle de Chile, el del Aconcagua. Un espacio habitado por *gente muy belicosa y muy rica y próspera de oro*. Allí se llega y desde allí se retorna. Es el lugar donde el Inka pregunta por las riquezas que existen, y por lo que había delante de sí. Es el punto donde deja *guarnición de gente de guerra para que lo que ansi había ganado y conquistado lo tuviese quieto y pacífico y desde allí le llevarsen su tributo de oro a la ciudad de Cusco*.⁵ Es el sitio donde congrega a los señores indígenas

locales o *kurakas* pacificados, los de Chile y Copayapu, entre otros. Les señala lo que debían tributar o entregar al Inka y les obsequia bienes preciados que traía para ellos. El centro tenía una importancia ritual. Allí el Inka, como primer acto, solicitaba a los distintos grupos alianzas de reciprocidad y redistribución. Ellas eran la base de la organización política y económica, junto a la entrega de mano de obra –*mita*– y la redistribución de bienes y recursos.

Desde ese centro, valle de Chile/Aconcagua, cuando el Inka pregunta qué había delante de sí y le responden que el río Maule, está trazando otra dirección en el mapa, un *ceque* o línea que se proyectaba hasta allí. Desde ese centro hasta el río Maule existían espacios de transición, “relativamente” poblados, para llegar, una vez que se cruzaba el ancho caudal del río, a un territorio concurrido, con gente bien dispuesta y rica en animales.

Desde el valle de Chile, el Inka inicia su retorno. Traza otra dirección, una línea desde ese valle a Copayapu y de ahí al territorio de Atacama habitado por *gente guerrera*. Del valle de Chile a Atacama también existían espacios de transición, el de los *grandes poblados*, para llegar luego a las *tierras de arenales y faltas de agua*, al Despoblado, al final del cual los esperaban *gente guerrera*. Como el Inka era el ordenador, ese viaje se convertía en el tránsito entre la cultura y la no cultura. En su travesía de regreso y estando en Copayapu, el Inka recibió información de que sus naturales, cuando iban al territorio de los de Atacama, con quienes trataban mercadeando, viajaban en grupos para aprovechar los pozos o *xaqueyes de muy poca agua* que se encontraban en el Despoblado. Mandó entonces a los naturales de las provincias de Copayapu y de Chile, a la de Atacama *porque le dijeron que era gente guerrera y que llevarsen sus armas y que como fuesen abriendo los xaqueyes*.⁶ También mandó el Inka que sus capitanes y hombres atravesasen el Despoblado en grupos, cada uno de ellos provistos de odres de agua y comida. Sus enviados iban abriendo *jagüeyes* y haciendo embalses donde acumular la poca agua que bajaba de la cordillera para posibilitar la marcha del ejército imperial. Dicho paso selló la incorporación del territorioChile al Imperio, al sistema cultural y ritual del *Tawantinsuyu*. Desde allí el Camino del Despoblado vería circular *chaskis*, tributos, pensamientos, saberes, ideas, noticias, presagios, personas y animales. Al parecer, la construcción de esa alianza entre copayapos, sus dignatarios étnicos y el Inka fue progresiva; su data

sería anterior a las relaciones que cimentó, en las últimas décadas del siglo xv, Topa Inka Yupanqui. Quizá se habrían iniciado en tiempos de Pachakuti Inka (1438-1471 d. C.).⁷

El décimo primer Inka, Huayna Capac (1493-1525 d. C.) habría asentado el dominio al norte del río Cachapoal y fijado una zona de transición situada entre aquel hito y el norte del río Maule, espacio *purun auca* o *promaucae*, por su oposición a la presencia del *Tawantinsuyu* en esos territorios.⁸

SEGUNDA EVOCACIÓN

¿Qué ocurrió con ese mapa del confín del *Tawantinsuyu* cuando, a mediados del siglo xvi, los que allí habitaban vieron la irrupción de los castellanos en su historia y la invasión de sus territorios?

Diego de Almagro, el Viejo, partiendo desde el Cusco, enfiló hacia el *Collasuyu* emprendiendo la marcha por el Alto Perú y el noroeste argentino. Cruzando la cordillera de los Andes por el paso San Francisco, alcanzó el valle de Copayapu hacia abril de 1536. Habían transcurrido cerca de nueve meses de viaje por serranías pedregosas, mesetas, valles y desiertos, transitando por uno de los ramales del camino del Inka o *Qhapaq Ñan*. El trayecto había sido escalonado, con puntos de aprovisionamiento y descanso, esperando que la nieve y las tormentas de viento no detuviesen la marcha de la expedición compuesta por españoles; lenguaraces o intérpretes, como Paullo Tupac, pariente del Inka Huascar; *yanaconas* o indios de servicio, esclavos negros, además de caballos.

Finalmente llegaron al valle del Aconcagua. Se dirigieron a la costa, hasta lo que es hoy Quinteros, reconociendo la desembocadura del río Rapel. Desde allí entraron al gran valle central, recorriendo las cuencas del Maipo y del Mapocho, hasta llegar nuevamente al valle del Aconcagua. Almagro dividió a sus fuerzas expedicionarias, enviando por mar y tierra hombres que se adentrasen al sur a fin de contar con noticias sobre el territorio, sus recursos y las poblaciones que allí habitaban. La imagen de una provincia central con asentamientos dispersos situados en sectores de valles y quebradas, próximos a aguadas o ríos, donde los indígenas tenían sus sementeras o sembradíos y sus ganados, eran observaciones inquietantes para las aspiraciones de los expedicionarios.

El encuentro con las poblaciones indígenas había estado marcado por episodios de hospitalidad junto con enfrentamientos violentos y huidas de los naturales que, al despoblar sus lugares, se llevaban o quemaban recursos para el aprovisionamiento de los expedicionarios. Pero existían minas de oro, en Marga Marga, y la tierra era fértil.

Esas informaciones fueron consideradas por Almagro al calor de las noticias de una sublevación de los indios del Perú. Aquello ponía en jaque la conquista del Imperio, eso hacía peligrar lo que hasta entonces se había logrado. En agosto, Almagro tomó la decisión de retornar al Perú, abandonando la conquista de los valles del Chile Central.

En esas circunstancias, Almagro sabía que una vez que llegase al valle de Copayapu tenía dos alternativas: ascender, llegar a uno de los *puertos de nieve* de la cordillera de los Andes, el actual paso San Francisco, y cruzar hacia el noroeste de Argentina, oeste de Bolivia y sur de Perú. Pero sus hombres mantenían vivo aún el recuerdo del paso cordillerano. El angosto sendero, los farellones, el viento fuerte, el frío seco, los truenos anunciando la tormenta de nieve eran vivencias que no querían repetir. El otro camino era por el valle de Copayapu e ingresar al Despoblado de Atacama, atravesar los desiertos del norte y llegar al sur del Perú. Esa fue la ruta elegida. La travesía no sería sencilla y había que tomar las precauciones necesarias. Finalmente, a comienzos de 1537, llegaban al valle de Arequipa.

¿Cuál era el mapa que narraba esa actualidad que se estaba viviendo en el territorioChile, ahora hispano colonial?

Ese mapa contenía nuevas percepciones. Una de ellas era la cordillera (Figura 2). La travesía de Diego de Almagro le otorga una fuerza trascendente, invencible y duradera. La cordillera pertenece al territorioChile, es su grandeza y su drama. El lugar de las grandes montañas, altas, nevadas, de frío extremo, donde corren vientos furiosos y cortantes. Es la experiencia de la hazaña, de la heroicidad conquistadora, del sacrificio y el sufrimiento. El espacio

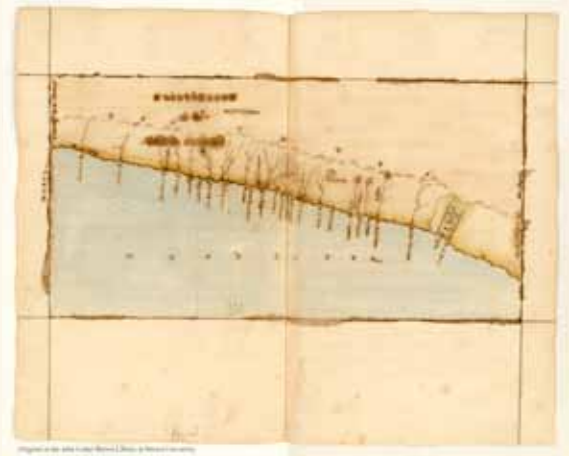


Figura 2. Descripción de la Provincia de Chile en Demarcación y división de las Indias. Juan López de Velasco, ca. 1575. Alejandra Vega, 2005. Cortesía The John Carter Brown Library at Brown University.

también de la muerte y los espantos. Ya no el lugar del tránsito, del contacto entre los territorios orientales y occidentales, el puente, la comunicación que había sido en tiempos más antiguos. Ahora es el punto de *un destino final, donde mueren unos tras otros, quienes allí permanecen*. Tampoco es el espacio propio para el habitar humano. Aquello acontece en los valles, en los puntos llanos y en los horadados, como las quebradas. Es que en la cordillera, en la de los Andes, habitan *flecheros* o *comedores de carne humana, sin casa ni vestimenta*. Era también el refugio de los insurgentes, de los rebeldes que resistían el avance de la conquista y la consolidación del orden hispano. La cordillera del territorioChile, ahora Reino de Chile, lo cruza y recorre hasta el estrecho de Magallanes. Lo demarca y a la vez divide, constituyéndose una percepción unitaria y longitudinal del mismo. Es esa imagen con sus contenidos y valoraciones la que será transmitida por los cronistas hispanos.⁹

Lo mismo ocurría con otra percepción incorporada al mapa, el Despoblado de Atacama o el Gran Despoblado, donde comenzaba el Reino de Chile, que, desde el siglo xvi, abarcaba los espacios comprendidos entre el sur del salar de Atacama y el inicio de los valles que conformaban el río Copiapó (Figura 3). Esa amplia extensión territorial fue relevada como un territorio con posibilidades totalmente restrictivas para la ocupación humana y, por ende, un espacio caracterizado desde lo inhóspito, lo hostil e inhabitable. Es esa visión homogénea y uniforme la que va dando sentido a la percepción del Despoblado. Las especificidades o las singularidades se desperfilan, allí no es posible la vida, ni menos aún la reproducción social de la misma, y los arreglos culturales que podrían ser puestos en juego. Esta imagen del Despoblado de Atacama como



Figura 3. Chili. G. Blaeu, 1640, Amsterdam. Colección Banco Central, Santiago de Chile. Andrés Núñez, 2009.

un espacio árido y polvoriento cristalizó rápidamente. Y sobre ella se fueron adosando otras imágenes que le eran también correspondientes. Si entre el sur del salar de Atacama y la cuenca del río Copiapó solo existía aridez, su paso era rotundamente peligroso y dificultoso. Si allí había solo despoblado, esa zona no presentaba recursos que fueran estimables. Ambas apreciaciones posibilitaron que, tempranamente, dicha área fuese considerada como un espacio de umbral, cuyo cruce únicamente era posible por la existencia de un camino que era la principal vía de comunicación entre los territorios situados al norte y al sur del Reino de Chile. Una ruta peligrosa, cuyo tránsito tenía además todas las connotaciones de una hazaña y por ende, jalonado por historias épicas.¹⁰

¿Cuál era el mundo, el lugar, la tierra al norte del Despoblado de Atacama? Portando la Virgen de Nuestra Señora del Socorro, en enero de 1540, Pedro de Valdivia salió del Cusco con permiso de conquistar y poblar. La expedición se dirigió al valle de Arequipa, cruzó la llanura costera y atravesando los desiertos de Tarapacá y Atacama, continuó viaje hacia las últimas aguadas antes de entrar al gran Despoblado de Atacama para alcanzar el valle de Copiapó.

El cruce del desierto por Valdivia también aportó una nueva percepción del mapa sobre el territorioChile: los arenales de la llanura costera ariqueña y los desiertos de Tarapacá y Atacama que, para el siglo xx, ya serían el actual Norte Árido de Chile. El desierto se levantó como un paisaje extraño, imponente, infecundo, seco. Y claramente demarcado por el eje este-oeste. El este era la parte fría, escasa en producciones, abundante en ganados, pastos y leña. El territorio caliente y que se situaba hacia el oeste, era rico en recursos y producciones y apto para la vida humana. Esa vastedad, antes de la irrupción de las huestes hispanas, formaba parte del *Collasuyu*. Seguramente incorporado en tiempos de Viracocha Inka (1400-1438 d. C.), el octavo Inka, a través de las relaciones establecidas con los señoríos collas, lupacas y carangas en la región del lago Titicaca, quienes habían extendido su área de influencia hacia la sierra y el altiplano de Arica y Tarapacá, y mantenían relaciones con las poblaciones situadas en valles y costa. Esta supremacía inkaica fue continuada por el noveno Inka, Pachakuti Inka (1438-1471 d. C.), *el que renueva el mundo*, y por su sucesor, Topa Inka Yupanqui (1471-1493 d. C.).¹¹

Valdivia recorrió los valles del Aconcagua, Mapocho y Maipo. Los hombres observaron un paisaje fértil, abundante en recursos, con espacios de asentamiento indígena diseminados y acequias que regaban las tierras de los naturales. A fines de 1540, Valdivia estimó que el

valle del Mapocho era el espacio más ventajoso para el establecimiento de la primera ciudad. El 11 de septiembre de 1541, indígenas dirigidos por el cacique Michimalonko la atacaron. Los habitantes invocaban al apóstol protector de la ciudad, San Santiago *mata moros, mata indios*. Y hasta por lo menos 1543, la ciudad estuvo aislada y acosada por el peligro indígena.

Cuando los españoles llegaron a los valles de Chile, la resistencia de los nativos se orientó a mantener el control de las tierras mediante la disposición de los guerreros en puntos estratégicos, especialmente fortificados. Entre 1541 y 1544, se formaron verdaderas federaciones entre los señoríos o cacicazgos locales, a fin de combatir la conquista española. En esos años se sucedieron enfrentamientos bélicos, negociaciones, destrucciones y quemas, produciéndose también la marcha forzosa de poblaciones del valle central a las tierras del sur. Pedro de Valdivia estaba enterado de que entre las cercanías de la actual Angostura de Paine, en el valle del Maipo y la ribera norte del río Maule, las poblaciones que allí habitaban se habían ganado el nombre de *purun auca* o “enemigo bárbaro” —que luego derivó en *promaucae*— por su oposición a la presencia del *Tawantinsuyu* en esos territorios. Ahora los españoles los habían calificado como lobos monteses.¹²

Los peligros eran muchos. Era vital mantener el control en las inmediaciones de Santiago. Más aún, cerca de seiscientos indígenas fueron enviados a servir en las minas de Marga Marga, en la costa, lo que exigía la vigilancia de los hispanos. Era vital aplastar la resistencia en ese territorio. Pedro de Valdivia envió, en varias oportunidades, grupos de hombres para llamar a la paz a quienes habían huido, mientras más poblaciones seguían trasladándose hacia el sur. Esto era un obstáculo para la entrega de encomiendas o reparto de indios. Por ello, la construcción de un fuerte hispano era clave para contener los alzamientos. Así, en las inmediaciones del río Maule se levantó uno, con la doble intención de mantener una frontera y enviar expedicionarios hacia el río Biobío, para tener noticias de las tierras y poblaciones controladas por los caciques Andalien y Reinoguelen.

Pero también los peligros acechaban en el norte del territorioChile. En 1544, Valdivia envió a *poblar y sustentar* la desembocadura del río Elqui, fundándose la ciudad de La Serena, repartiéndose las primeras encomiendas de La Serena y Copiapó, ejecutándose, además, la fundación del fuerte Bohon o Copiapó. La rebelión indígena de 1548-1549 marcó un hito en la consolidación del control hispano en la zona. Francisco de Aguirre reedificó la ciudad de La Serena y logró contener el alzamiento en los valles.

A su vez, y también hacia el sur se inicia la estrategia de *poblar y sustentar*. En 1550 se funda Concepción y entre 1551-1552 se construyen los fuertes de Arauco, Tucapel y Purén, así como las ciudades de Los Confines, Valdivia y Villarrica. Pero en 1553, en la batalla de Tucapel, Valdivia es hecho prisionero, donde muere por acción de los caciques Caupolicán y Lautaro. Las ciudades del sur fueron despobladas. Vinieron años de alzamientos generales. El cacique Lautaro y su gente cruzaron el Biobío dispuestos a liberar sus tierras y lograr el dominio de los valles de Chile Central. En 1557, el gobernador Francisco de Villagra se encontraba conteniendo una rebelión en La Imperial y Villarrica, e informado de una situación de alzamiento se dirigió hacia Mataquito. Muchas fueron las muertes de promaucaes, de Itata, Ñuble y Reinoguelen. Esa victoria hispana marcó el fin de la alianza entre promaucaes y mapuches en torno al toqui Lautaro, el indígena que había sido *yanacona* de Pedro de Valdivia.¹³ Su cuerpo yacía en el suelo producto de una *lanzada*, la cabeza le fue cortada y trasladada a la ciudad de Santiago.¹⁴

Durante esos años, más al sur del río Itata, en las llamadas provincias de Arauco, Tucapel y Purén, las agrupaciones indígenas encabezaban las acciones de guerra. La situación era de alarma. El hambre, la quema de sembradíos, las pestes y la sequía ocasionaban serios daños. Los españoles continuaban con su dinámica de *poblar y sustentar*. Al calor de la guerra, se restablecían los enclaves, los fuertes y las ciudades. En 1558 fue capturado el toqui Caupolicán y condenado a morir en la pica. En 1598 se produjo un segundo alzamiento indígena que tuvo su punto máximo en la batalla de Curalaba, donde falleció el gobernador Martín García Oñez de Loyola por acción del toqui Pelantaro. Ello marcó una frontera: el río Biobío, el espacio que delimitaba el completo control hispano sobre un territorio; más allá, en Arauco, había un gran desafío. La llamada Guerra de Arauco, inmortalizada por Alonso de Ercilla en *La Araucana*, ponía en evidencia la precariedad del control hispano. En ese espacio fronterizo convivieron la sociedad indígena y la hispanocriolla, la mapuche y la *huinca*. Atrás fue quedando la guerra de conquista, la frontal y viva. Una serie de complejas relaciones fronterizas e interétnicas compusieron el mundo de la Araucanía y las Pampas y su articulación con la sociedad y la economía colonial. Masas de ganado que procedían de las Pampas se internaban a la Araucanía. La carne, los productos derivados de la ganadería; la sal, fundamental para la elaboración de charqui; las prendas de ropa, como ponchos, mantas, chamantos y chamales indígenas; la yerba mate, el azúcar, los objetos de plata que habían comenzado a producir los mapuches, y otros artículos, formaron parte de los circuitos de tráfico, intercambio o *conchavo* y comercio que involucraba a comunidades

indígenas, fuertes y haciendas fronterizas. A la Araucanía y las Pampas, y al resto del Reino de Chile, incluso a las plazas de Lima, Buenos Aires, Montevideo y Asunción. Las tierras fueron dedicadas al cultivo del trigo, ocupándose mano de obra indígena, al igual que para la producción de vino y aguardiente.¹⁵

A su vez, el caballo rápidamente ocupó un lugar de importancia en la vida de las poblaciones indígenas. Tempranamente fue incorporado como medio de transporte y en algunos casos como fuente alimenticia, además del uso del cuero para la elaboración, por ejemplo, de lazos. Importante fue también la manufactura indígena de una serie de objetos para la monta, tales como riendas, frenos, cinchas, monturas y estribos. Este animal no solo formaba parte del mundo de los indígenas de Chile Central, también de los mapuches, los que habían obtenido el conocimiento y uso del caballo de los españoles. A su vez, los indios cordilleranos traspasaron ese uso a los indios pampas hasta extenderse a los aónikenk en la Patagonia meridional.¹⁶

La sociedad colonial de Chile inicia la ocupación de las tierras indígenas, especialmente en los sectores costeros y medios de los valles. Fueron impuestas demarcaciones administrativas y eclesiásticas sobre los espacios indígenas para homogeneizar a los territorios y sus poblaciones, reestructurando el paisaje indígena local. Se produjo su reubicación en pueblos de indios y doctrinas eclesiásticas. Se utilizó su mano de obra para las faenas agrícolas, mineras y ganaderas. Hacia 1650, estancias y haciendas, la siembra de trigo, el cultivo de la vid, la engorda de ganado vacuno, caprino y ovino, eran las formas productivas españolas predominantes. La progresiva disminución de la población nativa era una realidad que, junto al proceso de mestizaje, configuró la reorientación de oficios e identidades culturales, como los mineros, los arrieros, los labradores, los artesanos, los cabreros, los pastores, los tejedores, los cesteros; junto al surgimiento de nuevos sistemas laborales como el inquilinaje. Algunos indígenas fueron trasladados a las estancias o haciendas de otros encomenderos o españoles, desmembrándose su comunidad originaria; otros lograron conservar parte de sus tierras y su organización cacical.¹⁷

Para las poblaciones indígenas se abrió otra actualidad. Su saber-hacer se fue arremolinando en el cosmos de los oscuros; allí los negros, indígenas, mestizos, mulatos, zambos, pardos y morenos. Bailando en las cofradías para las festividades de los santos, santas, vírgenes, Semana Santa, Corpus Christi y el Niño Dios. Los integrantes de las cofradías circulaban en medio de la música y las danzas, muchas veces luciendo sus prendas. Franciscanos, mercedarios, agustinos, dominicos y jesuitas competían

por el dramatismo de aquellas. Estaban también las cofradías de los penitentes, los que recorrían las calles azotándose y gimiendo. Eran las procesiones de carne. Las cofradías eran verdaderos espectáculos devocionales. Las imágenes de vírgenes, santos y santas se elaboraban a escala humana, las partes de sus cuerpos eran articuladas. Las cabelleras se confeccionaban con pelo humano. Para los ojos, muchas veces con lágrimas, se utilizaba vidrio. Igual sentido de verosimilitud se aplicaba a la boca, la lengua, los dientes, las pestañas y las uñas.¹⁸

Al otro lado, la esfera de los blancos, de los hispanocriollos, de los oriundos de España, de los criollos o aquí nacidos. Cada uno con su vestir correcto, de acuerdo a su estado, sexo y calidad. Que para el festejo de la jura al rey se sirve, de modo sobrio y sencillo, helados de canela y aurora, de bocado de príncipe; dulces secos, panales, tostadas, barquillos y chocolate.¹⁹ Las juras reales tuvieron una especial importancia, puesto que era el momento en el cual la comunidad local reafirmaba sus vínculos de fidelidad con la lejana monarquía española. En general, las festividades públicas se caracterizaban por el gran despliegue de elementos escénicos. Incluían el paseo público del estandarte real, la creación de escenografías, procesiones, torneos, banquetes, obras de teatro y juegos populares, como reñideros de gallos, carreras de caballo, juegos de bolas, corridas de toros y juegos de azar. Además del ruido de las campanas, las armas de fuego y los fuegos artificiales.²⁰

Por encima, existía un manto que todo lo cubría, era el tejido por las iglesias y los conventos. Allí comenzaba y terminaba la vida: el bautizo y los funerales. Allí se conjuraban los peligros mediante las plegarias y las procesiones. Las campanas eran sistemas de comunicación, convocando a la comunidad no solo para los eventos religiosos, sino que también para las noticias de la vida cotidiana y civil. La búsqueda de la unidad era la deseada aspiración de la Iglesia y la monarquía, representada por las autoridades locales. El barroco se abría en toda su magnificencia: cuerpos y almas de un solo territorio, en el que debía buscarse la unidad para los fines del poder.

Y, ¿cuál fue el mapa que se desplegó durante esos primeros tiempos de organización de la sociedad colonial del Reino de Chile? La imagen que se configura se vincula, por una parte, con el firme dominio hispano en el Chile Central, fundamentalmente rural. Por otra, con la necesidad de otorgar unicidad al territorio que principia en el Despoblado de Atacama y se extiende hasta el estrecho de Magallanes. Será la cordillera el fragmento nodal de esa unidad querida y buscada, aunque no tendrá nombre local. Es la cordillera *grande y nevada*. La cordillera de los Andes, la cordillera de Chile. El tercer aspecto se vincula con la

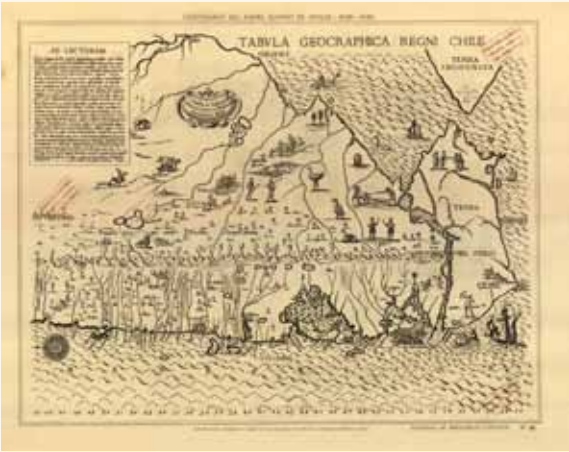


Figura 4. *Tabula Geographica Regni de Chile*. Alonso de Ovalle, 1646. Archivo Fotográfico y Digital. Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

estética del territorio. La distancia existente entre el mar y la tierra adentro era de cien leguas. A su vez, a Pedro de Valdivia se le había adjudicado un dominio que se situaba entre los 27° y los 41° de latitud sur, que posteriormente se extendió hasta el estrecho de Magallanes, *el estrecho de las montañas nevadas*. Hasta allí llegó el programa colonial de ocupación y reconocimiento del territorioChile. Las travesías no fueron fáciles; el hambre, los temporales, el frío, jugaban en contra. Mas se logró el reconocimiento de esas tierras, sus islas, archipiélagos y bahías, entre Chiloé y el cabo de Hornos. Era la imponente y silenciosa geografía austral (Figura 4).²¹

En esa imagen construida del territorioChile coexisten dos visiones. La unitaria articulada en torno a la cordillera. Y la transversal asociada a la noción de bandas/franjas territoriales que se extendían en transectos de dirección oeste-este. El poema de Alonso de Ercilla, *La Araucana*, publicado entre 1569 y 1589, reúne los vectores de ese

imaginario hispano colonial: Chile, la fértil provincia; *Es Chile norte sur de gran longura; tendrá de leste a oeste de angostura cien millas; Digo que norte sur corre la tierra, y báñala del oeste la marina; a la banda de leste va una sierra*. Y si el norte y el sur, la cordillera de los Andes y el mar son los vectores que estructuran el Reino de Chile, ¿cuál es la imagen que se pondera? Este mapa *se construye visualmente desde la costa o desde el valle y no desde las cumbres de los Andes*. El mapa que se levanta, en tanto vista panorámica del territorio, y al menos desde el siglo xvi, no es desde una dirección longitudinal, sino que desde un derrotero costa-cordillera, oeste-este. Ciertamente que existía una imagen longitudinal, *concebida por la Corona desde arriba, propia de la autoridad regia y de la cartografía matemática*. Pero Chile, *la vaina despada, angosta y larga* publicada por Alonso de Góngora Marmolejo en 1575 no es la imagen preeminente en la composición del mapa del territorioChile. Prevalece la disposición en franjas territoriales, así se pueden controlar y dominar los espacios habitados de los valles y los llanos, sus espacios agrícolas y ganaderos, las ciudades y los fuertes. Reconocer los ríos que bajan de las montañas. Cuidar las faenas mineras de la plata y el cobre; los sectores de internada y veranada de los animales, los depósitos de sal y hielo (Figura 5).²²

Ese mapa contenía nuevas percepciones. Un territorioChile angosto y alargado constituido desde los extremos de las posibilidades del acontecer y habitar humano. En el norte, la geografía inclemente del desierto polvoriento. Al sur, el silencio invencible del hielo. Un territorio observado desde puntos sin retorno. A la vez, una imagen homogénea y uniforme que va dando sentido a la percepción unitaria de ese espacio. Las especificidades de las franjas territoriales en un sentido oeste-este son las que finalmente irán articulando la sociedad colonial de Chile, arraigada en la tierra, sin huellas en el mar. La otra, la longitudinal, permanecerá discreta y silente, siguiendo su propio derrotero.



Figura 5. *Mapa de Chile, desde Copiapó a Chiloé*. Ambrosio O'Higgins, 1768. Rosenblitt, J. y Sanhueza, C., (Recop.), 2010.

TERCERA EVOCACIÓN

Ese mundo, en los primeros años del siglo xix, vivió la épica de la Independencia, criolla y patriota, de autonomía frente al control, hegemonía y soberanía de la monarquía española sobre los habitantes y el territorioChile. Al son de percusiones liberales y reformistas se iniciaron las primeras tentativas que finalmente colisionaron con los sectores que habían detentado el poder, abriéndose, en 1830, una segunda épica histórica también fundacional, pero esta vez republicana y nacional. Fueron los tiempos de la organización del Estado-Nación con sus movimientos de ordenamiento territorial y expansión nacional de las fronteras productivas. Allí sucedieron las fiestas patrias, las nacionales y los carnavales. Repicaban los instrumentos,

los zapateos, las zamacuecas, las tonadas y la cueca en las pulperías, chinganas y ramadas. Acompañaban las *celebraciones de los bautizos y matrimonios; de los velorios y angelitos durante el día y la noche*. En ese territorioChile se agrupaban los olores de *alfajores, arrollados, chacolí, chicharrones, frutas, escabeches, longanizas con pebre, picarones, pescados ahumados, ponches de leche y de agua, quesos, roscas y tortillas* que se vendían en las calles adornadas con guirnaldas. Acontecía en el mundo precario, también hostil y áspero del pueblo mestizo, en el del *roto*, sin identidad fija. También en el de los peones, los urbanos y rurales.²³

Ese mapa, a lo largo del siglo xix, multiplicó sus espacios y reordenó sus zonas de frontera. Se fue prolongando con el ferrocarril, a partir de la dirección norte-sur; dejando atrás la imagen plural de un territorioChile que había construido sus dentro/centro/fuera espaciales y sus contornos desde la orientación océano-cordillera, poniente-oriente. Un mapa que se fue llenando de contenidos a través de los viajes científicos, los que fueron conformando un saber sobre las razas de aborígenes de Chile y sus territorios. Y en el marco de los discursos científicos se inscribió la voluntad de inventariar sus elementos constitutivos. Ese era el verdadero observatorio. Fue el tiempo de los proyectos de los museos nacionales, el lugar donde el viaje cobraba vida, pues allí quedaba registrada la cultura para la posteridad y para la reconstrucción de los ancestros y su incorporación a la historia, esta vez nacional y chilena, pues desde la Constitución de 1822, ya todos éramos chilenos.²⁴

Fue en el largo tiempo que comenzó a prevalecer la imagen de un territorio longitudinal que daba el sentido unitario-centralizador necesario al ordenamiento del territorio nacional, a las ideas de nación y soberanía. Una construcción racional, evolucionista y moderna del territorioChile que diese sentido e identidad a quienes lo habitaban (Figura 6). Fueron los bordes territoriales, continentales e insulares, localizados en el norte desértico, el sur de la Araucanía, en Fuego-Patagonia y Rapa Nui, los espacios que se convirtieron, por excelencia, en los paisajes del progreso. Allí se situó la actualidad y la practicidad de la expansión del Estado-Nación.²⁵ Y su intervención sobre la base de la representación de esos espacios en tanto territorios vacíos disponibles para el progreso y la civilización: en Fuego-Patagonia, la colonización; en la Araucanía, la ocupación. En Rapa Nui, la incorporación, y en el Norte Árido, la chilenización. Nuevos sentidos y significados se instalaron en la soberanía de construcción de un territorioChile como un mundo sin orillas. Había que irradiar los elementos y figuras de chilenidad en un mundo de realidades culturales diversas. Allí el héroe militar, la valentía, la bandera, la canción nacional, las



Figura 6. *Mapa de Chile*, 1908. Rosenblitt, J. y Sanhueza, C., (Recop.), 2010.

razas aguerridas, el progreso, la civilización; que junto a la celebración de las fiestas patrias y nacionales fueron parte de ese programa nacionalista o de construcción de una única y gran identidad.²⁶

CUARTA EVOCACIÓN

En medio de los bosques, las laderas, los cerros y los volcanes del sur se entregan las ofrendas a los espíritus, a las potencias sagradas de la naturaleza, a *Ngenchen*, aquel que cuida nuestra vida y a quien nos debemos. Como en el desierto, entre las quebradas, en las chacras, pastizales, corrales, y en los cerros donde vibran las deidades protectoras, los *apus*, *mallku* y *t’alla* respetados y honrados en el norte, pues son las divinidades que se han convertido en cerros. O en Rapa Nui, donde la presencia o la ausencia del *mana* con relación a la potencia o poder espiritual que contienen las cosas, los animales, los objetos, las personas que como un desdoblamiento se marca en la cabeza, en la mirada. Divinidades y energías también presentes en las urbes y sus barrios, entre los migrantes y los errantes.

Y en los lugares de agua surcados por botes de pescadores, devotos de San Pedro, que arriesgados cruzan los vientos y las olas. Donde antes navegaban balsas de cuero de lobo marino, y canoas, las de doble casco y vela móvil; las confeccionadas con cortezas de árbol, las de tronco ahuecado y las de tres tablones o *dalcas*, embarcaciones que en definitiva eran una extensión hacia el océano. Allí no hay un solo pueblo ni una única lengua. Tampoco un exclusivo manejo territorial, económico y simbólico del territorio costero y sus recursos. El litoral fue habitado en distintos momentos del tiempo por aquellos que, desde la pesca, la caza y la recolección de recursos marinos, construyeron allí su lugar. Hoy día comunidades de pescadores, algueros, mariscadores y buzos ocupan muchos de esos espacios. Y en el litoral se diseminan sus caletas, viviendas, algunas precarias, sectores de *camping* formal e informal, lugares de veraneo, que coexisten con ruinas y cementerios históricos, espacios industriales y ciudades.

El territorio es un cosmos, un resumen de lo vivido y un índice de memoria que *sostiene a través de las tormentas del cielo y de las tormentas de la vida*.²⁷ Es profundo y poderoso. Es lo querido, lo amado. Karukinka, *esa tierra que está por allá lejos*, en el confín austral. Chi mapu, *la patria, habitación o pueblo* en el sur. El Butahuillimapu, el gran territorio del sur. La Pacha, *el tiempo, suelo, lugar* en el norte. La *Pachamama*, proveedora de alimentos, gentes y animales. A ella se le pide y da, aunque también quita. La tierra ancestral, Havaiki, de los que llegaron a Rapa Nui. El lugar natal, *pater, patris*.

Acontece que el territorio es como si fuese una casa cuya arquitectura es la manera que sus ocupantes se empeñan en hablar de sí. Como en esas que se levantan en los caminos, pequeñas e imponentes, con techumbre de dos aguas dedicadas a las animitas, las almas de los fallecidos trágica y violentamente. O las viviendas de plantas rectangulares y gruesos muros de piedra cubiertos con barro en el Norte Árido. Y las de muros de saco, costra y calamina que sujetan el sol de la pampa salitrera. O las de las localidades mineras y rurales del Norte Semiárido, los ranchos o *rucos* construidos con ramas, palos, tierra y paja. Allí están, en el mismo lugar donde se levanta la parroquia, la calle principal, y más allá villas, *blocks* y fundos.

Y las del valle central, construidas de adobe con techos de teja, y junto a ellas, los ranchos de quinchá construidos con maderas y cañas enlucidas con barro dejando a la vista las amarras de fibra vegetal y los alambres, junto a los huertos, chacras y corrales. Y en el sur, las *rukas* con su puerta de entrada hacia el este, ya que allí sale el sol. Y al centro de ella, el fogón y la cocina. Sus paredes de adobe, maderas, varas y grandes cantidades de capas de paja. Sus techos cubiertos y trenzados con juncos y pasto seco. Y en los llanos, también del sur, rodeados de bosques y cordilleras, las techumbres de dos o cuatro aguas que cubren las viviendas de madera que detienen la fuerza de las lluvias, los granizos y las tempestades. Los toldos cubiertos con cueros de animales, pasto seco y ramas, que protegen del viento en la pampa de los pastizales duros, y también en la costa. Y en los paisajes con precipitaciones de agua y nieve, en las inmensidades patagónicas, se levantan puestos o reparos construidos con piezas de madera y techos de lona que cobijan luego del trabajo ganadero y forestal. Las viviendas de los trabajadores, las casas patronales, y las instalaciones industriales de las estancias ganaderas construidas con maderas y ladrillos, planchas de calamina y zinc. Y las casas de piedra en Rapa Nui, de plantas rectangulares y circulares, construidas según orientaciones astronómicas, disponiéndose el fogón de forma subterránea.

Es en el territorio donde ocurren los aconteceres infaustos, los terremotos, las mareas, las sequías y las pestes. Y los conjuros que se recitan o escriben para evitar los daños y los peligros. Allí se suceden nuestros rituales. Es también el lugar de los calendarios y los tiempos festivos comunales y familiares del celebrar, agradecer y bendecir la siembra y la cosecha. Entre estrellas, constelaciones y los cielos del día y la noche se dibujan las casas de los ruegos y veneraciones en Azapa, Alto Hospicio, valle de Huasco, isla Mocha, Carelmapu, Maullín, los llanos de Osorno y en la isla de Caguach. En Peñalolén, La Florida, La Pintana, Cerro Blanco, en el Ñielol, en el lago Budi, el We Tripantu o Año Nuevo, el Nguillatun, el Machitun,

el Cahuin y el Palin se abren paso. Por las calles de los pueblos de La Tirana, Andacollo y Sotaquí desfilan imágenes devocionales en andas vistosas y multicolores. Los bailes de los Árabes, Azules, Cuyacas, Comanches, Chinos, Chunchos, Gitanos, Indios, Morenos, Pielés Rojas, Siouk, Tobas, entre otros, ofrendan y acompañan las celebraciones patronas con sus danzas e instrumentos. Fulguran las procesiones y sus despliegues corporales y gestuales. Los atuendos, sus brillos y lentejuelas; las banderas, los cantares y las coreografías. Los estandartes, las máscaras, los sonidos y los tocados de plumas. Allí acuden los curiosos, los paseantes, los devotos con sus velas, los danzantes y los peregrinos.

Esas expresiones contemporáneas de las fiestas y veneraciones destellan, inmensas, en los pueblos, ciudades, plazas y calles del territorioChile. Allí se instalan las ferias/mercados de los comerciantes viajeros que venden variados productos y mercancías en los puestos con toldos de lona. En el norte, se ofrecen jugos de frutas, hojas de coca que algunos ponen en sus *ch’uspas* o bolsas para guardarlas; confitados y salados de plátano, maní y nueces. Algunos quioscos se llenan de palomitas de maíz o *pisangalla*. Junto a *pululos* o maíces tostados que, cubiertos en abundante aceite, se dilatan en grandes ollas de metal al calor del fuego muy caliente. Además de los arroces multicolores y los fideos confitados; los dulces de *chumbeques* elaborados con harina, manteca, miel y con sabor a limón, mango o guayaba. Y las confituras de *melcochas*, preparadas con agua, miel, azúcar y mantequilla. Allí se expende *cocoroco*, un licor de caña de azúcar, y bebidas Inka Kola. Se sirve *charqui* de llamo y pescado, y choclos cocidos de diversas especies. En el valle central y en el sur, donde en ciertos lugares aún las ferias son llamadas *trafkintu*, los puestos se

repletan con pan amasado, sopaipillas, cuelgas de mariscos ahumados, licores de oro, aguardientes y *chicha* (*mūday*, *püllko*) de manzana, maíz, pera, apio. Las cestas presentan cochayuyo o *kollofe*. Además de *catuto* o *multrun*, masitas fritas o cocidas preparadas con granos de trigo que junto a los *pupewen* repletan los recipientes de caña o mimbre. Allí se ofrece *charqui* de carne de caballo (*kawellu*), de vaca (*waka*) y de jabalí (*kütrekütre*). Papas (*pupoñi*) de diversas especies. Cereales como quínoa (*dawe*), maíz (*üwa*), y trigo (*kachilla*). Aquí y allá, empanadas fritas de queso y carne, helados, mote con huesillos, té, mate, flores, frutas, verduras y yerbas locales. Sus olores y sabores aún se escurren entre los tendidos eléctricos, los puentes, los caminos y las vías férreas (Figura 7).

Este territorioChile es un palimpsesto de identidades múltiples, de sentidos y memorias de pertenencia arraigadas y diversas. Y es justamente ahí, en el mundo de las distinciones, donde muchas de ellas han sido negadas y excluidas por la lógica de la incomprensión de la cultura del otro. Es desde esa ausencia de reconocimiento al saber-hacer del otro, a la creatividad de esa vida social, que se han levantado, de un lado, las certezas de la homogeneidad. De otro lado, las necesidades de corregir los sentidos culturales diversos. Logrando solo el reforzamiento de las fronteras/divisiones/ distancias culturales, económicas, étnicas, de clase, de género, sociales. Construyendo un mapa del territorioChile donde las diferencias inquietan y las semejanzas producen equívocos. Este mapa longitudinal es la condensación de procesos ambiguos, heterogéneos y complejos que requerían de este relato. Sin embargo, el territorio es antes que el mapa. Aquel lo encierra, lo describe y lo ordena. Allí no caben todos los mundos que lo componen (Figura 8).

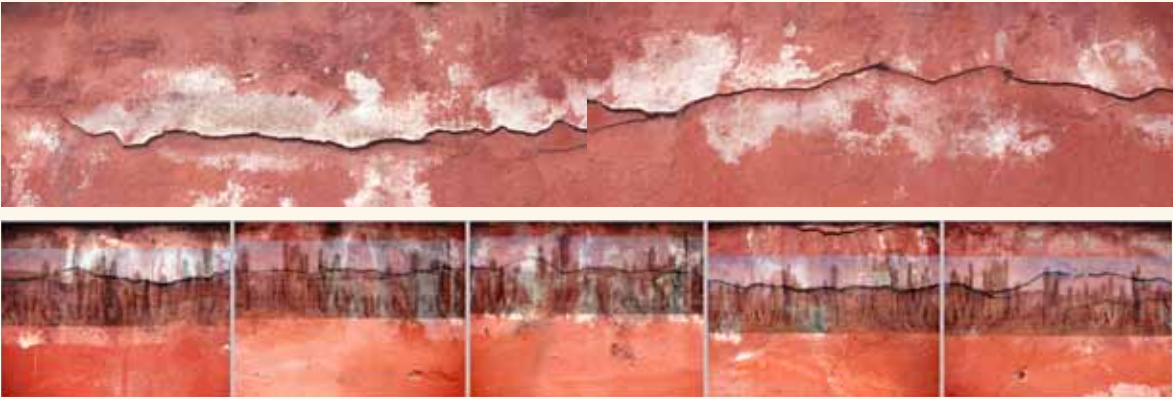


Figura 7 (arriba) . Materiales Muro Cordillera. Fotografía de Carla Möller Z. Obra *Geografía Mural*, Carla Möller Z. 2004.
Figura 8 (abajo). Muro Cordillera. Fotografía de Carla Möller Z. Obra *Geografía Mural*, Carla Möller Z. 2004.

NOTAS

- ¹ Betanzos 1987 [1551].
- ² Martínez 1996.
- ³ Martínez 1996: 45-47.
- ⁴ Pease 1998: 53-55; 147-149.
- ⁵ Betanzos 1987: 163.
- ⁶ Betanzos 1987: 163.
- ⁷ Berenguer 2009.
- ⁸ Manríquez 1997.
- ⁹ Vega 2005: 125-179.
- ¹⁰ Sanhueza 2004.
- ¹¹ Berenguer 2009.
- ¹² Manríquez 1997.
- ¹³ León 1991.
- ¹⁴ Mariño de Lobera 1861 [1593]: 88; Rosales 1877-1878 [1674]: Tomo 2, libro IV, 473.
- ¹⁵ Pinto 2003.
- ¹⁶ Martinić 1995: 80-81.
- ¹⁷ Góngora 1970.
- ¹⁸ Valenzuela 2001.
- ¹⁹ Sciolla 2010.
- ²⁰ Cruz 1995.
- ²¹ Vega 2005: 211-225.
- ²² Vega 2005: 233-322.
- ²³ Salinas 2006.
- ²⁴ Sagredo 2001; Núñez 2009.
- ²⁵ Núñez 2009.
- ²⁶ González 2002.
- ²⁷ Bachelard 1990.



Momia de niño

Hueso, madera, textil, fibra vegetal y piedra

Chinchorro, Norte Árido

610 x 185 mm

Colección MCHAP / DSCY 1050

Foto Nicolás Aguayo





Momia de niño
Hueso, madera, fibra vegetal, lana y arcilla
Chinchorro, Norte Árido
770 mm
Colección MCHAP PE-303
Foto Fernando Maldonado

Mortero lítico

Piedra
Norte Árido y Semiárido
66 x 47 mm

Colección MCHAP / DSCY 0269
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Mortero lítico

Piedra
Norte Árido y Semiárido
24 x 89 x 56 mm

Colección MCHAP / DSCY 2155
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Mortero lítico

Piedra
Norte Árido y Semiárido
27 x 136 x 90 mm

Colección MCHAP / DSCY 2153
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Pesa lítica de pesca

Piedra
Costa Norte
118 x 96 mm

Colección MCHAP / DSCY 2415
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino





Lito triangular

Piedra
Huentelauquén, Norte Semiárido
165 mm

Colección DA-FACSO-UCH A03026
Foto Fernando Maldonado



Lito poligonal

Piedra
Huentelauquén, Norte Semiárido
100 mm

Colección DA-FACSO-UCH A03034
Foto Fernando Maldonado



Pesa de pesca

Piedra
Costa norte
74 x 98 x 109 mm

Colección MCHAP / DSCY 2414
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Lito poligonal

Piedra
Huentelauquén, Norte Semiárido
127 mm

Colección MCHAP / DSCY 2405
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Lito cuadrado

Piedra
Huentelauquén, Norte Semiárido
133 mm

Colección DA-FACSO-UCH A03030
Foto Fernando Maldonado



Lito circular

Piedra
Huentelauquén, Norte Semiárido
100 mm

Colección DA-FACSO-UCH A03048
Foto Fernando Maldonado



Lito poligonal

Piedra
Huentelauquén, Norte Semiárido
1103 mm

Colección MCHAP / DSCY 2408
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Lito poligonal

Piedra
Huentelauquén, Norte Semiárido
150 x 135 mm

Colección MCHAP / DSCY 2407
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Punta de proyectil
Piedra
Sin asignación cultural y/o geográfica
66 x 32 mm
Colección MCHAP / DSCY 2705
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Cuchillo (hoja taltaloide)
Piedra
Norte Árido y Norte Semiárido
260 x 68 mm
Colección MCHAP / DSCY 2765
Foto Nicolás Aguayo

Punta de proyectil
Piedra
Sin asignación cultural y/o geográfica
49 x 15 mm
Colección MCHAP / DSCY 2689
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Punta de proyectil
Piedra
Sin asignación cultural y/o geográfica
73 x 27 mm
Colección MCHAP / DSCY 2677
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Punta de proyectil
Piedra
Sin asignación cultural y/o geográfica
73 x 27 mm
Colección MCHAP / DSCY 2677
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Cuchillo (hoja taltaloide)
Piedra
Norte Árido y Norte Semiárido
260 x 68 mm
Colección MCHAP / DSCY 2765
Foto Nicolás Aguayo

Reproducción de modelo de balsa de cuero de lobo

Piedra

Diaguita Inka, Norte Semiárido

132 x 267 x 178 mm

Colección MCHAP L-103

Foto Fernando Maldonado



Pipas (quitras) de piedra

Piedra

Sur de Chile

85 x 27 mm / 34 x 91 x 63 mm

Colección MCHAP 0219 (abajo) y 1344 (arriba)

Foto Fernando Maldonado



Jarro-pato

Cerámica

Mapuche, Sur de Chile

150 x 125 mm

Colección MCHAP / DSCY 2982

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Jarro con rostro humano

Cerámica

Llolleo, Chile Central

160 x 185 x 140 mm

Colección MCHAP / DSCY 35

Foto Nicolás Aguayo



Jarro con rostro humano

Cerámica

Llolleo, Chile Central

107 x 135 x 101 mm

Colección MCHAP 2598

Foto Fernando Maldonado



Jarro zoomorfo con pintura negativa

Cerámica

Pitrén, Sur de Chile

165 x 185 x 148 mm

Colección MCHAP 2490

Foto Fernando Maldonado

Botella con rostro humano esquemático

Cerámica

San Pedro, Norte Árido

180 x 139 mm

Colección MCHAP / DSCY 189

Foto Nicolás Aguayo

Jarro regadera

Cerámica

El Molle, Norte Semiárido

300 x 260 x 260 mm

Colección MCHAP / DSCY 2295

Foto Nicolás Aguayo

Jarra

Cerámica

Aconcagua, Chile Central

243 x 245 mm

Colección MCHAP / DSCY 849

Foto Nicolás Aguayo



Pipa (*quitra*) antropomorfa

Piedra
Mapuche, Sur de Chile
35 x 143 x 51 mm

Colección MCHAP 0560
Foto Fernando Maldonado

Mortero antropomorfo femenino

Piedra
Sur de Chile
104 x 215 mm

Colección MCHAP 2414
Foto Fernando Maldonado



Gorro tubular anillado

Lana
Alto Ramírez, Norte Árido
290 x 160 mm

Colección MCHAP / DSCY 2008
Foto Nicolás Aguayo



Turbante de madejas de hilados

Lana, plumas y pata de ave de rapiña
Faldas del Morro, Norte Árido
100 x 220 mm

Colección MCHAP PE-216
Foto Fernando Maldonado



Turbante de madejas con huincha tejida y arpón

Lana y hueso
Faldas del Morro, Norte Árido
100 x 235 mm

Colección MCHAP PE-217
Foto Fernando Maldonado



Gorro de cuatro puntas policromo

Lana
Tiwanaku Arica, Norte Árido
150 x 180 mm

Colección MCHAP 2575
Foto Fernando Maldonado



Gorro de cuatro puntas policromo

Lana
Tiwanaku Arica, Norte Árido
140 x 155 mm

Colección MCHAP 0179
Foto Fernando Maldonado



Maza estrellada
Bronce
San Pedro, Norte Árido
30 x 115 mm
Colección MCHAP / DSCY 1465
Foto Nicolás Aguayo



Hoja de hacha
Cobre
Norte Árido
19 x 80 x 68 mm
Colección MCHAP / DSCY 2140
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Hacha
Madera y bronce
San Pedro, Norte Árido
400 mm
Colección MCHAP 2697
Foto Fernando Maldonado



Diadema de pescador
Plumas de pelícano
Arica, Norte Árido
210 x 185 mm

Colección MCHAP 0759
Foto Fernando Maldonado



Kultrún

Madera y cuero
Mapuche, Sur de Chile
265 x 570 mm

Colección MCHAP / DSCY 3270
Foto Nicolás Aguayo



Miniatura de balsa de tres palos

Madera
Arica, Norte Árido
355 mm

Colección MCHAP 0913
Foto Fernando Maldonado



Recipiente antropomorfo masculino

Cerámica

Pitrén, Sur de Chile

200 x 130 mm

Colección MCHAP 1885

Foto Fernando Maldonado



Jarro antropomorfo policromo

Cerámica

San Miguel, Norte Árido

150 x 140 mm

Colección MCHAP 0009

Foto Fernando Maldonado



Gorro discoidal

Fibra vegetal y plumas de flamenco
Pica Tarapacá, Norte Árido
119 x 280 mm

Colección MCHAP 2781
Foto Fernando Maldonado



Gorro de cuatro puntas bicromo

Lana
Arica, Norte Árido
175 x 220 mm

Colección MCHAP PE-0215
Foto Fernando Maldonado



Gorro tipo capucha

Lana
Pica Tarapacá, Norte Árido
346 x 255 mm

Colección MCHAP / DSCY 1782
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Camisa (*unku*)

Lana
Norte Árido
900 x 1345 mm

Colección MCHAP / DSCY 3212
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Faja a telar

Lana
Norte Árido
850 x 80 mm

Colección MCHAP / DSCY 2628
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Camisa (*unku*) trapezoidal

Lana
Arica, Norte Árido
104 x 69 mm

Colección MCHAP / DSCY 1350
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Gorro hemisférico anillado

Lana

Norte Árido

700 x 1700 mm

Colección MCHAP / DSCY 2609

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Turbante de madejas

Lana, madera y espina de cactus

Faldas del Morro, Norte Árido

80 x 206 mm

Colección MCHAP / DSCY 1984

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Gorro troncocónico

Lana y cobre

Inka Arica, Norte Árido

118 x 165 mm

Colección MCHAP / DSCY 3106

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Turbante de madejas

Lana

Faldas del Morro, Norte Árido

100 x 150 mm

Colección MCHAP / DSCY 1981

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Casco

Lana y madera
Pica Tarapacá, Norte Árido
179 x 195 mm

Colección MCHAP / DSCY 1761
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Casco

Lana y madera
Pica Tarapacá, Norte Árido
175 x 201 x 171 mm

Colección MCHAP / DSCY 2036
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Casco

Lana, madera y plumas
Pica Tarapacá, Norte Árido
180 x 200 mm

Colección MCHAP PE-225
Foto Fernando Maldonado



Casco

Lana, fibra vegetal y madera

Pica Tarapacá, Norte Árido

232 x 211 x 211 x 211 mm

Colección MCHAP / DSCY 1765

Foto Nicolás Aguayo





Cántaro gris pulido

Cerámica

San Pedro, Norte Árido

221 x 228 x 205 mm

Colección MCHAP / DSCY 200

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Olla

Cerámica

Loa-San Pedro, Norte Árido

180 x 195 mm

Colección MCHAP / DSCY 1078

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Vaso

Cerámica

San Pedro, Norte Árido

111 x 90 x 88 mm

Colección MCHAP / DSCY 1319

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Vaso rojo pulido

Cerámica

San Pedro, Norte Árido

143 x 33 mm

Colección MCHAP / DSCY 2904

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Cuenco grabado

Cerámica

San Pedro, Norte Árido

95 x 104 mm

Colección MCHAP / DSCY 0237

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Tazón negro pulido

Cerámica

San Pedro, Norte Árido

90 x 120 mm

Colección MCHAP / DSCY 207

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Vaso negro pulido

Cerámica

San Pedro, Norte Árido

124 x 93 mm

Colección MCHAP / DSCY 192

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Cuenco

Cerámica

San Pedro, Norte Árido

90 x 145 x 134 mm

Colección MCHAP / DSCY 185

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Tazón
Fibra vegetal
Pica Tarapacá, Norte Árido
104 x 144 mm
Colección MCHAP / DSCY 3089
Foto Nicolás Aguayo



Vaso (*kero*)
Madera
Arica, Norte Árido
170 x 141 x 124 mm
Colección MCHAP / DSCY 1677
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Cubilete doble

Madera
Arica, Norte Árido
59 x 58 x 31 mm
Colección MCHAP / DSCY 1669
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Cajita para guardar colores

Madera
San Pedro, Arica, Norte Árido
17 x 71 x 42 mm
Colección MCHAP / DSCY 1713
Foto Nicolás Aguayo



Jarro doble con asa-puente

Arica, Norte Árido
75 x 150 x 55 mm
Colección MCHAP / DSCY 1625
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino





Escudilla pirograbada

Calabaza
Norte Árido
80 x 140 mm

Colección MCHAP / DSCY 3064
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Escudilla

Cerámica
Copiapó, Norte Semiárido
125 x 250 mm

Colección MCHAP / DSCY 2881
Foto Nicolás Aguayo

Escudilla

Cerámica
San Pedro, Norte Árido
107 x 201 mm

Colección MCHAP / DSCY 1940
Foto Fernando Maldonado

Vaso (*kero*) policromado
Madera
Inka, Arica, Norte Árido
157 x 127 mm
Colección MCHAP / DSCY 1800
Foto Nicolás Aguayo



Vaso (*kero*) policromado
Madera
Inka, Arica, Norte Árido
158 x 127 mm
Colección MCHAP / DSCY 1799
Foto Nicolás Aguayo



Espátula

Madera
Norte Árido
126 x 25 mm

Colección MCHAP / DSCY 1205
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Cuchara

Madera
Arica, Norte Árido
160 x 45 mm

Colección MCHAP / DSCY 1722
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

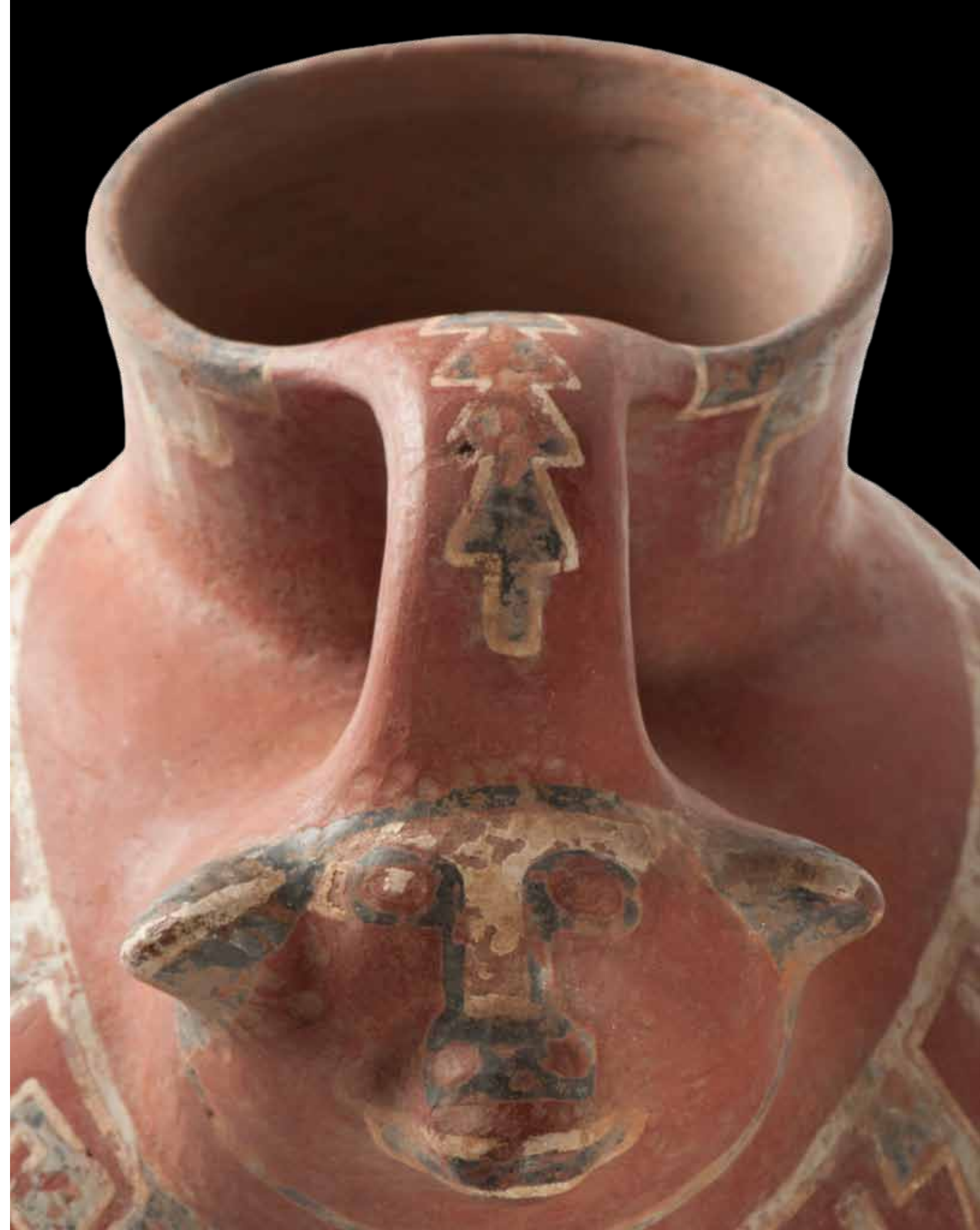
Cuchara

Madera
Arica, Norte Árido
240 x 59 mm

Colección MCHAP / DSCY 1721
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Jarro pato
Cerámica
Diaguita, Norte Semiárido
193 x 206 mm
Colección MCHAP / DSCY 2283
Foto Nicolás Aguayo



Bolsa o talega, detalle

Lana

Arica, Norte Árido

550 x 270 mm

Colección MCHAP / DSCY 3121

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Bolsa o talega

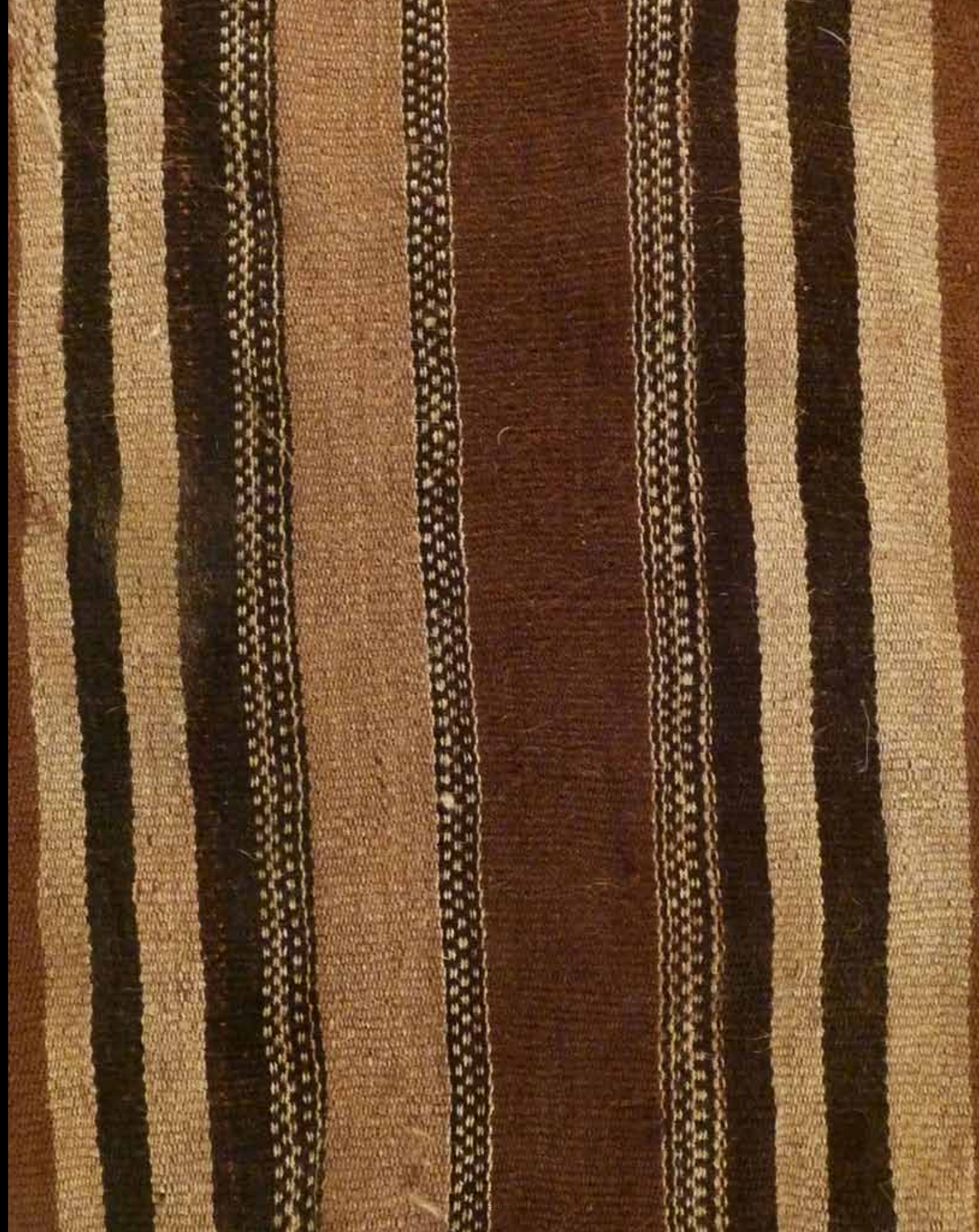
Lana

Arica, Norte Árido

280 x 185 mm

Colección MCHAP / DSCY 1733

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino





Escudilla tricroma
Cerámica
Copiapó, Norte Semiárido
75 x 170 mm
Colección MCHAP / DSCY 3300
Foto Nicolás Aguayo



Honda (*waraka*)

Lana

Arica, Norte Árido

130 x 66 mm

Colección MCHAP / DSCY 3125

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Flauta acodada

Cerámica

Diaguita, Norte Semiárido

80 x 70 mm

Colección MCHAP / DSCY 2386

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Tortera antropomorfa
Madera
Copiapó, Norte Semiárido
68 x 19 mm
Colección MCHAP 1121
Foto Fernando Maldonado



Cubilete para polvos alucinógenos

Madera
San Pedro, Norte Árido
43 x 41 mm

Colección MCHAP / DSCY 052
Foto Nicolás Aguayo



Mortero para alucinógenos

Madera
San Pedro, Norte Árido
135 x 12 mm

Colección MCHAP / DSCY 1924
Foto Nicolás Aguayo

Cubilete para polvos alucinógenos

Hueso
Norte Árido
78 x 28 mm

Colección MCHAP / DSCY 1670
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Mortero para alucinógenos

Madera
San Pedro, Norte Árido
60 x 180 x 55 mm

Colección MCHAP / DSCY 0358
Foto Nicolás Aguayo

Tableta para alucinógenos

Madera

San Pedro, Norte Árido

136 x 43 mm

Colección MCHAP / DSCY 1920

Foto Nicolás Aguayo

Tableta para alucinógenos

Madera

San Pedro, Norte Árido

48 x 161 x 56 mm

Colección MCHAP / DSCY 1922

Foto Nicolás Aguayo

Tableta para alucinógenos. Chamán

Madera

Tiwanaku, Norte Árido

166 x 60 mm

Colección MCHAP 3690

Foto Fernando Maldonado



Jarro policromo
Cerámica
Gentilar, Norte Árido
249 x 130 x 213 mm
Colección MCHAP / DSCY 2888
Foto Fernando Maldonado



Jarro policromo
Cerámica
Gentilar, Norte Árido
130 x 170 mm
Colección MCHAP 0005
Foto Fernando Maldonado



Moai kava kava. Figura antropomorfa

Madera

Rapa Nui

520 x 75 mm

Colección MCHAP / DSCY 2946

Foto Fernando Maldonado



Botella asa-estribo policroma

Cerámica

Inka, Chile Central

236mm x 140mm x 133mm

Colección MCHAP / DSCY 2969

Foto Nicolás Aguayo



Cántaro – maka

Cerámica

Diaguita Inka, Norte Semiárido

420 x 430 mm

Colección MCHAP 0351

Foto Fernando Maldonado



Cántaro bicromo

Cerámica

Mapuche Valdivia, Sur de Chile

560 x 360 mm

Colección MCHAP / DSCY 3154

Foto Nicolás Aguayo

Cántaro – maka

Cerámica

Inka Arica, Norte Árido

273 x 220 x 155 mm

Colección MCHAP PE-313

Foto Fernando Maldonado



Escudilla pirograbada
Calabaza
Norte Árido
66 x 125 mm

Colección MCHAP 3123
Foto Fernando Maldonado

Plato policromo
Cerámica
Inka Diaguita, Norte Semiárido
75 x 280 x 280 mm

Colección MCHAP / DSCY 2955
Foto Nicolás Aguayo

Plato tricromo
Cerámica
Inka Aconcagua, Chile Central
129 x 343 mm

Colección MCHAP / DSCY 2951
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Bolsa (chuspa)

Lana
Maitas, Norte Árido
215 x 200 mm
Colección MCHAP / DSCY 1166
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Bolsa (chuspa)

Lana
Arica, Norte Árido
190 x 180 mm
Colección MCHAP / DSCY 1769
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Bolsa (chuspa)

Lana
Arica, Norte Árido
151 x 141 mm
Colección MCHAP / DSCY 1995
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Bolsa o talega

Lana
Arica, Norte Árido
280 x 228 mm
Colección MCHAP / DSCY 1738
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino





Paño ritual (*tari o inkuña*)

Lana
Arica, Norte Árido
590 x 415 mm
Colección MCHAP 0782
Foto Fernando Maldonado



Paño ritual (*tari o inkuña*)

Lana
Arica, Norte Árido
475 x 440 mm
Colección MCHAP / DSCY 2910
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Paños (*Iljilia*)

Lana
Aymara, Norte Árido
1330 x 1200 mm / 980 x 965 mm

Colección MCHAP 2160 (arriba) y 1865 (abajo)
Foto Fernando Maldonado



Camisa *unku* ajedrezada

Lana
Arica, Norte Árido
890 x 1410 mm

Colección MCHAP / DSCY 2898
Foto Fernando Maldonado



Bolsa (chuspa), detalle

Lana

Arica, Norte Árido

151 x 141 mm

Colección MCHAP / DSCY 1995

Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Paño ritual (*tari o inkuña*)
 Lana
 Arica, Norte Árido
 525 x 550 mm
 Colección MCHAP / DSCY 3216
 Foto Museo Chileno de Arte Precolombino



Bolsa (*chuspa*)
 Lana
 Aymara, Norte Árido
 400 x 280 mm
 Colección MCHAP 2166
 Foto Fernando Maldonado



Bolsa (wayuna)
Lana
Pica Tarapacá, Norte Árido
231 x 200 mm
Colección MCHAP / DSCY 3109
Foto Nicolás Aguayo



Bolsa (chuspa)
Lana
Arica, Norte Árido
195 x 550 mm
Colección MCHAP / DSCY 2610
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Zampoña (lakita)

Caña y lana
Arica, Norte Árido
15 x 280 x 109 mm

Colección MCHAP / DSCY 1662
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Zampoña (lakita)

Caña y lana
Arica, Norte Árido
255 x 91 mm

Colección MCHAP / DSCY 2891
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Zampoña (lakita)

Caña y lana
Arica, Norte Árido
30 x 330 x 100 mm

Colección MCHAP / DSCY 1664
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino





Clava cefalomorfa
Piedra
Mapuche, Sur de Chile
310 mm
Colección MCHAP 3114
Foto Fernando Maldonado



Hachas (toqui cura)
Piedra
Mapuche, Sur de Chile
251 x 99 mm / 139 x 73 mm
Colección MCHAP 1364 (adelante) y 1372 (atrás)
Foto Fernando Maldonado



Rosario (*rusario*)
Plata y cuentas de colores
Aymara, Norte Árido
750 mm
Colección MCHAP 2003
Foto Fernando Maldonado



Tambor
Cuero y madera
Arica, Norte Árido
200 x 250 x 200 mm
Colección MCHAP / DSCY 1842
Foto Museo Chileno de Arte Precolombino

Cesto (*tawela*)
Junco
Yámana, Chile Austral
170 x 185 x 210 mm
Colección MCHAP / DSCY 3230
Foto Fernando Maldonado



Chemamull
Madera
Mapuche, Sur de Chile
1460 mm
Colección MCHAP / DSCY 3247
Foto Fernando Maldonado

Manta (*kulatrarinmakuñ*)

Lana
Mapuche, Sur de Chile
1550 x 1335 mm

Colección MCHAP 1758
Foto Fernando Maldonado



Manta (*makun*)

Lana
Mapuche, Sur de Chile
1430 x 1350 mm

Colección MCHAP / DSCY 2884
Foto Fernando Maldonado





Faja (*trarichiripa*)
Lana
Mapuche, Sur de Chile
2350 x 88 mm
Colección MCHAP 1691
Foto Fernando Maldonado



Adorno pectoral de eslabones simples (*trapelacucha*)

Plata
Mapuche, Sur de Chile
313 x 65 mm

Colección MCHAP 1167
Foto Fernando Maldonado



Prendedor de alfiler (*tupu*)

Plata
Mapuche, Sur de Chile
207 x 92 mm

Colección MCHAP 1245
Foto Fernando Maldonado



Adorno pectoral de tres cadenas (*sequil*)

Plata
Mapuche, Sur de Chile
261 x 105 mm

Colección MCHAP 1199
Foto Fernando Maldonado



Tocado femenino (*lloven ngütroe*)

Textil y plata
Mapuche, Sur de Chile
2700 x 75 mm

Colección MCHAP 1282
Foto Fernando Maldonado



Zarcillos (*chagüai upul*)

Plata
Mapuche, Sur de Chile
174 x 159 mm

Colección MCHAP 3014
Foto Fernando Maldonado

Asiento o banqueta (wanko)

Madera

Mapuche, Sur de Chile

240 x 450 x 340 mm

Colección MCHAP 1723

Foto Fernando Maldonado



Fuente

Madera

Mapuche, Sur de Chile

190 x 320 mm

Colección MCHAP 1926

Foto Fernando Maldonado





Jarro pato (*quetru metawe*)

Cerámica
Mapuche, Sur de Chile
164 x 165 mm

Colección MCHAP 1500
Foto Fernando Maldonado



Jarro pato (*quetru metawe*)

Cerámica
Mapuche, Sur de Chile
226 x 206 mm

Colección MCHAP 1505
Foto Fernando Maldonado

BIBLIOGRAFÍA

Adán, L. y M. Alvarado, 1999. Análisis de colecciones alfareras pertenecientes al Complejo Pitrén: Una aproximación desde la arqueología y la estética. En *Actas de las III Jornadas de Arqueología de la Patagonia*, pp. 245-268. Neuquén-Buenos Aires: Universidad Nacional del Comahue e INAPL.

Adán, L; C. García y R. Mera, 2010. La tradición arqueológica de bosques templados y su estudio en la región lacustre cordillerana de las regiones IX y X. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Tomo 2, pp. 1461-1471. Valdivia: Ediciones Kultrún.

Adán, L. y R. Mera, 1997. Acerca de la distribución espacial y temporal del Complejo Pitrén. Una revaluación a partir del estudio sistemático de colecciones. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología* 24: 33-37.

Adán, L.; R. Mera, M. Becerra y M. Godoy, 2004. Ocupación arcaica en territorios boscosos y lacustres de la región precordillerana andina del Centro-Sur de Chile. El sitio Mariflo-1 de la localidad de Pucura. *Chungara* Volumen Especial, Tomo II: 1121-1136.

Advis, P., 2008. *El desierto conmovido. El paso de la hueste de Almagro por el norte de Chile*. Iquique: Ediciones UNAP.

Agüero, C., 1994. Clasificación de turbantes del Período Formativo Temprano. *Boletín del Comité Nacional de Conservación Textil* 2: 61-70.

---- 1995. Madejas, hilados y pelos: Los turbantes del Formativo Temprano en Arica, norte de Chile. Tesis para optar al título de Arqueóloga, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.

---- 2005. Aproximación al asentamiento temprano en los oasis de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 30: 29-60.

Agüero, C.; P. Ayala, M. Uribe, C. Carrasco y B. Cases, 2006. El Período Formativo desde Quillagua, Loa Inferior (norte de Chile). En *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: Los Andes sur centrales*, H. Lechtman, Ed., pp. 73-125. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Aldunate, C., 1989. Estadio alfarero en el sur de Chile (500 a ca. 1800 d. C.). En *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, Eds., pp. 329-348. Santiago: Editorial Andrés Bello.

Aldunate, C. y C. Villagrán, 1991. Recolectores de los bosques templados del cono sur americano. En *Botánica indígena de Chile, Wilhelm de Moesbach*, C. Aldunate y C. Villagrán, Eds., pp. 22-38. Santiago: Editorial Andrés Bello.

Alvarado, A.; C. Odone, F. Maturana y D. Fiore (Comps.), 2007. *Fueguinos. Fotografías siglos xix y xx. Imágenes e imaginarios del fin del mundo*. Santiago: Editorial Pehuén.

Arriaza, B., 2003. *Cultura Chinchorro: Las momias más antiguas del mundo*. Santiago: Editorial Universitaria.

Augusta, F., 1916. *Diccionario araucano-español. Español-araucano*, Tomo primero. Santiago: Imprenta Universitaria.

Bachelard, G., 1990. *La poética del espacio*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Bengoa, J. (Comp.), 2004. *La memoria olvidada. Historia de los pueblos indígenas de Chile*. Compilación del Informe de la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato, Cuadernos Bicentenario, Presidencia de la República. Santiago: Andros Impresores.

Berenguer, J., 1986. Crónicas de un Nuevo Mundo: Más atrás que las primeras civilizaciones. *Revista Creces* 7 (10): 9-15.

---- 2006. Señales en la cabeza. Los tocados de *Wirakocha* en el norte de Chile. En *Gorros del desierto*, L. Cornejo, Ed., pp. 8-90. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.

---- 2009. *Chile bajo el imperio de los inkas*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.

Betanzos, J. de., 1987 [1551]. *Suma y narración de los Incas*. Prólogo, transcripción y notas por María del Carmen Martín Rubio. Madrid: Ediciones Atlas.

Bertonio, L., 1984 [1612]. *Vocabulario de la lengua Aymara*. Cochabamba: Ediciones Ceres.

Bird, J., 1978. Hombre de cobre, un minero prehistórico del norte de Chile y sus herramientas. *Boletín Museo Arqueológico La Serena* 16: 77-106.

Castillo, A.; E. Muzzopappa, A. Salomone, B. Urrejola y C. Zapata (Comps.), 2003. *Nación. Estado y cultura en América Latina*. Santiago: LOM Ediciones.

Castro, V., 2009. *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Castro, V. y V. Varela, 1990. *Artífices del barro*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino y Banco O'Higgins.

Cereceda, V., 1988. Aproximaciones a una estética aymara-andina: De la belleza al tinku. En *Raíces de América, el mundo aymara*, Xavier Albó, Comp., pp. 283-355. Madrid: Alianza Editorial.

---- 1990. A partir de los colores de un pájaro... *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 4: 57-104.

Chapman, A., 2002a [1990]. *Fin de un mundo. Los selk'nam de Tierra del Fuego*. Santiago: Taller Experimental Cuerpos Pintados.

---- 2002b. *Hain, ceremonia de iniciación selk'nam*. Santiago: Taller Experimental Cuerpos Pintados.

Cornejo, L. (Ed.), 2008. *Pescadores de la niebla: Los changos y sus ancestros*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.

Cornejo, L., 2010. Arqueología de cazadores recolectores en Chile Central: Una síntesis de lo avanzado, las limitaciones y las aspiraciones. *Revista Werken* 13: 69-84.

Cruz, I., 1995. *Fiesta: Metamorfosis de lo cotidiano*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.

Dauelsberg, P., 1974. Excavaciones arqueológicas en Quiani. *Chungara* 4: 7-38

---- 1985. Faldas del Morro: Fase cultural agro-alfarera temprana. *Chungara* 14: 7-44.

De Bruyne, E., 1963. Informe sobre el descubrimiento de un área arqueológica. *Publicación Ocasional* 14, Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.

De Ramón, A., 2000. *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*. Santiago: Editorial Sudamericana.

De Souza, P., 2004. Cazadores recolectores del Arcaico Temprano y Medio en la cuenca superior del río Loa: Sitios, conjuntos líticos y sistemas de asentamiento. *Estudios Atacameños* 27: 7-43.

De Souza, P.; I. Cartajena, L. Núñez y C. Carrasco, 2010. Cazadores-recolectores del Arcaico Tardío y desarrollo de complejidad social en la puna de Atacama: Las evidencias del sitio Tulán-52 (norte árido de Chile). *Revista Werken* 13: 91-118.

Dillehay, T., 1990. *Araucanía: Presente y pasado*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

---- 2004. *Monte Verde: Un asentamiento humano del Pleistoceno Tardío en el sur de Chile*. Santiago: Editorial LOM.

Ercilla y Zuñiga, A. de, 1884 [1574, 1578, 1589]. *La Araucana*. Madrid: Editorial Ilustrada.

Esquilo, 2001. *Tragedias*. Madrid: Alianza Editorial.

Falabella, F.; M. T. Planella y B. Tagle, 2001. Pipes and Smoking Traditions of the Prehispanic Society in the Early Ceramic Period in the Central Region of Chile. *Eleusis Nuova Serie* 5: 137-152.

Falabella, F.; M. T. Planella, E. Aspillaga, L. Sanhueza y R. Tykot, 2007. Dieta en sociedades alfareras de Chile central: El aporte de análisis de isótopos estables. *Chungara* 39 (1): 5-27.

Falabella, F.; M. T. Planella y R. Tykot, 2008. El maíz (*Zea mays*) en el mundo prehispano de Chile central. *Latin American Antiquity* 19 (1): 25-46.

Falabella, F. y L. Sanhueza, 2005-2006. Interpretaciones sobre la organización social de los grupos alfareros tempranos de Chile Central: Alcances y perspectivas. *Revista Chilena de Antropología* 18: 105-133.

Focacci, G. y S. Erices, 1972-73. Excavaciones en túmulos de San Miguel de Azapa (Arica-Chile). En *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp. 47-62. Santiago: Universidad de Chile.

Gallardo, F., 1993. La sustancia privilegiada: Turbantes, poder y simbolismo en el Formativo del norte de Chile. En *Identidad y prestigio en Los Andes*, J. Berenguer, Ed., pp. 11-25. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.

---- 2009. Social Interaction and Early Rock Art Styles in the Atacama Desert (Northern Chile). *Antiquity* 83: 619-633.

Góngora, M., 1970. *Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista, 1580-1660*. Santiago: Editorial Universitaria.

Góngora Marmolejo, A. de, 1861 [1575]. Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575. En *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional*, Tomo II. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.

González, S., 2002. *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino. 1880-1990*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Graffam, G.; M. Rivera y A. Carevic, 1994. Copper Smelting in the Atacama: Ancient Metallurgy at Ramaditas Site, Northern Chile. En Quest of Mineral Wealth Aboriginal and Colonial Mining and Metallurgy in Spanish America, A. Craight y R. West, Eds., *Geoscience and Man* 33: 75-92, Louisiana State University, Baton Rouge.

Guamán Poma de Ayala, F.,1980 [1615]. *Nueva corónica y buen gobierno*. México, D. F.: Editorial Siglo XXI.

Guevara, T., 1911. *Folclore araucano*. Santiago: Imprenta Cervantes.

Guinnard, A., 1945 [1871]. *Tres años de cautividad entre los Patagones*. Santiago: Empresa Editora Zig-Zag S. A.

Jackson, D.; C. Méndez, R. Seguel, A. Maldonado y G. Vargas, 2007. Initial Occupation of the Pacific Coast of Chile during Late Pleistocene Times. *Current Anthropology* 48 (5): 25-731.

Jara, Á., 1961. *Guerra y sociedad en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.

Hidalgo, J., 2004. *Historia andina en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.

Hajduk, A., 1986. *Arqueología del Montículo de Angostura. Primer fechado radiocarbónico, provincia del Neuquén*. Neuquén: Museo Histórico Provincial.

Hilger, I., 1960. Una araucana de los Andes. *Notas del Centro de Estudios Antropológicos* 4.

Lechtman, H., 1978. Temas de metalurgia andina. En *Tecnología andina*, R. Ravines, Comp., pp. 489-520. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Legoupil, D. y M. Fontugne, 1997. El poblamiento marítimo en los archipiélagos de Patagonia: Núcleos antiguos y dispersión reciente. *Anales del Instituto de la Patagonia* 25: 75-87.

León, L., 1991. <i>La merma de la sociedad indígena en Chile central y la última guerra de los Promaucaes, 1541-1558</i> . St. Andrews: Institute of Amerindian Studies, University of St. Andrews.	---- 2005. La naturaleza de la expansión aldeana durante el Formativo Tardío en la cuenca de Atacama. <i>Chungara</i> 37: 165-193.	---- 2010 (Comp.). <i>Ciencia-Mundo. Orden republicano, arte y nación en América</i> . Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Editorial Universitaria.	Spahni, J., 1967. Recherches Archéologiques à L’Embouchure du río Loa. <i>Bulletin Société des Americanistes</i> 61: 179-239.
Llagostera, A.; A. Barón y L. Bravo, 1984. Investigaciones arqueológicas en Túlcor 1. <i>Estudios Atacameños</i> 7: 133-151.	---- 2009. La formación y consolidación de la representación moderna del territorio en Chile: 1700-1900. Memoria para optar al grado de Doctor en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.	Salinas, M., 2006. <i>Comida, música y humor. La desbordada vida popular</i> . En <i>Historia de la vida privada en Chile. El Chile moderno de 1840 a 1925</i> , R. Sagredo y C. Gazmuri, Comps., pp. 85-117. Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones S. A.	Thomas, C.; A. Benavente, I. Cartagena y G. Serracino, 1995. Topáter, un cementerio temprano: Una aproximación simbólica. En <i>Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Hombre y Desierto</i> 9: 159-170.
Manríquez, V., 1997. Purum Aucca. Promaucaes de “no conquistados enemigos” a indios en tierras de Puro, Rapel, Topocalma, siglos xvi-xvii. Memoria para optar al grado de Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.	Núñez, L.; I. Cartajena, C. Carrasco, P. De Souza y M. Grosjean, 2006. Emergencia de comunidades pastoralistas formativas en el sureste de la puna de Atacama. <i>Estudios Atacameños</i> 32: 93-117.	Sánchez, M.; D. Quiroz y M. Massone, 2004. Domesticación de plantas y animales en la Araucanía: Datos, metodologías y problemas. <i>Chungara</i> , Volumen Especial: 365-372.	Thomas, C.; A. Benavente, I. Cartagena y L. Contreras, 2002. Una secuencia de fechados por termoluminiscencia para la localidad de Chiu Chiu: Sitios Chiu 273 y 275. <i>Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología</i> 33-34: 84-89.
Mariño de Lobera, P., 1861-1865 [1593-1595]. Crónica del reino de Chile. En <i>Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional</i> , Tomo 6. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.	Núñez, L. y T. Dillehay, 1995 [1979]. <i>Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica. Ensayo</i> . Segunda edición. Antofagasta: Universidad Católica del Norte.	Sánchez, R. y M. Massone, 1995. <i>Cultura Aconcagua</i> . Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.	Ulloa, L., 1974. Análisis textil del material de los sitios Chinchorro, Quiani, Camarones-15, El Laucho (PLM-7), Faldas del Morro, Alto Ramírez. <i>Chungara</i> 3: 95-103.
Martínez, J. L., 1996. Entre plumas y colores. Aproximaciones a una mirada cuzqueña sobre la puna salada. En <i>Memoria Americana</i> 4, pp. 33-56. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras - UBA.	Núñez L.; J. Varela, R. Casamiquela, V. Schiappacasse, H. Niemeyer y C. Villagrán, 1994. Cuenca de Taguatagua en Chile: El ambiente pleistoceno superior y ocupaciones humanas. <i>Revista Chilena de Historia Natural</i> 67 (4): 503-519.	Sanhueza, C., 2004. La organización del espacio como estrategia de poder: El Tawantinsuyu en la región del Despoblado de Atacama. Tesis para optar al Grado de Magíster en Historia, mención en Etnohistoria, Universidad de Chile, Santiago <http://www.cybertesis.cl/tesis/uchile/2004/sanhueza_c/html/index-frames.html> [Consultada: 25/01/12].	Valenzuela, J., 2001. <i>Las liturgias del poder: Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile Colonial (1609-1709)</i> . Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
Martinić, M., 1995. <i>Los Aónikenk. Historia y cultura</i> . Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes.	Ocampo, C. y P. Rivas, 2004. Poblamiento temprano en los extremos geográficos de los canales patagónicos. Chiloé e Isla Navarino 1. <i>Chungara</i> Volumen Especial, Tomo I: 317-332.	Sanhueza, L. y F. Falabella, 1999-2000. Las comunidades alfareras iniciales en Chile central. <i>Revista Chilena de Antropología</i> 15: 29-47.	Vega, A., 2005. Descripción geográfica e identidad territorial: Representaciones hispanas de la cordillera de los Andes del Reino de Chile en el siglo xvi. Memoria para optar al grado de Doctor en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.
Massone, M., 2004. <i>Los cazadores después del hielo</i> . Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.	Odone, C. y P. Mason (Eds.), 2002. <i>12 miradas sobre selknam, yaganes y kawesqar</i> . Santiago: Taller Experimental Cuerpos Pintados.	---- 2003. Las comunidades alfareras iniciales de Chile central: Continuidades y cambios desde el Arcaico Tardío a las sociedades hortícolas y alfareras. En <i>Actas IV Congreso Chileno de Antropología</i> , Tomo II, pp. 1405-1410. Santiago: Colegio de Antropólogos de Chile, A. G.	Villagrán, C., 1998. Etnobotánica indígena de los bosques de Chile: Sistema de clasificación de un recurso de uso múltiple. <i>Revista Chilena de Historia Natural</i> 71: 245-268.
Moesbach, E., 1936. <i>Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo xix presentadas en la autobiografía del indígena Pascual Coña</i> . Santiago: Imprenta Universitaria.	Pease, F., 1998. <i>Los incas. Una introducción</i> . Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.	---- 2009. Descomponiendo el Complejo Llolleo: Hacia una propuesta de sus niveles mínimos de integración. <i>Chungara</i> 41 (2): 229-239.	Villalobos, S., 1977. <i>Para una meditación de la conquista</i> . Santiago: Editorial Universitaria.
Molina, C., 1913 [1575]. Relación de las fábulas y ritos de los Ingas. <i>Revista Chilena de Historia y Geografía</i> 9: 117-190.	Pérez, A. y V. Reyes, 2009. Técnica de improntas de hojas. Algunas reflexiones acerca de su novedoso registro en la vertiente oriental de la cordillera de los Andes. <i>Magallania</i> 37 (1): 113-132.	Sciolla, C., 2010. Tanto vieron tanto narraron... Textos y fragmentos de la cocina colonial chilena. En <i>Historia y cultura de la alimentación en Chile. Miradas y saberes sobre nuestra culinaria</i> , C. Sciolla, Comp., pp. 133-160. Santiago: Catalonia.	Westfall, C. y C. González, 2010. Cementerio Regimiento Chorrillos de Calama: Testimonios funerarios formativos en el Loa medio, Región de Antofagasta. En <i>Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología</i> , pp. 95-105. Valdivia: Ediciones Kultrún.
Moragas, C., 1982. Túmulos funerarios en la costa sur de Tocopilla (Cobija). <i>Chungara</i> 9: 152-173.	Pinto, J., 2003. <i>La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión</i> . Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.	Santoró, C., 1981. Formativo Temprano en el extremo norte de Chile. <i>Chungara</i> 8: 33-62.	
Mostny, G., 1970. Arqueología de la Quebrada de Guatacondo. <i>Órbita. Revista de Ciencia y Tecnología</i> 6: 6-20.	Planella, M. T. y B. Tagle, 1998. El sitio agroalfarero temprano de La Granja: un aporte desde la perspectiva arqueobotánica. <i>Publicación Ocasional del Museo Nacional de Historia Natural</i> 52, Santiago.	Santoró, C.; P. Ugalde, C. Latorre, C. Salas, D. Osorio, D. Jackson y E. Gayó, 2011. Ocupación humana pleistocénica en el desierto de Atacama. Primeros resultados de la aplicación de un modelo predictivo de investigación interdisciplinaria. <i>Chungara</i> 43, Número Especial 1: 353-366.	
Mujica, E., 1985. Altiplano-coast Relationships in the South Central Andes: From Indirect to Direct Complementarity. En <i>Andean Ecology and Civilization</i> , Sh. Masuda, I. Shimada y C. Morris, Eds., 103-140. Tokio: University of Tokyo Press.	Pollard, G., 1970. <i>The cultural ecology of ceramic-stage settlement in the Atacama desert</i> . Ann Arbor: University Microfilms, Inc.	Shady, R., 2005. Caral-Supe y su entorno natural y social en los orígenes de la civilización. <i>Investigaciones Sociales</i> IX (14): 89-120.	
Munita, D.; L. Adán y R. Mera, 2010. Prospecciones arqueológicas terrestres en áreas lacustre piemontana, cordillerana y pampeana del centro sur chileno. <i>Magallania</i> 38 (1): 247-268.	Quiroz, D. y M. Sánchez, 2004. Poblamientos Iniciales en la Costa Septentrional de la Araucanía (6.500-2.000 a. p.). <i>Chungara</i> Volumen Especial, Tomo II: 289-302.	Silva, F., 1962. <i>Tierras y pueblo de indios en el reino de Chile. Esquema histórico-jurídico</i> . Santiago: Estudios de Historia del Derecho Chileno N° 7. Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, Universidad Católica de Chile.	
Muñoz, I.; S. Chacón y R. Rocha, 1991. Camarones 15, asentamiento de pescadores correspondiente al período Arcaico y Formativo en el extremo norte de Chile. En <i>Actas del XI Congreso de Arqueología Chilena</i> , Tomo 1, pp. 1-24. Santiago: Museo Nacional de Historia Natural.	Rivera, M.; P. Soto, L. Ulloa y D. Kushner, 1974. Aspectos sobre el desarrollo tecnológico en el proceso de agriculturación en el norte prehispano, especialmente Arica (Chile). <i>Chungara</i> 3: 79-107.	Sinclair, C., 2004. Prehistoria del período Formativo en la cuenca alta del río Salado (Región del Loa Superior). <i>Chungara</i> 36 Suplemento Especial: 619-639.	
Navarro, P. (Comp.), 2007. <i>Paisajes del progreso. La resignificación de la Patagonia Norte, 1880-1916</i> . Neuquén: Editorial de la Universidad Nacional de Comahue.	Rosales, D. de, 1877-1878 [1674]. <i>Historia general del Reyno de Chile: Flandes Indiano</i> . Valparaíso: Imprenta del Mercurio.	Soto, C., 2010. Tipología de cuentas de collar en la quebrada de Tulán (Salar de Atacama): Nueva línea de evidencia para la transición Arcaico-Formativo. En <i>Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología</i> , pp. 1123-1134. Valdivia: Ediciones Kultrún.	
Núñez, L., 1971. Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del río Loa en el norte de Chile. <i>Boletín de la Universidad de Chile</i> 112: 3-25.	Rosenblitt, J. y C. Sanhueza, (Recop.), 2010. <i>Cartografía histórica de Chile</i> . Santiago: Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile.		
	Sagredo, R., 2001. <i>Vapor al norte, tren al sur: El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo xix</i> . Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.		

CRÉDITOS

FUNDACIÓN CENTRO CULTURAL
PALACIO LA MONEDA

Presidente
Luciano Cruz-Coke Carvallo
Ministro Presidente
Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

Vicepresidente
Drina Rendic Espinoza
Miembro del Directorio Nacional
Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

Secretario
Alan Trampe Torrejón
Subdirector Nacional de Museos

Tesorero
Abdullah Ommidvar Farhadi
Gerente General Arauco Films

Directores Consejeros

Álvaro J. Covacevich López
Director Fundador - Cineasta y Paisajista Urbano

Germán Guerrero Pávez
Director de Asuntos Culturales
Ministerio de Relaciones Exteriores

Antonia Lehmann Scasi-Buffa
Arquitecto

Andrés Benítez Pereira
Rector Universidad Adolfo Ibáñez

Gaspar Galaz Capechiacci
Profesor Titular Escuela de Arte
Pontificia Universidad Católica de Chile

Asesor Jurídico
Pedro Mujica Barrientos

ÁREA ADMINISTRATIVA

Directora Ejecutiva
Alejandra Serrano Madrid

Gerente de Administración y Finanzas
Micaela Thais Santa Cruz

ÁREA DE EXPOSICIONES Y MEDIACIÓN

Director de Exposiciones
Marco Llerena Rodríguez

Coordinadora de Exposiciones
Asunción Balmaceda Delest

Investigación y Desarrollo de Contenidos
Gloria Cortés Aliaga

Producción de Exposiciones
María Elena del Valle Yrarrázaval

Asesor Museografía
Pablo Rivera Mesa

Encargada de Audiencias
Sofía Valenzuela Delpiano

Productor de Mediación y Extensión
Jorge González Meza

ÁREA DE COMUNICACIONES Y MARKETING

Coordinadora de Comunicaciones
Viviana Salas Bordali

Diseñadora
Paola Irazábal Gutiérrez

Encargada de Prensa
Rosario Mena Larraín

Asistente de Comunicaciones y Eventos
Claudio Silva

ÁREA TECNOLOGÍAS

Coordinador
Alex Meza Cárdenas

ÁREA TÉCNICA

Luis Ortega Manzo
Víctor Flores Jiménez
Daniel Silva

FUNDACIÓN FAMILIA LARRAÍN ECHENIQUE

Presidenta
Clara Budnick Sinay

Secretaria
Cecilia Puga Larraín

Tesorero
Hernán Rodríguez Villegas

MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

Director
Carlos Aldunate del Solar

Gerenta General
Bernardita Soto Velasco

Curador Jefe
José Berenguer Rodríguez

Conservadora
Pilar Alliende Estévez

Museógrafo
José Pérez de Arce Antoncich

Relacionadora Pública
Luisa Eyzaguirre Letelier

CRÉDITOS DE LA EXPOSICIÓN

Organización
Centro Cultural Palacio La Moneda
Museo Chileno de Arte Precolombino

Coordinación
Marco Llerena Rodríguez
José Pérez de Arce Antoncich

Curatoría
José Berenguer Rodríguez
Luis Cornejo Bustamante
Carole Sinclair Aguirre
María Carolina Odone Correa

Ilustraciones
José Pérez de Arce Antoncich

Audiovisuales
Claudio Mercado Muñoz
Francisco Gallardo Ibáñez

Registro y Conservación de piezas
Pilar Allende Estévez
Luis Solar Labra
Erica Ramírez Rosales
Andrés Rosales Zbinden
Varinia Varela Guarda
Cecilia Uribe Echeverría
Anita Lavín Concha

Conservación Exposición
Anja Standler

Museografía
Sumo

COLECCIONES

Colección MCHAP. Colección Museo
Chileno de Arte Precolombino

Colección MCHAP L. Colección Museo
Chileno de Arte Precolombino Material Lítico

Colección MCHAP PE. Colección Museo Chileno de Arte Precolombino
Préstamo Extendido

Colección MCHAP / DSCY. Colección Museo Chileno de Arte
Precolombino / Donación Santa Cruz-Yaconi

Colección DA-FACSO-UCH. Colección Departamento de Antropología,
Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de Chile

Colección Fundación Pablo Neruda

Colección Museo de Arte Popular Americano,
Universidad de Chile

CRÉDITOS CATÁLOGO

Diseño
Paola Irazábal Gutiérrez

Edición General
José Berenguer Rodríguez
María Carolina Odone Correa

© Textos
Luis Cornejo Bustamante
Francisco Gallardo Ibáñez
Carole Sinclair Aguirre
María Carolina Odone Correa

Edición de Textos
Andrea Torres Vergara

© Fotografías
Fernando Maldonado Roi
Nicolás Aguayo Fuenzalida
Laboratorio, Museo Chileno de Arte Precolombino

Registro y documentación
Varinia Varela Guarda

Impresión
QuadGraphics



MUSEO CHILENO
DE ARTE
PRECOLOMBINO



**MINERA
ESCONDIDA**
Operada por BHP Billiton

